



Un
ESCOCÉS
despistado para la
CHICA
de al lado



SANDRA BREE

Selecta

Un escocés despistado
para la chica de al lado

Adonis Tours 4

Sandra Bree

Selecta

Oferta de empleo



Turistea junto a un coloso y... ¡enamórate del mundo!

Adonis Tours es un touroperador puntero con base en Madrid, especializado en circuitos a todos los continentes, visitas guiadas, talleres, actividades al aire libre y mucho más.

Básicamente, sabemos hacer de todo y, encima, somos muy muy altos.

Buscamos a cinco Adonis internacionales que midan más de un metro ochenta, con castellano fluido y que sepan mover bien las neuronas, para incorporarse a un equipo dinámico y con ganas de innovar. No se necesita experiencia previa, solo tener «altas miras»...

¿Lo has pillado? Pues suéltalo, que da calambre.

Alojamiento proporcionado por Adonis Tours y contrato indefinido tras el periodo de prueba. Salario a convenir, pero tampoco te pases pidiendo, ¿eh?

¿Quieres ser un chico Adonis? ¡Contáctanos!

Prólogo

Vengo de Inverness, en Escocia. Bueno, más bien de un sitio muy cercano que ni siquiera aparece en los mapas. De hecho, el señor Google, cuando le pregunto mi dirección —porque sí, lo he hecho en alguna ocasión, me gusta charlar con Google y a veces hasta discutimos— me dice que no existe.

Me llamo Sean McArthur, y en otro tiempo mi clan fue muy poderoso. «Los guardianes de Escocia». En cambio, ahora estamos todos muy desperdigados. Tanto que no sé ni dónde viven más de la mitad de mis parientes. ¡Pero para el caso que nos hacemos...! Tenemos un grupo de WhatsApp —¿qué familia no lo tiene?— y ahí cada uno ve los mensajes cuando le sale de la gaita. Y hablando de gaitas, ahora que he sacado el tema, soy fan, muy fan de tocarla.

Si hay algo que tengo muy claro en esta vida, es que la mujer que me quiera a mí debe de querer a mi gaita. ¿Por qué digo esto? Pues porque a la última que le dije —me había enamorado de verdad— que la amaba tanto como a mi gaita, se enfadó y no volvió a hablarme nunca más. Supongo que se puso celosa y por eso no quiso saber nada más de mí.

Reconozco que lo pasé muy muy muy mal cuando se marchó. Fueron un par de horas bastantes jodidas. Pero, como dice mi abuelo, el *laird* de los McArthur —título que le otorgamos los nietos para hacerle ver que es un dictador—, «cuanto más tarde encuentres a una mujer que de verdad te aguante, más disfrutarás de la vida de soltero». No es que sea una frase de grandes y poderosos sabios, pero hay que admitir que tiene su verdad.

Tras mi desengaño amoroso, decidí que tenía que salir de mi fortaleza —que quede claro que no exagero. Vivo en un castillo que necesita más reparaciones que la ciudad de Nueva York después de ser atacada por los alienígenas de la película de *Independence Day*—. Mi abuelo y mis padres están empeñados en restaurarlo para convertirlo en algo parecido a un museo. De momento han permitido que rodasen allí algunas escenas de películas.

Por casualidad cayó en mis manos una oferta de trabajo en España. Cumplía con los dos requisitos más importantes: hablar perfectamente el castellano y medir más de 1,80. Mido 1,93 y el idioma lo domino fenomenal. Siempre me ha llamado mucho la atención ese país, que encima presumía de sus mujeres morenas de ojos oscuros y cuerpos de guitarra. Unas verdaderas

bellezas.

La agencia Adonis Tours me aceptó y, aunque no sabía muy bien de qué iba aquel trabajo, con mi maleta en una mano y mi gaita colgada del hombro, salí de Escocia.

El viaje no se me hizo muy largo. Fue vuelo directo a Madrid. Sin embargo, reunirme con mi jefe, Anthony —un tío que, sin exagerar, su cabeza me llegaba por el torso— y con los otros Adonis que, como yo, llegaban en diferentes vuelos, fue una completa odisea. Todo gracias a mi gran facilidad para perderme, porque hay dos cosas que me definen muy bien: mi sentido de orientación funciona como el culo, y tengo pánico a todas las cosas que sean paranormales. Si alguien quisiera torturarme, no tendría más que hacerme ver una película de terror con espíritus o regalarme una güija.

Durante un buen rato estuve deambulando por la terminal, hasta que escuché por los altavoces que me llamaban y me daban un punto de encuentro. Sin embargo, yo no encontré ni punto de encuentro ni nada. De hecho, casi estuve a punto de embarcarme otra vez —por error.

Se me ocurrió que, si me escuchaban tocar la gaita, ellos me encontrarían a mí. Y no solo me encontraron, sino que la gente, muy amable, me regaló dinero por haberlos deleitado con tan bonitas canciones regionales.

Ese día conocí a los Adonis.

Éramos un grupo de lo más variopinto y, por qué no decirlo, de lo más sorprendente. La gente nos miraba con curiosidad, y no era para menos. Los cinco teníamos una altura considerable. De los que no necesitamos subir a una escalera para cambiar una bombilla. Aunque obvio, en mi fortaleza usábamos andamios para hacerlo, por eso dejábamos que se fundiesen unas cuantas antes de reponerlas.

De los cinco Adonis, se encontraba Dase, un etíope tan negro como el ébano y, aunque esté mal admitirlo por eso de ser tío y esas cosas, tengo que reconocer que era un joven muy atractivo, de boca ancha y expresivos ojos negros. Vestía de manera muy elegante y costosa. Después estaba Erik, el noruego, un tipo que me recordaba a algún dios nórdico, todo rubio de melena larga y que llevaba ropas de leñadores —en las películas suelen vestir así—: camisa de franela de cuadros y jeans con botas altas, de esas que tienen un doblez superior y se ven forradas de lana de cordero. Y luego Tane, el surfero maorí, una mole de tío que medía al menos dos metros, con un cuerpo capaz de ocupar tres plazas en un autobús. Por último estaba Stefano, el italiano. Era de Verona. Al principio pensé de él que era un hombre con mala memoria. Apuntaba en una libreta todo cuanto ocurría a nuestro alrededor, sin embargo, luego supe que era escritor de novela romántica, conocido en el gremio por Steve Norton, su seudónimo.

Desde el aeropuerto, nos trasladamos todos juntos en la furgoneta de la empresa hacia nuestra residencia, situada en el barrio de La Latina. Durante el viaje me había hecho a la idea —supongo que al igual que mis compañeros— de que se trataría de un sitio chulo y luminoso, con ventanales enormes en el dormitorio y baño tipo spa. Con piscina y solárium, eso venía escrito en el contrato ¿O era en el mismo folleto?

El caso es que, cuando llegamos, todo fue muy diferente. El lujo y el glamour que había esperado eran inexistentes. De hecho, la piscina era de esas desmontables situada en la terraza, y antes de entrar en ella debíamos ducharnos con una manguera verde, que también servía para regar las macetas.

Luego estaba el tema de la lavandería. Ahora me atrevo a entrar con un poco más de seguridad, pero los primeros meses era capaz de dar dinero para que me hicieran la colada. Es más, alguna vez se la había dado a Dase para que la llevase a la lavandería a la que él solía acudir. Y es que Dase era un poco especial con la ropa —ya lo he dicho antes—, siempre va que parece un maniquí de escaparate. O como se dice aquí en España, como un pincel. La lavandería o, para no andarme por las ramas, el lugar donde se encuentra la lavadora, es un sótano lúgubre y húmedo que me recordaba a un depósito de cadáveres. La luz del techo parpadeaba cada vez que la encendíamos, y la lavadora, cuando centrifugaba, se desplazaba unos metros hacia cualquier lado. Por si eso fuera poco, el ascensor subía y bajaba cuando le daba la gana.

Mi dormitorio estaba en frente del de Tane —en realidad su nombre es Tangaroa Evaristo Waititi López. Desde luego, sus padres se vengaron de él al nacer—. Ambos éramos los únicos que teníamos balcones al exterior. A mí porque me tocó, en cambio, Tane lo pidió porque es un poco... curioso. Se siente más cerca de la gente asomado a la calle con los brazos cruzados sobre la balaustrada. Y es que le encanta estar al aire libre y, cómo no, oler el aroma a queso que ascendía del local que había abajo. Una tienda donde se podía encontrar cualquier clase de queso, desde un cabrales, pasando por la burrata, hasta un buen roquefort. Y Tane perdía el sentido por este alimento y por la dueña de la *boutique*, por supuesto. Su novia Olivia.

Stefano, por eso de que necesitaba escribir en silencio, se había quedado con la alcoba que estaba más cerca de la escalera y cuya ventana daba a un cochambroso patio interior. Dase y Erik se habían pillado los que quedaban en medio.

A pesar de que la residencia no era lo esperado, muy pronto los cinco nos adaptamos a ella. Y de ser simples compañeros de trabajo, nos convertimos en grandes amigos —ahora no me refiero a nuestra altura.

Me daba cosilla pensar qué era lo que iba a pasar una vez que se nos acabara el contrato, aunque aún quedaba tiempo, y quizá, solo quizá, algunos querríamos prorrogar.

Capítulo 1

Finales de octubre

Siempre me despertaba antes de que sonase el despertador. Me gustaba levantarme temprano y ser uno de los primeros en meterme debajo de la ducha, aunque la goma que la sostenía soltaba más chorros que la propia alcachofa.

También me levantaba pronto porque, al dormir en una habitación exterior, escuchaba todas las mañanas cómo subían los cierres de los negocios y los saludos exagerados de los porteros que limpiaban sus portales. Eran tan escandalosos como los Celtic de Glasgow cuando el equipo ganaba.

Ahora ya estaba acostumbrado a estas cosas pero, al principio, me daba la sensación de que subían hasta mi dormitorio para dar voces. Por otro lado, es que yo tengo un oído muy fino. El *laird* decía que yo dormía con un ojo cerrado y otro abierto como los conejos, y debía de ser verdad, porque gracias a ese oído portentoso había ayudado a descubrir que, en la residencia, entre nosotros, había un okupa. Y cuando digo okupa, ni me equivoco ni exagero. En varias ocasiones he tenido que sacarlo de mi cama cuando alguna noche he llegado algo tarde.

Se trata de un antiguo Adonis llamado Arnold que, en más de una ocasión, nos robó la comida. Aunque eso había sido lo de menos, lo importante es que me tenía acojonado. Había pensado que una presencia extraña y sobrenatural convivía entre nosotros; abría y cerraba grifos, el ascensor se movía solo, se zampaba nuestra comida, dejaba fría el agua de la ducha, movía cosas de un lado a otro... Fruto de esa obsesión había llegado a colgar una ristra de ajos junto a la puerta. Stefano decía que los ajos eran para ahuyentar a los vampiros pero, por si acaso, no pensaba quitarlos. El caso es que ahuyentaran a algo.

De todas maneras, ya le había advertido al tipo en cuestión que, como volviese a coger algo sin permiso, le iba a arrancar la piel a tiras. De momento no había vuelto a meter sus zarpas en mis natillas de chocolate. Ni sus pudorosas partes en mi cama.

Abrí la persiana y me asomé al balcón. Estuve a punto de tragarme a un sujeto que estaba enganchando las luces de Navidad en la fachada del edificio. El hombre tuvo la suerte de reaccionar con rapidez, cual Spiderman, y de la impresión se aferró a la barandilla de hierro. Se

quedó colgando en el vacío, con los pies en el aire. Observé que llevaba unos guantes de lana, de esos que si coges nieve —que no había todavía— se empapan, o si se agarran a una barandilla de hierro, resbalan.

—Buenos días —le dije, amable. Él alzó la vista hasta la mía. Era la misma mirada que la de mi primo cuando necesitaba pasar al baño e iba diciendo que tenía la tortuguita fuera del caparazón—. ¿Necesita ayuda?

Él sacudió la cabeza. Bueno, en realidad sacudió todo su cuerpo. ¡Era increíble la fuerza que hacía el hombre para sostenerse sin caer en el abismo!

—¿Y qué? ¿Están poniendo las luces de Navidad? —pregunté para entablar conversación. Uno no se encontraba todos los días a alguien dentro de su casa.

—¿Qué pasa? Buenos días. —La voz de Tane llegó desde su balcón. Con seguridad había escuchado ruidos también y había salido a ver que estaba ocurriendo—. ¿Has visto que tienes a un tío colgando de la barandilla?

—Sí, están adornando las calles. Espero que estas luces no vengan acompañadas de esa musiquilla que entonan villancicos a todas horas. —Le enseñé el brazo—. Mira, tengo los pelos como escarpas. Estoy emocionado, van a ser mis primeras Navidades en España.

—Oye —Tane señaló al operario—, creo que te está diciendo algo.

Era verdad, el tipo me miraba fijo y susurraba. Agitaba las piernas y el tronco de un modo convulso.

—No le escucho bien —le dije acercándome un poco más e inclinándome hacia él.

Leí en sus labios que formaba la palabra «ayuda».

—¡Por todos los demonios del infierno! ¡Se está electrocutando! —miré a Tane—. ¿Qué hago? ¿Lo suelto para que caiga abajo?

—¡No! ¡Si lo tocas a ti también te dará un tabardillo! —me gritó haciéndome dar un ligero brinco.

No sabía que era un tabardillo, pero me sonaba a mosquito gigante. Me puse nervioso. El hombre era capaz de morirse delante de mis narices. ¿Y si lo empujaba con el pie? Era probable que se rompiera las piernas, las costillas, los brazos... pero quizá le salvaba la vida.

Por suerte para ese pobre hombre, se fue de repente la luz de todo el distrito. Por suerte para él y para mí, que ya había llevado el pie hasta los dedos de su mano. Esa situación era menos graciosa que estornudar con cagalera.

En ese momento, Tane llegó corriendo para ayudarme a subirlo y meterlo en mi dormitorio. Lo tumbamos sobre mi cama. Yo di un paso atrás cuando vi que el operario tenía todo el pelo revolucionado y, aunque me parecía increíble —porque creí que solo pasaba en los dibujos animados—, su cara estaba manchada de negro como si le hubiese explotado una bombilla en la cara.

—¿Estás viendo eso, Tane?

—Creo que voy a llamar a una ambulancia —dijo sacando su móvil.

Mientras él llamaba a emergencias, yo palmeé el rostro del hombre. Tenía los ojos abiertos y me miraba como si yo hubiese tenido la culpa de aquello.

—Me quiero marchar de aquí —dijo con voz ronca.

—Tranquilo, no pasa nada —lo veía tan asustado que me hice el gracioso—, nadie te obliga a estar aquí conmigo. Si te quieres ir, ahí tienes la puerta, rompe el candado, saca las cadenas, cruza la fosa con cocodrilos, salta la reja eléctrica y...

—¡Sean! —Tane frunció el ceño—. Eléctrica no, macho.

El hombre gimió. De repente, mi dormitorio se empezó a llenar de gente. Entraron los compañeros de luces del afectado; Marisa, encargada de la oficina de los Adonis; Duscha, una rusa que se dedicaba a la limpieza y el mantenimiento de la residencia; Dase, que miraba a todos con una toalla colocada en sus hombros, y por fin, los del Suma.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dase.

Tane se encogió de hombros.

—Que se ha ido la luz.

—Pero ¿usted lleva mucho tiempo trabajando en esto? —le preguntó uno del Suma al paciente.

—Unos meses —susurró con voz temblorosa.

—Ay, ya lo dice el *laird* —solté sin pensar—: «doctor liendre, de nada sabe y de todo entiende».

—Salgan de la habitación todos —ordenó un enfermero.

Todos le hicieron caso y yo me sentí muy aliviado, con tanta gente en mi espacio vital empezaba agobiarme.

—Usted también —me señaló con el dedo.

Sacudí la cabeza. Soy escocés, pero no gilipollas.

—Este es mi dormitorio y aquí están todas mis cosas, no les voy a dejar solos. —Para demostrarles que hablaba en serio, me crucé de brazos con las piernas ligeramente abiertas, a ver si tenían lo que debían tener para sacarme de allí. Era como el juego aquel del rey de la montaña, en el que, si me querían desterrar, debía ser empujándome a la fuerza.

Ellos se lo pensaron mejor y dijeron:

—De acuerdo, puede quedarse, pero guarde silencio.

—No van a saber que estoy aquí.

Vi que colocaban al operario una vía en el brazo, mientras otro le tomaba la tensión. Recé para que no le pasase nada, sobre todo para que no muriese en mi dormitorio. Había oído decir que las almas se adherían al lugar donde el individuo fallecía, y no estaba dispuesto a compartir cama con un fantasma.

Carolina cruzó los brazos sobre el pecho. Suspiró con disimulo, cansada de escuchar a sus amigas que no dejaban de hablar de hombres de ciencia ficción. Tal vez ellas no se daban cuenta, pero según los describían, parecía que se trataba de superhombres con poderes.

Que sí. Que Carolina comprendía que les pudiesen gustar las novelas románticas y, sobre todo, eso que ellas decían, los highlanders. Al principio tardó en descubrir que esos hombres eran escoceses. El nombre highlander le sonaba a marca de robot de cocina. Pero, obviando ese hecho, los escoceses que ella había visto en televisión eran tipos normales y corrientes, puede que más blanquitos de piel de lo acostumbrado y que abundasen sus cabelleras color zanahoria —aquí, en España, los hombres tenían fama de morenos, bajitos y regordetes—. Y luego los cuerpos, pues eso, había de todas clases: altos, bajos, gordos y delgados. Pero highlander como tal, como ellas los describían, eran todos musculados, duros, altos, atractivos, fuertes, de piel bronceada que daba ganas de lamer, chupar, morder y succionar. ¡Vamos, que no! Que Carolina no tenía ningún interés en ver a un tipo con falda por muy buenas piernas que tuviese. De hecho, nunca se había fijado en las piernas de un tío. Prefería un buen torso y un culo firme.

Marta la observó frunciendo el ceño.

—¿Te estamos aburriendo, Carol?

—Más que ver una carrera de berberechos. —Sacudió la cabeza arrepentida—. Quiero decir, no, repasaba en mi cabeza la lista de la compra.

Beatriz sonrió, divertida

—Yo creo que, para que nos entiendas, deberías leerte un libro de highlanders. Vas a fliparlo.

Los labios de Carolina compusieron un gesto hastiado. Leer no era uno de sus hobbies favoritos.

—O puedes ver una película —añadió Marta.

—Ya vi una hace tiempo. *Braveheart*, y lo que más recuerdo de todo es que los hombres se ponen a enseñar culos, además, que Mel Gibson puede que fuese un galán en su época, pero a mí... —Carolina chasqueó la lengua— no me va mucho.

—Intenta leerte un libro —le suplicó Beatriz buscando algo dentro de su bolso. Carolina tenía que haber imaginado que aquellas dos forofas de la lectura llevaban siempre libros consigo—. Ten. Es *Tierra audaz*. Si esta novela no te engancha, no lo hará ninguna otra.

Carolina cogió el libro y le echó un vistazo por encima.

—¿¡Trescientas treinta y ocho páginas?!

—Se leen en nada —insistió Beatriz—. Lo intentas, y si ves que no puedes, me lo devuelves.

Carolina se rindió.

—De acuerdo.

Beatriz sacó una libreta pequeña, buscó el bolígrafo y, a medida que anotaba, iba diciéndolo en alto.

—Dejo la novela de Jude Deveraux, serie de Los Audaces, a Carol.

—¿Por qué hace eso? —le preguntó Carolina a Marta.

—Yo también lo hago. La gente tiende a devolver cualquier cosa que pide, excepto libros. No sé por qué, pero a mí me han desaparecido unos cuantos, y me duelen no por el gasto que conlleva, sino por lo hermosa que es la historia.

—¿No me digas que te lees los libros más de una vez?

—¡Hombre, claro que sí!

Carolina deslizó los ojos sobre la portada de la novela. Un hombre rubio sobre un caballo blanco estaba inclinado para besar a una mujer de larga capa roja que parecía que le agarraba la pierna con desesperación. Leyó: «Un amor violento y salvaje, que arderá en llamas eternas». Volvió a suspirar, esta vez de forma audible.

—Inténtalo, Carol, por fa, quiero que seas de nuestro clan. —Beatriz cerró la cremallera de su bolso.

—Lo del clan no es ninguna secta, ¿no?

—¡Anda, no seas boba! Me apuesto contigo a que vendrás a pedirnos más libros de estos.

Carolina lo dudaba, pero fingió una sonrisa, que ni llegó a sus ojos, ni le hizo la cara bonita. Tragó saliva porque de repente tenía la boca seca. ¡Ja! ¡Ella pidiendo novelas! ¡Ni harta de droga!

—Se me ocurre otra cosa. —Beatriz enganchó a sus dos amigas del brazo, una a cada lado, y echaron andar por la calle—. He oído que hacen tertulias y conferencias sobre Escocia. Si averiguo dónde es, vamos a una. ¿Os parece?

Los ojos de Marta brillaron emocionados.

—¡Sí!

La cara de Carolina se había congelado con su anterior sonrisa fingida. Era una de esas que no enseñaba los dientes y en la que los labios apenas quedaban superpuestos. Sintió que ambas la miraban con atención. Podía sentir las pupilas taladrándole las mejillas. Terminó asintiendo.

—Por supuesto, parece muy, muy divertido.

Capítulo 2

Carolina llegó a casa y, lo primero que hizo, fue descalzarse y dejar las botas colocadas en la entrada. Su apartamento estaba en Lavapiés, uno de los barrios más multiculturales de Madrid. De hecho, era un lugar en el que, a ciertas horas, se podía conseguir cualquier cosa. Siempre había un chaval muy agradable que, nada más salir de casa a partir de las ocho de la tarde, le susurraba en el oído: «tengo chocolate».

El edificio, una antigua corrala, había sido remodelada de arriba abajo, aunque se seguía entrando por una gran puerta de doble hoja. El vestíbulo era una especie de plaza con suelos de baldosines rojos, llenos de macetas, adonde miraban los corredores de las cuatro plantas. Sus barandillas, antes oxidadas, se habían sustituido por barrotes de forja que lo hacían más elegante. También se habían cambiado las ventanas y las puertas de toda la casa y se había añadido un ascensor.

Dejó el bolso sobre el aparador y la novela encima de la mesa de café, para tenerla más a mano y obligarse a leerlo. Iba a intentarlo por todos los medios, ya que no quería ser la rarita del grupo.

Carolina Swan, hija de padre inglés y madre extremeña, era diseñadora de interiores. Siempre había tenido muy claro que quería dedicarse a eso. Mil veces había soñado, siendo niña, en todas las mejoras que iba hacer en la casa familiar. Recordaba con nostalgia a su madre, amenazándola con la escoba por haber cambiado las figuritas del mueble. Y es que Carolina las aborrecía, sobre todo cuando había que limpiar el polvo. En su apartamento no tenía ninguna.

Encendió la calefacción, cerró bien las puertas y las ventanas —ese día ya no iba a salir a la calle— y, tras preparar un *cappuccino*, se acomodó en el sillón con una manta de pelo suave sobre las piernas.

Sus ojos azules cayeron como una losa sobre la portada de la novela. El caballo parecía que se estaba comiendo la cabeza del jinete. Eso ya le dio un poco de mal rollo.

Cogió el libro y comenzó a leer el prólogo:

«Tras una larga noche de viaje, Stephen Montgomery aún se mantenía muy erguido a lomos de su caballo. No quería pensar en la novia que le aguardaba al terminar la jornada».

«Pues empieza bien», pensó. Un libro de romance donde el tipo no quería pensar en su novia. ¿Por qué? ¿Ya no la quería? ¿Alguno de ellos era infiel y lo habían descubierto?

—Si toda la novela es así, voy a pasar de ella —dijo. Pero, de repente, en su cabeza resonó la voz de Marta: «¡Inténtalo, Carol! No busques excusas para no leerla».

Carolina le dio la razón. Solo trataba de librarse de la lectura. Pero ¿y si, por un casual, ese libro estaba en película? Cogió el móvil y puso el título en el buscador. Solo salían libros que, *a priori*, no parecía que tuviesen muchas reseñas y, para más inri, decía que pertenecía a una saga, sin embargo, este libro en especial era el tercero. ¡La madre del cordero desvalido! En Google ponía: «la inmensa saga romántica histórica galardonada con premio». ¿Decía inmensa? ¿A qué se refería exactamente con inmensa? Sacudió la cabeza. Prefería no saberlo. ¡Madre mía, qué largo y pesado se le estaba haciendo el libro!

Se bebió parte de su *cappuccino* pensando en si le daba una oportunidad más o no.

«¡Venga ya! —esta vez fue la voz de su otra amiga, Beatriz, la que se abrió paso en su mente—. ¡Has leído dos frases!».

Volvió a abrir la novela con tal desgana que parecía que estaba agonizando.

«Joder, lo están arreglando. La novia lleva tres días esperándolo. ¡A la mierda lo mandaba yo cuando le viese!»!

Siguió leyendo porque, o la novia tenía mucha paciencia, era tonta del bote, o quizá lo mandaba a freír espárragos, como deseaba Carolina.

—No has ido a tu propia boda. Machote, no te extrañes si tu cuñada está enfadada, es que ya te vale, Stephen Montgomery —susurró para sí misma—. Acabose, la novia es desconocida. Bueno —se bebió lo que quedaba en la taza—. Creo que Bronwyn MacArran me gusta.

En cuanto se llevaron a *electroman*, quité las sábanas de la cama y puse otras limpias. La habitación olía un poco a chamuscado, el mismo olor que cuando se quemaba la piel del pollo. Después me fui a la ducha donde, por suerte, solo estaba Erik. La mitad de su cabeza rubia asomaba por encima de la cortina impermeable, al igual que sus pantorrillas lo hacían por abajo. Estaba cantando una extraña canción que decía: «*Tócala, tócala, tócala, toca las palmas...*».

Ya habían arreglado el corte de luz, aunque en el pasillo se fundió una bombilla. Habían intentado poner otra nueva, sin embargo, debía de ser que los cables estaban quemados y no funcionaba. Me ofrecí a mirarlo más tarde. ¿Por qué lo hice? Pues me gustaba sentirme útil pero, en verdad, no tenía ni puñetera idea de electricidad. Además, es que habían comentado que Euloxio no iba a bajar a Madrid hasta la siguiente semana.

Euloxio era, como se dice en España, un ñapas. Aunque... no de los buenos. De hecho, casi todos los meses estaba allí. Había levantado al menos tres veces el inodoro de la oficina porque perdía agua, y aún no estaba reparado del todo. Pero es que el tío picaba la baldosa del suelo,

luego hacia algo en las tuberías y el bote sifónico, cerraba con baldosa, colocaba el inodoro, y a los dos días volvía a perder agua. Cambiaba más veces el suelo que las campanadas de fin de año.

Salí de la ducha porque ese día tenía una videoconferencia. Se trataba, más que nada, de una charla de un profesor de Historia en la que nos contaba, a un grupo de unos veinticinco asistentes, cómo preparar una convención sobre cualquier cosa.

Me descargué la aplicación para estar preparado y busqué un lugar tranquilo, que no aburrido, para hacerlo. Opté por el comedor, además era donde mejor se pillaba la banda de internet.

La charla me interesaba bastante porque Anthony me había programado una conferencia en Toledo, en el castillo de San Servando. Iba a hablar sobre mis raíces escocesas y, sobre todo, de mi antepasado, el *laird* McArthur.

—¿Qué haces? —me preguntó Stefano, que se sentaba con un café en la mano—. ¿Estás buscando la noticia del tipo que por poco se muere en tu... en casa?

No dije mi dormitorio porque él siempre era muy considerado conmigo y con mis miedos paranormales. Él me entendía bien, no como Tane, que el día anterior, en la ventana empañada, había pintado una estrella de siete puntas de esas que están malditas, y me quería hacer creer que era un copo de nieve de tamaño aumentado. Sé que no todo el mundo podía entender esa paranoia irracional que me llenaba la garganta de bilis. Sin embargo, al ser superior a mis fuerzas, me costaba mucho ocultarlo y debía apoquinar con ello.

—Se trata de una videoconferencia de cómo preparar una asamblea —respondí.

—Parece interesante.

—Dicen que este hombre es muy bueno en la materia.

—¿Te importa que me quede contigo y lo vea? Es para documentarme, ya sabes.

—Sin problema. Ahora, cuando empiece, desconectamos de la *tablet* el video y el audio y todo perfecto.

En cuanto llegó la hora de la charla, así hicimos. Apagué para que nadie nos pudiese ver ni oír y nos sentamos muy juntos para escuchar con atención.

El profesor se presentó con el nombre de Próculo Clodomiro Paracelso. Pensé en ese momento que el nombre de Tangaroa Evaristo, a su lado, era hasta bonito. Ni que decir tiene que, con esa presentación, mi compañero veronés y yo nos partimos de la risa y hasta le hicimos la ola al pobre hombre. Después empezó a hablar con un acento tan extraño que no supimos identificar.

—Es rumano —dijo Stefano.

—Portugués.

—Puede que brasileño.

—O tal vez tiene una zapatilla en la boca y no se le entiende.

Stefano rio.

—Quizá se le hayan caído los dientes.

Rompimos a reír.

Arnold, el okupa, se acercó curioso a ver qué mirábamos y metió su cabeza entre las nuestras. Olía a galletas saladas.

—¿Quién es ese tipo?

—El profesor Paracelso —respondió Stefano con un guiño divertido.

—Vaya nombrecito tiene.

—Ese es su apellido —le dije—. Su nombre es... peculiar.

—¿Y puede escucharnos? —inquirió Arnold.

—No, ni escucharnos, ni vernos.

—Es un poco feo el hombre.

De pronto, al lado de la imagen del profesor, se abrió un chat. Alguien decía: *Por favor, McArthur, apaga el micro.*

Me sorprendí, flipé, y me avergoncé tanto, que desconecté la *tablet* entera. Mi reflejo y el de Stefano seguían en la pantalla como si nos hubiésemos convertido en estatuas. Arnold se había retirado con velocidad, dando un paso hacia atrás.

—No me fastidies que nos han escuchado —murmuró el veronés sin mover los labios.

Lo miré por el rabillo del ojo.

—Yo creía que, si apagaba el video, el audio se desconectaba también.

—A mí me parece que no. —Éramos incapaces de movernos del sitio, como si nos hubiesen pegado el culo a la silla—. Son independientes.

—Podrías habérmelo dicho antes.

—Supuse que lo tenías controlado.

—No hemos dicho nada malo, ¿verdad? —pregunté tratando de recordar bien.

—¿A quién? ¿A Próculo Clodomiro Paracelso?

No pude evitar volver a reírme, aunque esta vez por lo bajini. Murmuré:

—¿Cuando era pequeño lo llamaban Próculito?

Ambos nos echamos a reír con fuertes carcajadas. Incluso Arnold, que a una distancia prudente, profirió una potente risotada.

Me quedé con ganas de escuchar la charla del profesor Paracelso, pero sobre todo porque, lo que más me interesaba saber, era si podía acabar mi conferencia en el castillo de San Servando con algunas melodías de mi gaita.

Anthony «*am beag*[1]» me había dicho que sí, que a los españoles les gustaba mucho la música. De todas formas, como me quedaban días, ya vería la forma de prepararlo todo.

—¿Os apetece que comamos fabada? —nos gritó Erik desde la cocina.

Llevaba puesto un delantal rojo con volantes blancos. Le quedaba algo pequeño, pero ya nos habíamos acostumbrado a verlo con él. De hecho, ya pocas cosas nos sorprendían de nuestro amigo el vikingo. Después de todo, había aprendido a bailar algo que parecía sevillanas —era como ver a Ironman bailando flamenco— y ahora hasta sabía varios acordes de la guitarra española. Decía que quería parecerse a Camarón de la Isla que, con exactitud, yo no sabía quién

era ese hombre con nombre de gamba, pero es que los españoles tienen nombres tan raros... Aun así, si Erik decía que era bueno, era bueno y punto.

No sé quién le había enseñado a preparar la fabada, pero a todos nos gustaba. A mí me sabía igual que la de bote, y la de bote era mi preferida. Todos le dijimos que sí.

Capítulo 3

—¿Qué estás haciendo «*venn*[2]»? ¿Te ayudo en algo?

—Gracias, Erik, pero lo tengo controlado. Se han quemado los cables y el casquillo de la lámpara. Voy a bajar a la cestería para comprar una, tipo globo, que he visto a buen precio.

—Le pasas luego la factura a Marisa.

—Mejor se la doy a Anthony, que Marisa lo archiva y me lo devuelve junto a mi jubilación.

—Sí, mejor, porque la pila de reclamaciones de Marisa es la torre del olvido.

Llegamos hasta el comedor y lo primero que hizo el noruego fue abrir las ventanas. Tane se empeñaba en poner la calefacción tan fuerte que parecía que estábamos alicatando un volcán. Una fuerte corriente de aire, cual huracán, penetró en la estancia haciendo que todas las puertas que estaban abiertas en la planta se cerraran con golpes. Respiramos con fuerza el aire fresco del mediodía. De hecho, respirábamos deprisa por si acaso Tane aparecía de un momento a otro y volvíamos a sentirnos como una pegatina en una farola un día de agosto a las cuatro de la tarde.

No me terminaba de entrar en la cabeza que los madrileños dijese que con cinco grados hacía mucho frío. Yo, con mi jersey de punto fino y cuello alto, tenía más que de sobra para pasar el invierno. Con esos cinco grados más o menos, más de una vez me había ido a pasar el día al lago Ness a nadar, y al volver al castillo con mis primos, nos habíamos tomado un helado. ¡Hasta mi madre decía que veníamos bronceados! Sin embargo, en Madrid, las personas llevaban cubre orejas. ¡Esa gente no sabía lo que era tener unos buenos sabañones!

El aguafiestas de Tane llegó y nos cerró las ventanas dejándonos con un palmo de narices.

—¿Sabéis esa sensación que tiene uno cuando monta en moto a doscientos por hora en la Antártida? —nos preguntó, como si él realmente lo supiese. Yo, de todas maneras, no quise contestar porque nunca me había montado en moto. Me encogí de hombros. Erik tampoco, porque sacudió la cabeza—. Pues se debe de sentir lo mismo que cuando abris las ventanas en medio de Miranda.

Tanto Erik como yo buscamos con la vista a la tal Miranda por el salón. Solo estábamos nosotros tres.

—¿Quién es esa? —preguntó el noruego.

—El nombre de la tormenta que está devastando España desde ayer.

Esa era otra. De unos años a esa parte, todas las tormentas tenían nombre. En verdad, la gente inteligente se aburría mucho. Cuando era pequeño no existía la ciclogénesis explosiva, o «bomba meteorológica». Llovía y punto. Granizaba y punto. O, simplemente, había una tormenta de la hostia. Ya veía yo por dónde iban los científicos, y acabarían poniendo nombre hasta a las moscas. Bueno, mi prima lo hacía, pero eso es otra historia.

—Buah, pues si cierras la ventana, me voy a la cestería a comprar una lámpara para el pasillo. El otro día vi alguna de mimbre y no estaban mal. A ver si hoy dejo esa luz arreglada. ¿Venís alguno?

—Yo no, tunante, voy a chatear con mi Rocío de España un rato —contestó Erik acomodándose en el sofá con el móvil en la mano. Así llamaba a su novia, la bailaora.

Tane negó con la cabeza.

—Yo tampoco. Echan la película de *Grease* y me apetece mucho ver a John Travolta.

Me fui yo solo, que por una parte era mejor. Luego nos poníamos a discutir por qué lámpara nos gustaba más y éramos capaces de subirnos sin ninguna.

Estaba en vaqueros y llevaba el jersey de punto negro. Como la tienda estaba abajo, en el mismo edificio, no me molesté en ponerme una chaqueta.

Igual que habían colocado las luces de Navidad en la calle, también estaban decorando las tiendas y los escaparates. La Navidad era una de mis fiestas preferidas. Las luces de colores, las cintas rojas, doradas y azules, el muérdago..., todo me recordaba a mi hogar.

Aunque tengo que decir que no todas las decoraciones debían ser válidas. En la cestería se habían lucido. El Santa Claus que había justo nada más abrir la puerta no podía dar más miedo. Era un maniquí de un tamaño considerable, que se reía como Chucky, el muñeco diabólico. Miraba como It, el payaso bailarín conocido por Pennywise. Agitaba una campana igual que Michael Myers lo hacía con el cuchillo de carnicero cuando perseguía a sus víctimas. Pero lo peor de todo era que se le iluminaban los ojos en rojo sangriento cada vez que soltaba la carcajada. Me imaginaba a Carrie prendiendo fuego a la tienda, y anda que aquello no ardía.

Pasé esquivando al Papá Noel, pero sin perderlo de vista en ningún instante. En ese momento, una señora y su hijo pequeño iban a salir de la tienda y vi que el niño se aferraba a la mano de su madre como si le fuese la vida en ello.

—Le da un poco de miedo —le advertí a su madre, compadeciéndome del muchacho.

—Sí —contestó ella cobijando al niño bajo su brazo—. Este muñeco da un poco de yuyu.

—¡Si es un muñeco de lo más normal! —comentó una mujer saliendo de forma inesperada del escaparate.

Me asusté. Reaccioné mal. Le lancé el papá Noel a la cabeza. Menos mal que ella fue ágil y se retiró un poco. Aun así, sus pies se enredaron en algo y cayó de espaldas sobre dos enormes cajas envueltas en papel de regalo rojo. Las cajas —estarían vacías— se hundieron bajo su peso.

—Pero ¿qué has hecho, hombre? —El dueño de la cestería salió de detrás del mostrador para

ayudar a la mujer a levantarse—. ¿Te encuentras bien, Carol?

La otra cliente y su hijo aprovecharon a salir. Y yo, si hubiera sido listo, habría hecho lo mismo. Me disculpé muy avergonzado.

—Me asusté, señorita. No pensaba que iba a salir nadie de ahí y creí que era un ente, tipo *Expediente Warren*.

Tenía que reconocer que la mujer no era ni la mitad de fea que el espíritu. De hecho, era... muy bonita. Rubia, alta, espigada, lindos ojos azules... Habrían sido más lindos si no me hubiese mirado cómo si quisiera destriparme en medio de la tienda. La joven, con cara de psicópata, me estaba provocando taquicardia.

—Lo lamento mucho. —Tenía que hacer algo. Moverme, caminar, irme hacia un lado, recoger al Papá Noel... Di unos pasos hacia el muñeco, me agaché y agarré la campana de su mano.

La mujer se acercó a mí y tragué saliva. Tenía las pelotas de corbata. No me atrevía ni a mirarla a los ojos. Ella tenía que pasar a mi lado a la fuerza, ya que me había quedado parado en el centro de la tienda, que no era muy grande. Le entregué la campana. Me miró con la boca entreabierta y sus ojos azules entornados de tal modo que pensé que me iba a pegar con ella en la cabeza. Sentí la necesidad de romper ese silencio tan tenso. De reojo, miré al Santa Claus. Se le había salido una pierna y uno de los brazos.

—He venido a echar un vistazo a las lámparas, pero con el lío que tenéis aquí montado, será mejor que vuelva luego.

—¿Perdona? ¡El lío que has montado tú! —dijo ella con el rostro desencajado.

¡Por Dios que daba miedo! Me enseñaba los dientes como si se fuese a convertir de un momento a otro en una mujer lobo... o loba. En España no sabía muy bien cómo se decía.

—Tienes razón —contesté—. Pero ¿a quién se le ha ocurrido poner a ese monstruo al lado de la puerta? —Pasé la vista al dueño, prefería mirarlo a él que a la rubia. Ella parecía que iba a echarse sobre mi yugular—. El niño que acaba de marcharse estaba muy asustado —le advertí.

La mujer se enfrentó a mí, aunque para ello tuvo que levantar bastante la cabeza.

—Eso que tú llamas monstruo, visita todas las casas del mundo la noche de Nochebuena.

—¡Por todos los infiernos, mujer! ¡Yo veo eso por la noche en mi habitación y lo destrozo!

—No me cabe duda, eres un bárbaro.

Ella se sacudió las palmas de las manos y se encaminó hacia el mostrador. La seguí.

—¿Te has hecho daño? —pregunté.

Me sentía un poco culpable. Menos mal que el muñeco gigante, tamaño persona, no le había dado de lleno.

—Estoy bien, pero ten cuidado la próxima vez.

Ella desapareció dentro de un cuarto pequeño. El dueño se acercó y me señaló una estantería.

—Esas son las lámparas de mimbre que tengo.

Eran feas con ganas. Sin embargo, después de lo que había pasado, me daba vergüenza marcharme de allí sin ninguna.

Carolina se miró al espejo del baño y trató de calmarse. Ese día hubiera deseado tener consigo a Rab, el perro de Bronwyn, la protagonista de su novela. Tampoco es que esa escocesa fuese muy lista, ¿acaso no veía que Robert, el inglés, no era buena persona, y se estaba aprovechando de ella? Claro que, por otro lado, Carolina llevaba leídas veinticinco páginas, y el novio, Stephen Montgomery, seguía sin aparecer. Pero si ella hubiera tenido a Rab para protegerla, le hubiera ordenado que mordiese el culo del gigante que estaba fuera, en la tienda, hasta hacerle aullar de dolor. ¿Se podía ser más imbécil? pensó. Había tenido suerte de tener buenos reflejos, de otro modo se hubiera quedado pegada en el cristal del escaparate como una calcomanía.

«¡Por todos los infiernos, mujer!». Recordó su frase y también su rostro de ¿acojone? ¿De dónde había salido ese tipo?

Cuando se sintió lo bastante calmada, regresó a la tienda. Otra vez debía colocar el maniquí, si podía arreglarlo. Y también debía buscar otras cajas para envolverlas en regalo. Por suerte, el hombre se había marchado. Aunque Carolina se había quedado con tantas ganas de meterle con la campana en la cabeza, que tuvo que hacer esfuerzos titánicos para no salir a la calle a buscarlo.

—¿Estás bien, Carol?

El dueño de la cestería llevaba varios años llamándola para colocar el escaparate y adornar la tienda. Solía cambiarlo uno o dos veces al mes, y la decoración era más bien en las fiestas importantes; Navidad, Halloween, Semana Santa...

—Estoy bien, pero ese loco a punto ha estado de mandarme al hospital.

—No sé qué tiene esta calle que parece que está maldita. El otro día un operario de los que ponen las luces de las calles estuvo a punto de morir electrocutado. En fin, esperemos que lleguemos todos sanos y salvos a las fiestas. ¿Vas a ir a algún lado?

—No creo. Todavía no lo sé. Mis amigas quieren que vayamos a una fiesta de esas multitudinarias, aunque yo prefiero hacer como otros años: cenar tranquila, tomar las uvas en Sol y, si eso, emborracharme antes de tomar los churros con chocolate. —Se acercó hasta el muñeco y lo puso en pie como pudo. Le metió la pierna por el pantalón—. ¿Crees que es feo este Santa?

—A mí me gusta. Pero será mejor que no lo enchufemos. Callado va a estar más guapo.

Capítulo 4

«*No era la primera vez que Bronwyn besaba a un hombre, pero sí la primera vez que sentía algo como ese beso. Era suave y dulce*».

Carolina recordó la primera vez que se besó con un chico. Ambos tenían catorce años. Ella era más alta que él por varios centímetros. Habían estado paseando y merendando en el Burger. Luego lo había acompañado de la mano hasta su casa. Había sido como acompañar a su hermano al colegio. Durante el camino, buscaba en su cabeza la manera de decirle al muchacho que ya no quería seguir siendo su novia, sin que se sintiera herido. Le encontraba demasiado crio. Él continuaba teniendo mofletes infantiles.

Agustín, así se llamaba, enganchó su cabeza con una mano y plantó los labios en los suyos. Le metió la lengua hasta la garganta y, al principio, Carolina solo podía pensar que él sabía a perrito caliente. Después fue tomando conciencia de otros detalles. La lengua era áspera y se movía como un pez fuera del agua. No tenía por dónde cogerla. Golpeaba la suya y se alejaba —tocó todas sus muelas—. Al final ella se cansó, escondió su lengua hacia atrás y le dejó hacer hasta que él, obviamente, también se cansó. Fue un alivio cuando Agustín quitó la boca de la suya. Ella reprimió el impulso de limpiarse los labios con la mano, cosa que hizo después, cuando se despidió y enfiló hacia su casa.

Rompió por mensaje.

Durante unos meses, cada vez que se cruzaba con él, Agustín lanzaba indirectas tipo: «Voy a tener una hija, y la llamaré venganza».

Los siguientes besos con otros chicos no fueron tampoco como para lanzar cohetes. Ninguno le había hecho sentir lo que contaba Jude Deveraux —cómo se notaba que esa mujer escribía ficción—. Aunque tenía que admitir que imaginarlo era bonito. ¡Que no por ello engañoso! Estaba segura de que todas las personas que leían romántica soñaban con besos así.

Se movió en el sillón y le dio un tirón en la zona de los riñones. Demasiado poco tenía para el golpe que se había dado en el escarapate de la cestería. No se tenía que haber metido en la conversación del gigante y de la señora que iba con su hijo. ¡Jamás hubiera osado, de saber que iba a tirarle a Santa Claus como si fuera una jabalina!

Dejó el libro sobre la mesa y fue a por un ibuprofeno y una manzanilla con anís. A punto de sentarse de nuevo, llamaron a la puerta. Era Marta, que llegaba con una amplia sonrisa.

—Si vienes para intentar convencerme de salir, desde ya te digo que no lo vas a lograr.

Ella pasó y se quitó el abrigo, la bufanda y los guantes de lana. Era una mujer más alta que la media española.

—¿Por qué? ¿No te apetece salir?

—Estoy hecha polvo. Hoy me he dado un buen piñazo.

—¡No me digas! ¿Te has hecho daño?

—Podía haber sido peor. —Pasaron al salón—. No lo vas a creer, pero un cliente me ha lanzado el Papá Noel tamaño persona a la cabeza.

—¿Por qué?

—Dice que lo asusté y era lo que más a mano tenía. ¿Quieres una infusión?

Marta asintió.

—Menos mal que no tenía un hacha cerca. Vaya peligro. Pero ¿estás bien?

—Me duele la espalda, pero se me pasará. —Le entregó una manzanilla y se sentó a su lado.

Marta ojeaba la novela por donde estaba la página abierta.

—¿Te va gustando?

—No está mal. Quizá un poco fantasiosa.

Marta frunció el ceño.

—¿Tú crees? Date cuenta de que en aquella época luchaban así, a pelo.

—Me refiero a los sentimientos de los protagonistas. Por ejemplo, la escena del beso. Eso del contacto frío y caliente de la punta de la lengua que provocaba escalofríos en la espalda no es creíble. ¿Quién siente escalofríos?

Marta se encogió de hombros.

—Es verdad que no siempre, pero alguna vez yo sí lo he sentido. ¿A ti no te ha pasado?

Carolina la observó atónita. Otra vez se sentía la rara del grupo. Sacudió la cabeza.

—Será que soy muy especial para los hombres.

—Hablando de hombres especiales. La semana que viene hay una conferencia en el castillo de San Servando, en Toledo. Sean McArthur, escocés, da una charla sobre historia. Su antepasado fue *laird* y guardián de Escocia en la época de William Wallace y Roberto de Bruce. He conseguido invitación para las tres. Después habrá un pequeño pisolabis. He oído decir que es un hombre muy guapo.

—Es guapo porque es escocés, ¿no? Dime algo, ¿es pelirrojo? —Antes de que Marta contestase, Carolina agitó la mano—. No, déjalo, no digas nada, ya te dije...

—Bueno, allí lo veremos. Además, lo acompaña el famoso escritor de novela romántica Steven Norton. Sus libros son buenísimos y va a presentar su nueva historia, que casualmente es de las Highlands. Va a ser un éxito seguro y podremos hacernos fotos con él.

No podía negarse. Mucho menos viendo lo emocionada que estaba Marta. Además, lo del

piscolabis sonaba muy bien.

—¿Hay que vestir muy elegante?

—Muy elegante, no. Elegante a secas y, sobre todo, cómoda y abrigada. En Toledo hace frío.

La idea de visitar el castillo no era mala, y tal vez, como decía su amiga, la metiera más de lleno en la novela de Montgomery.

Marta se fue un poco más tarde y ella se quedó con la sensación de no haber demostrado mucho entusiasmo con lo de Toledo. Puede que no fuese la típica lectora compulsiva, amante de la romántica, pero le gustaba el arte y la historia, y por ese motivo decidió pasarse el resto de la tarde viendo documentales de las Highlands.

Escocia tenía una historia bastante dura a sus espaldas. Los conflictos con los ingleses, con los irlandeses o con los franceses cuando los quisieron invadir, hicieron que el país, y los clanes, llegaran a unirse para defenderse. Se los tachaba de brutos, pero en España también hacían eso con los vascos —un tío de ella lo era y levantaba piedras gigantes con las manos. Decía que también las levantaba con otra cosa, pero nunca desvelaba con qué otra cosa era. Lo dejaba libre a la imaginación—. Sin embargo, tenía el corazón más noble y honrado del mundo.

Sonrió al pensar en brutos y pasó por su cabeza el descerebrado que le había lanzado el maniquí a la cabeza. Apostaba a que ese también era del norte. No sabía del norte de dónde porque, pensándolo bien, no tenía pinta de español. Aunque no podía estar segura del todo. No se había fijado demasiado.

Subí a casa. Llamábamos a nuestra morada Adonis House, así le otorgábamos un poco más de glamour.

En el salón, Tane estaba viendo *Grease* y, justo cuando llegué, estaba la escena en la que John Travolta y sus amigos bailan en un taller sobre un coche bastante cutre.

El maorí me vio llegar y con un movimiento, casi a la velocidad de la luz, saltó y se puso de pie sobre el sofá. Poco faltó para enganchar las rastas en los halógenos del techo. Comenzó a bailar «*Grease Lightning*» y me di cuenta de que necesitaba compañía para hacer una buena coreografía. Dejé la lámpara sobre la mesa y me subí con él a señalar con el dedo a mi alrededor y a simular tocar la bocina del camión. Ambos teníamos un envidiable movimiento de pelvis.

Erik llegó conversando por teléfono con alguien, colgó de repente y, sin pensarlo, se unió a la coreografía encaramándose al sofá. No era la primera vez que compartíamos baile.

—¡Vamos, Stefano! ¡Súbete al buga! —gritó Tane extasiado con John Travolta.

El buga era nuestro sofá de piel donde, con el buen tiempo, uno se quedaba pegado y hacía ruidos muy extraños.

Otra vez apuntamos con el dedo y giramos los brazos como el que mira al horizonte diciendo: «Desde aquí, hasta allí, todo te pertenecerá algún día». Erik estuvo a punto de sacarme un ojo.

Stefano, mucho más listo que los demás, bailó sin subirse al sofá. También salió en primer plano cuando Dase nos grabó en video. Arnold, nuestro okupa, no llegó a tiempo. Tampoco hubiese podido subir al buga, ya que venía disfrazado de Bob Esponja.

—Si ya habéis acabado de hacer todos el ganso, Antonio dice que dejéis por escrito quién se marcha unos días por vacaciones y cuándo —dijo Marisa, observándonos desde el hueco de la puerta.

—Luego lo apunto —dijo Tane sentándose el primero para seguir viendo la película—. Me iré solo un par de días con Olivia.

—Yo también tengo planes con Abril. Iremos a Italia —señaló el veronés.

—Rocío me quiere llevar a Sevilla, pero si todos estamos aquí en fin de año, podríamos celebrarlo juntos.

—¡Yo tocaré la gaita! —me emocioné. Despedir el año con los Adonis podía ser muy divertido.

—¡Rocío y yo os bailaremos flamenco!

—Ah, si podemos traer a las chicas, me apunto. —Por la cara que puso Tane, que no apartaba la vista del televisor, imaginé que estaba pensando en una gran tabla de quesos especiales. Cada vez que celebrábamos algo, él traía queso, y como su novia Olivia era la dueña, solía encargarle una gran variedad.

—¡Cuanta más gente mejor! Tal vez vuestras chicas tengan amigas para Dase, para Sean y para mí.

—Ni caso a Bob Esponja —replicó Dase—. Si yo quiero una chica, me la busco.

Arnold me miró arqueando las cejas.

—¿Y tú?

—A mí me da igual, pero tiene que gustarle mi gaita.

—¿Cuál? —Stefano sonrió con burla, mirándome.

Me eché a reír. Cuando lo conocí, me hacía mucho lío con sus frases de doble sentido, pero ahora ya lo pillaba todo. O casi todo.

—Las dos —contesté.

Mis compañeros rompieron a reír. Erik me palmeó el hombro con afecto.

—Venga, Sean, te ayudo a colocar esa lámpara.

—Lo de las amigas era una broma —dijo Arnold caminando en dirección a la escalera—. Tal vez invite a Marisa o a Duscha.

Los cinco miramos hacia él como si estuviéramos poseídos por el mismo demonio. Sin embargo, Bob Esponja había desaparecido.

Capítulo 5

Toledo era una ciudad fascinante. Su casco antiguo olía a historias de caballeros y damiselas. Stefano, que iba sentado en la parte de atrás de la furgoneta, seguro que pensando lo mismo que yo, recorría con la mirada los edificios y las calles con interés, grabándolo todo en su memoria. De haber tenido la libreta a mano lo habría escrito, sin embargo, estaba aprovechando a ordenar todas las notas que iba a usar en la presentación de su novela.

Erik se había quedado con las ganas de venirse con nosotros. A última hora le había salido una pequeña excursión a la sierra de Gredos y no había podido negarse. Era una lástima, ya que Toledo le iba a gustar mucho. Él adoraba hablar de «vuestra merced», como los hidalgos caballeros que, con seguridad, habían vivido en esa ciudad. El noruego me recordaba a los personajes de Shakespeare, aunque se identificaba más con los del Quijote.

Cuando Anthony nos acompañaba a los eventos, como en aquella ocasión, solía conducir él, pero ese día le había convencido para que me dejase hacerlo a mí. Siempre me han gustado los coches y soy fanáticamente fan —no sé si en España se dice así— de Fernando Alonso, el piloto de fórmula uno. Mi problema es que en Escocia se conduce por el lado diferente del de las carreteras españolas, y aunque no han sido muchas veces, algún susto sí que me he llevado por eso; una mala entrada, un carril equivocado...

—Allí es. —Mi jefe señaló el castillo con el dedo índice.

Sé que no verlo hubiera sido de topos, pero era la tercera vez que me saltaba el desvío hacia la fortaleza. Y el dedo de Anthony frente a mis narices tampoco ayudaba mucho.

—¿Tuerzo por aquí?

—Sí, dobla.

—¿Por aquí? —insistí. Necesitaba estar bien seguro.

Stefano me miró a través del espejo.

—Sean, te lo vas a volver a pasar.

—Pero ¿por aquí entonces?

No había tiempo. O me salía hacia el camino o volvíamos a hacer el recorrido por la ciudad, otra vez.

—¡Sí! —gritaron Anthony y el escritor.

Demasiada presión para mí. Giré con un frenazo y estuve a punto de provocar que el coche que circulaba detrás de mí golpease el culo de la furgoneta. Los tres suspiramos aliviados cuando logré centrarme en la carretera. Hicimos el último tramo hasta el aparcamiento sin hablar. Sin hablar y haciendo oídos sordos al molesto claxon del conductor de atrás. Di un par de vueltas por entre los vehículos para despistarle, y al final estacioné cerca de una farola.

Stefano había quedado en encontrarse con su novia allí, y fue el primero en bajar del coche para ir a buscarla.

—Gracias por dejarme conducir, Anthony. —Le entregué las llaves.

Él las aferró con los dedos curvados como garras, tensos. Me dijo:

—De nada, siempre es emocionante que conduzcas tú.

Por eso apreciaba al hombrecillo, porque, aunque tenía la cara desencajada por la brusquedad de mi giro, seguía confiando en mí. No podía evitar enternecerme con él.

El castillo, bastante acogedor y agradable comparado con mi fortaleza en las Highlands, estaba muy preparado para hacer asambleas. De haber sido verano habría hecho la conferencia en el patio interior, a la sombra de los muros y de los árboles que lo adornaban, pero el tiempo y las bajas temperaturas me obligaron a hacerlo en una de las salas. Además, era mucho mejor porque así la vibración de la gaita se iba a escuchar de maravilla.

Mientras la gente comenzaba a llegar ocupando el vestíbulo, el director del castillo nos concedió una habitación para estar a solas y poder dejar nuestros bártulos. Stefano había aprovechado mi evento, o yo el suyo, ya que no nos poníamos de acuerdo, para la presentación de su nueva novela, por lo que la gran mayoría de los asientos iban a estar ocupados.

—He colocado unas botellas de agua junto a los micrófonos —dijo Abril—. Sean, cuando me hagas una señal, apagaré la luz para que pongas las diapositivas, y a otra señal, las enciendo. ¿Stefano? ¿Tú quieres que te haga algo?

Me eché a reír. Mi amigo me miró arqueando las cejas.

—¿Qué pasa?

—No, nada. Es que no ha sonado muy bien ese «te hago algo».

Abril enrojeció hasta el nacimiento del cabello. Stefano miró a su chica de una manera muy moñas.

—No hagas caso a este imbécil. Está muy falto de amor.

—Es verdad —afirmé—, y veros a vosotros me da un poco de envidia.

—Sean, Sean. —Abril palmeó mi brazo. Ella sonreía—. Eres un hombre muy atractivo. Estoy segura de que encontrarás algún día al amor de tu vida.

—Con lo despistado que soy, dudo mucho llegar a verla. Es capaz de pasar a mi lado y no me daría ni cuenta. Pero vamos, tampoco es que ese tema me importe mucho.

Stefano curvó la comisura de los labios hacia arriba, señal inequívoca de que no creía lo que había dicho. A veces me sorprendía que pudiese leer mis pensamientos. También me daba

miedo.

Carolina descendió del coche con las piernas temblando y con unas terribles ganas de arrodillarse en el suelo y besarlo. Marta salió y ayudó a Beatriz a descender.

—¡No sé dónde le han regalado el carnet a ese! —exclamó Carolina. Su corazón latía tan fuerte y descontrolado que parecía que iba a escapar de su caja torácica.

—Ha faltado poco para tragárnoslo. Menos mal que tienes buenos reflejos, Carol. Yo no habría sabido reaccionar tan rápido —dijo Marta—. ¿Estás bien, Bea?

—Me di un golpe contra el cristal de la ventana, pero no ha sido muy fuerte. Ya no me duele. Carolina se acercó a ella con preocupación.

—¡Ese tío era gilipollas! ¡Mira que girar tan cerrado y frenando! Lo que no sé es cómo no ha volcado. Déjame ver tu cabeza, Bea.

—¡No es nada, Carol, de verdad! Nada que un paracetamol no pueda curar. ¿Has podido verlo?

—Llevaba una furgoneta.

Los ojos de Carol y los de Marta, que había ido en el asiento del copiloto, buscaron el vehículo.

—Allí —señaló Marta—. Ahora no hay nadie, pero yo sí que le he visto la cara. Si está en el castillo, lo reconoceré, fijo.

—Pues me lo dices. Pienso ponerle a caer de un guindo —dijo Carolina—. ¡Menudo payaso!

Las tres respiraron hondo. Se pusieron los abrigos y caminaron hacia la entrada. Enseguida se olvidaron del susto. Había bastantes personas, algunas formaban corros y charlaban mientras otras iban entrando al vestíbulo. Carolina levantó la vista hacia una de las almenas. No podía imaginarse a nadie viviendo en un lugar así, tan grande, tan imponente que quitaba el aliento.

—¡Qué emocionante! —Marta la cogió del brazo y la arrastró hacia el interior, donde la gente comenzaba a hacer fila para entrar en una de las salas—. Estoy deseando conocer a McArthur. Quiero saber si de verdad es tan guapo como dicen.

—De acuerdo. —Carolina se volvió hacia sus amigas—. Solo os pido una cosa. —Las otras la observaron con interés—. No llaméis la atención, por favor.

—Tranquila, Carol. Mira aquellas mujeres. —Señaló a un grupo de seis que no hacían más que hablar todas a la vez. Ninguna escuchaba—. Si están así aquí, que aún no han abierto la sala, imagina el auténtico peligro que pueden montar ahí dentro. Esas están más locas que nosotras.

—Si el escocés es guapo, que lo dudo —susurró ella—, espero que haya traído guardaespaldas.

En cuanto abrieron la puerta, Beatriz la arrastró hasta las primeras sillas, cual carrera en un centro comercial el día de inicio de rebajas. Para esas cosas Carolina era muy vergonzosa. Sentía

que se acababa de colar en la cabalgata de los Reyes Magos, situándose delante de los niños, y eso porque también un grupillo de muchachitas había corrido hacia esas mismas sillas.

—¡Qué fuerte! —exclamó Marta quitándose el abrigo y sentándose a un tiempo—. Estamos en primera fila.

—Ya te digo —contestó Carolina—. Creo que me he dejado media yo en la puerta.

—Ha sido llegar y besar el santo.

—¡Marta, que nos hemos colado! Encima no lo digas en alto, algunas nos miran como si quisieran apedrearnos.

Marta sonrió y Beatriz se encogió de hombros. Esta última, satisfecha del lugar donde estaban, murmuró en el oído de Carolina:

—¡Que se hubieran dado prisa!

Carolina la miró.

—Era imposible. Hemos sido más rápidas que un ladrón con diarrea.

—Han venido bastantes hombres, ¿os habéis fijado? —preguntó Beatriz, observando todo a su alrededor.

—Es normal. Estos días he estado viendo documentales de las Highlands y he descubierto una historia fascinante. Lo más seguro es que entre estos hombres haya historiadores e incluso profesores. —Las amigas miraron a Carolina con ojos sorprendidos, y ella a las otras—. Pero todo lo que he visto no tiene nada que ver con la romántica. Me estoy leyendo el libro, sí. Sin embargo, debo de reconocer que me gusta más la historia en sí, y me daría lo mismo si la escucho en la voz de un escocés o de una escocesa. Creo que quiero ir a visitar ese país. —Marta y Beatriz eran incapaces de cerrar la boca—. Tiene que ser una pasada.

—No sé qué decirte —dijo Marta—. ¿De nada?

—Sí, quería decíroslo. Estoy muy agradecida con vosotras porque me hayáis obligado a leer ese libro...

—Todavía te lo estás leyendo —le recordó Marta.

Carolina asintió.

—Aun así, Stephen Montgomery... —Guardó silencio de forma abrupta. Dos hombres muy altos y uno, que al lado de ellos parecía Pulgarcito, se acercaron a la larga mesa que estaba frente a ellas. Sus ojos se abrieron de tal manera que parecían estar a punto de salir de las órbitas—. ¡Es el tío del escaparate! —exclamó en un susurro.

—¡Es el de la furgoneta! —Marta señaló al mismo que Carolina taladraba con la vista.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Qué buenos están los dos! ¡Aquel es Steven Norton! Y este de aquí, es el escocés —dijo Beatriz dando un codazo a Carolina—. La que dice que los escoceses no están para mojar pan, ¿eh?, ¿eh?

—Me estás clavando el codo en el pecho. Tranquilízate y respira, y dame la botella del agua que se la voy a lanzar a la cabeza.

—¡Que no!

—¡Sí, déjala! —decía Marta entusiasmada—, así tenemos una excusa para poder presentarnos. Esas palabras surtieron el efecto que buscaba, pues Carolina se calmó de repente.

A medida que todos se fueron acomodando, comenzaron a guardar silencio. Los hombres, que también ocupaban sus asientos, sonreían al público.

Carolina fijó la vista en el escocés. Era un tipo muy grande y fuerte, de amplios pectorales, amplios músculos, y después de un ávido repaso, llegó a la conclusión de que todo, sin excepción, debía de ser muy amplio en él. No era guapo de decir «¡qué belleza de hombre!», pero sí que era muy atractivo: ojos claros, boca seductora, rasgos marcados como esculpidos por el mismo Miguel Ángel... Tal vez su nariz no era perfecta y estaba un poco desviada, como si hubiera recibido un buen golpe en algún momento de su vida, pero era eso lo que lo volvía apuesto y lo que hacía que no pudiera apartar los ojos de su cara.

—Es guapo. No digas que no —susurró Beatriz a su lado.

Carolina se encogió de hombros fingiendo que le era indiferente.

—Te recuerdo que he podido morir dos veces por su culpa.

—¡Qué exagerada!

Guardaron silencio cuando los ojos del escocés pasaron sobre ellas. Él parpadeó con sorpresa y apartó la vista rápido.

—Creo que te ha reconocido —dijo Marta sin despegar los labios.

Carolina asintió. Se había quedado muda de repente. Ese brillo especial en la mirada del escocés había provocado que su corazón brincase nervioso y expectante. ¿Cómo no se había fijado antes en lo atractivo que era ese hombre?

El señor que era más bajito y también más mayor, empezó con las presentaciones. Después, comenzó a hablar Sean McArthur. Su castellano era perfecto y usaba un tono ligeramente áspero que cautivaba a toda la audiencia. Incluida Carolina. Él contaba de sus orígenes, de cuando existía guerra entre clanes. Y lo hacía de manera apasionada, ensalzando a sus antepasados de un modo tan peculiar que, aunque no hubiera sido verdad, todos se hubieran tragado la historia. Sean les hablaba de luchas. Relató cómo, por poder, llegaron a aniquilar casi a un clan entero. El de los McBean. Nerys McBean y su primo Douglas fueron los únicos supervivientes de la masacre. Pero Sean también les habló de amor. De cómo el *laird* McArthur, uno de los guardianes de Escocia, protegió a Nerys, ayudándola a desenmascarar a los culpables, y se casó con ella. Contó que la hija de este *laird*, Violeta, se unió a un mercenario irlandés nacido para ser rey de su país.

La sala se llenó de suspiros colectivos, de manos alzadas esperando el turno de preguntas. Sin pensar ni un solo instante en que aquel escocés era el psicópata de la cestería, Carolina levantó la mano. Él la señaló con su largo dedo índice.

—Usted, señorita.

Carolina se quedó paralizada de repente. De entre todas las personas con dedo levantado, Sean McArthur la había elegido para hacerle la primera pregunta. ¿Por qué?

—No te quedés callada —susurró Beatriz, nerviosa.

Carolina despertó del trance en que había caído y removió su culo en el asiento.

—¿Su antepasado luchó en alguna guerra de importancia?

El hombre asintió.

—El *laird*, Kiar McArthur, tenía fuertes alianzas con distintos clanes de la región y participó en la batalla de Skerries: la Primera Guerra de Independencia Escocesa. Edwin, su hijo mayor, estuvo en varias cruzadas notables y terminó siendo instructor. Fue uno de los mejores y más respetados en su campo. El mediano se llamaba como yo, Sean. Él estaba obsesionado en la persecución de objetos místicos y sagrados, magia, leyendas... Estaba tan fascinado que fue narrando cada una de sus aventuras y desventuras con la intención de que sus escritos perdurasen en la historia, por ese motivo raras veces se encontraba en casa. Dejó un diario, que un nieto suyo llegó a publicar. Luego estaba Violeta, la pequeña.

—Ella fue la se casó con el rey irlandés.

—Connor Stabler Lynch, quien renunció al trono por ella. Dicen que tenía el pelo pintado de rojo y negro. Imagino que debió ser algo parecido a un punky.

—¿No hay retratos de ellos?

—No. —El McArthur pasó la vista entre la gente y ya estaba eligiendo a otra persona para preguntar.

Marta observó a su amiga arqueando una perfecta y delineada ceja. Carolina continuaba con la mano levantada.

—¿Su pariente quería que Robert de Bruce gobernase? —Sin esperar su turno, Carolina lo interrumpió otra vez.

Él volvió unos preciosos ojos hacia ella y, al sonreír, unas pequeñas arruguillas se le pintaron en las comisuras de estos.

—Lo admiraban mucho. Robert se había preparado para ello. Se puede decir que era la mejor opción. De todos modos —carraspeó y desenroscó el tapón del agua. Todas las miradas femeninas se clavaron en los músculos de sus brazos que, a pesar del jersey fino de lana oscura, se apreciaban—, voy a permitir una ronda de preguntas cortas y les mostraré unas diapositivas que tengo preparadas.

—He oído decir que usted tiene un castillo. ¿Es eso verdad? —preguntó alguien que estaba en el fondo.

—Así es. Sigo viviendo en la fortaleza de los McArthur. Fortress Noun Untouchable.

Beatriz se levantó de su asiento como si estuviera en un concurso de preguntas.

—¿Habla gaélico?

Él asintió.

—De hecho, también imparto clases —sonrió de un modo muy agradable—, si le interesa a alguien, que luego me pregunte.

—Luego le preguntas, Carol —susurró Beatriz junto a su oído.

—¿Por qué? Me gusta la historia, pero no tengo ni pizca de ganas de aprender otro idioma.

—Puede que te quiera invitar a su castillo.

Enrojeció hasta el nacimiento de su cabello.

—¿Para qué quiero ir a su castillo?

—¡No seas boba, Carol! Mira la cara de todas esas mujeres.

Carolina las miró. Todas tenían la vista puesta sobre el escocés, y algunas no podían disimular que estaban deseando lanzarse en los fuertes y fornidos brazos del hombre.

—¿Sabrán ellas que el McArthur es un enemigo público número uno?

—¡Ojalá me hubiera lanzado a mí ese maniquí! —exclamó Beatriz ahogando un suspiro.

Carolina soltó una risilla y llamó la atención de Marta.

—¿Estás escuchando a Bea?

—No, pero si nadie quiere al escocés, me lo pido.

—¡No!

—¿No? —Marta la miró con una sonrisa traviesa.

—No puedes ir pidiéndote a la gente.

—Además que a ti te van más los griegos —añadió Beatriz.

Marta se encogió de hombros.

—Me van los tíos en general, y si hay que pedirle información sobre esas clases, pues se piden y punto.

Carolina frunció el ceño. ¡Estaría bueno! ¡Si alguien debía hablar con McArthur, esa era ella, que para eso lo había conocido la primera! A partir de ese momento, tiró por la ventana el rencor que había sentido por él al conocerlo. Iba a hacer borrón y cuenta nueva.

—Yo le voy a pedir esas clases —dijo, terca.

Continuaron la ronda de preguntas durante unos diez minutos más y después alguien apagó la luz. Las diapositivas eran, sobre todo, de impresionantes y agrestes paisajes, de ropa tradicional del antes y del momento actual, de deportes y gastronomía y de bailes regionales. Cuando se encendió la luz de nuevo, hubo otra pequeña ronda de preguntas y se hizo un descanso corto. Durante ese tiempo, Sean McArthur desapareció y Carolina temió que se hubiera marchado. Sin embargo, regresó pasado un rato, y lo hizo vistiendo un kilt.

Por alguna extraña razón, ella sintió el gran impulso de ponerse a silbar, y si no lo hizo, fue porque no quería dar la razón a sus amigas de golpe y porrazo, respecto a que podía haber escoceses que estaban para comerles hasta las gomas del bóxer. Ese lo estaba, y desde luego no era pelirrojo.

—Ahora se conoce más con el nombre de falda escocesa o tartán —explicó su atuendo—, aunque la palabra tartán apareció mencionada por primera vez en el año 1538. Originalmente, la gente de los clanes usaba plantas, musgo y bayas para teñir la lana.

El escocés se dio una vuelta despacio para que todos lo observaran. El kilt se encontraba atado alrededor de la cintura e iba acompañado de una especie de monedero, que él llamó *sporrán*, un

alfiler que unía las dos partes de la falda por delante y una *sgian dubh*, que era una pequeña daga que se guardaba en los calcetines.

—Al principio la falda solo se trataba de una manta de unos cinco metros de largo sin ninguna forma. Se ponía también alrededor de la cintura, pero el resto de la tela se colocaba por encima del hombro y se sujetaba con un alfiler.

Carolina suspiró al recorrer con sus ojos el cuerpo entero de Sean. Sus piernas eran fuertes y atléticas.

—¿Qué clase de ropa interior usa? —preguntó una mujer, muy interesada en el tema.

Un grupo comenzó a vitorearla entre risas y aplausos. Carolina percibió que el hombre se sonrojaba y respondía con una sonrisa tímida:

—Yo uso un bóxer normal y corriente. Algo apretaditos porque no encuentro tallas más grandes, pero... me sirven.

El público estalló en carcajadas y muchas imaginaciones echaron a volar en ese momento.

—Sí. Esta bueno —murmuró Carolina sin darse cuenta de lo que lo hacía en voz alta y de que ni Marta ni Beatriz perdían detalle de sus palabras o de sus gestos.

—¿Le vas a pedir salir entonces?

Asintió.

—Claro que voy a hacerlo, pero... primero fingiré estar interesada en aprender su idioma.

—No veas la envidia que me das —dijo Marta.

Carolina giró la cabeza hacia ella.

—¿Por qué no te apuntas conmigo?

—Te cortaría todo el rollo, y eso no es lo que tú quieres.

—Puede que yo no le guste. Ya os he contado cómo fue nuestro primer encuentro.

—Eso lo puedo decir yo, que la lista de cosas que tengo en común con las modelos de Victoria's Secret es el hambre, pero tú... no.

Agradecía que Beatriz le insuflara de alguna manera un poco de valor, pero no sabía si iba a tener suficiente con eso. Por suerte, del grupo de amigas con el que solía salir, dos de ellas no habían podido ir. Paula y Cristina. Ambas eran amigas entre sí desde la infancia, y de haber estado allí Cristina, estaba segura de que no habría tenido ninguna oportunidad con el McArthur. Ni con él, ni con nadie. No sabía cómo se las apañaba su amiga, pero era capaz de ligarse hasta a las piedras. Lo que no quería decir que ella aceptara a alguien. Le había conocido algún rollo que otro, pero nada serio. Cristina tenía un *crush* y no quería desvelar quién era.

Mientras Steven Norton llevó a cabo la presentación de su novela, Sean se acomodó a su lado, bebió agua y observó al público. Carolina se dio cuenta de que los bonitos ojos azules siempre terminaban en ella, y ella, con la rapidez que la caracterizaba últimamente en cuanto a reflejos relacionados con ese hombre, apartaba la vista a tiempo de que no la pillara. Era tonta, ya que ese no era el modo de intentar ligar con él y, si no se andaba con cuidado, cualquier lagarta de las que allí había podía atraparlo. Pero la pura verdad es que la ponía nerviosa. Era como si se

hubiera tragado un montón de hormiguitas y estuvieran ejecutando la danza del fuego en su vientre.

La novela del escritor parecía bastante interesante para Marta, Beatriz y el resto de forofos lectores que habían ido a verlo. Carolina lo escuchaba sin prestar demasiado atención. En su cabeza solo podía pensar en cómo se iba a acercar al escocés y qué le iba a decir. Y por todos los medios intentaría olvidarse de sus anteriores encuentros. Después de todo, no había llegado a pasar nada y no tenían nada que lamentar. Pero era imposible que no se abriera paso en su mente la idea de pinchar las ruedas de la furgoneta, dejando una nota que dijese algo, como «asesino».

Despertó de sus pensamientos en el momento en el que la gaita comenzó a sonar. Sean McArthur se había puesto en pie delante de las mesas y tocaba el instrumento de viento con pasión. Carolina había escuchado alguna vez las gaitas, pero nunca se había fijado en ese sonido grave que se quedaba fijo como si no dejara cambiar de acorde. En algún momento de su vida ella habría denominado a ese instrumento como *coñazo estridente*, sin embargo, no estaba tan mal para oírlo en dosis pequeñas. Mucho podía llegar a ser cansino.

—Me encanta esta música —suspiró Beatriz—. Parece transportarte a las Highlands, ¿verdad?

—Mejor que una pandereta sí que es —admitió Carolina sin querer explayarse en su respuesta.

Sean tocó un par de canciones más, entre ellas el *Concierto de Aranjuez* y la famosa banda sonora de *Braveheart*, y se despidió de todos, junto al escritor.

Carolina salió corriendo detrás de ellos, sin darse cuenta de que sus amigas se quedaban a medio levantarse, con las bocas abiertas. El señor bajito que los acompañaba —le recordaba a Dani de Vito, el actor— la detuvo con una sonrisa agradable y una pose que, tal vez, pretendía ser seductora. Ella lo miró arrugando el entrecejo.

—¿Necesita algo, señorita?

—¿Eres su guardaespaldas? —preguntó, extrañada.

El hombre se irguió y llevó las manos hacia adelante y hacia arriba como lo haría un tiranosaurio rex.

—No. Yo soy un Adonis como ellos. —A Carolina se le descolgó el labio inferior de la boca. ¿Era posible que, con el bullicio de la gente que se levantaba de los asientos, no hubiera escuchado bien?—. Bueno, fui un Adonis. Ahora soy el encargado de la agencia Adonis Tours. —Se sacó con gracia una tarjeta del bolsillo superior de su chaqueta y se la entregó—. Sean y Steven se van a retirar unos minutos y enseguida se reúnen con todos para picotear algo. Después, Steven Norton regalará unos marcapáginas y se realizará la firma de libros.

Carolina respiró aliviada. Pensaba que no iba a volver a ver al McArthur. Dio las gracias al hombre y se giró para regresar junto a sus amigas y recoger su abrigo y el bolso. Marta la miraba expectante, con las cejas levantadas.

—¿Qué te ha pasado para salir corriendo así?

—¿Se ha dado cuenta la gente?

—Hombre, pensábamos que ibas a saltarles a la yugular.

—¡Qué exagerada! Solo quería saber si iban a volver otra vez.

Una desconocida que se había parado cerca de ellas, preguntó:

—¿Qué ha dicho? ¿Van a volver?

Carolina asintió.

—Sí, en un rato.

Capítulo 6

Mientras Abril y Stefano recogían sus cosas y dejaban la sala tal y como la habíamos encontrado, yo pasé al aseo para cambiarme de ropa. Todavía continuaba sorprendido por la casualidad de haber hallado allí a la muchacha de la cestería. Y cuando ella levantó la mano para preguntar, no pude evitar darle paso la primera, quizá para que supiese que no tenía nada en su contra.

Metí el kilt y toda la parafernalia en la bolsa de deporte y me reuní con mis compañeros. Íbamos a comer algo antes de que Steven comenzase con su firma de libros. Me había convencido para que me sentase junto a él y, de ser necesario, sacar alguna fotografía con sus lectoras.

Nos reunimos con los asistentes en una sala bastante amplia cuyas paredes eran de piedra medieval. Sobre algunas mesas alargadas habían expuesto bandejas de canapés variados, platos con tortillas de patatas, bocadillos tan pequeños que, en un descuido, se podían quedar en las muelas, y zumos, refrescos y agua. El *catering* lo encargaba Anthony a un amigo suyo del centro comercial donde Tane iba a enseñar surf.

Abril nos llevó hasta una de las mesas. Para ella fue fácil llegar hasta allí, en cambio, Stefano y yo, nos la vimos y nos las deseamos para que nos dejaran pasar y no nos cerraran el camino cada dos por tres. Stefano respondía con educación y mucha calma a todo el que nos detenía para preguntarnos algo. Con una sonrisa entre amable y pícara, decía:

—Perdonad un momento, vamos a ver si nos podemos acercar a la mesa.

Eso no implicaba que la gente nos dejara en paz o se apartase, simplemente nos seguían.

Yo era de los más altos y no tuve problemas en observar a la gente por encima de las cabezas de los demás, hasta que mis ojos se detuvieron, otra vez, en la rubia de la cestería. Ella se había colocado en un rincón con sus amigas y comían mientras charlaban.

—Coge algo, Sean —me dijo Abril señalando una de las bandejas—, ese panecillo tiene ensaladilla rusa, y este otro es paté.

La vista de los alimentos era muy provocadora pero, a pesar de que soy bastante tragón, no sentía mucha hambre. O más bien, debo de confesar que nunca me ha gustado comer de esa

manera. De haber sido por mí, me habría apalancado —como se dice en España— una de las bandejas o dos, y me las habría zampado tan a gusto. Pero eso de tener que compartirlo con ciento y la madre, como éramos, me cohibía bastante. Era como si tuviese a mi abuelo por allí, esperando el momento de darme un cachete en el dorso de la mano para que soltara lo que estuviera comiendo, por abusón.

Alargué el brazo hacia las bebidas y cogí una botella de agua. La abrí y bebí varios sorbos, y cuando estuve a punto de coger un trozo de tortilla, se acercó un trío de mujeres para preguntarme como era mi fortaleza, dónde estaba, y si era posible visitarla.

Estaba acostumbrado a esas preguntas y no me importaba responder. Sabía que solo sentían curiosidad. Escocia, aunque era un lugar hermoso de salvajes páramos, verdes praderas y paisajes agrestes, no era el que más elegían las personas para visitar. Por lo menos no el que escogerían esas féminas. Se veía a la legua que ellas eran más de playa —a dos de ellas aún le quedaba el bronceado del verano pasado, y otra seguía teniendo el cabello rubio trigueño, quemado por el sol.

Cuando se alejaron un poco de mi lado, me atreví a coger el trozo de tortilla. La cantidad de comida había descendido notablemente y comenzaban a quedar tapitas sueltas aquí y allá.

—Hola, Sean.

Miré por encima del hombro a ver quién me estaba saludando y descubrí a la rubia. De un bocado me comí la tortilla. Estaba más seca que un muerto en un desierto, aun así, la tragué con rapidez.

—Hola, eh... vecina. Qué coincidencia verte por aquí —dije observándola de arriba abajo con discreción. Ella llevaba un suéter de lana de cuello alto en color salmón y ajustados pantalones negros que iban introducidos en unas botas. Su rostro era la dulzura personificada, no como el día de la cestería, que su mirada se asemejaba a la de la niña del exorcista—. Me recuerdas, ¿verdad?

—¡Cómo olvidarte! Si ese día el Santa Claus llega a pillarme...

—Te pone mirando a Cuenca, ¿no?

Ella alzó las cejas hasta extremos inimaginables.

—¿Perdona? —me dijo bastante alucinada.

—A lo mejor esa respuesta no iba bien en esta frase —respondí, dándome cuenta de que debía de haber dicho algo muy extraño.

Ella sacudió la cabeza.

—No es muy acertada que digamos.

Me apunté que debía preguntar a alguien qué quería decir eso entonces. Había escuchado la frase algunas veces y pensé que iba a encajar bien en esta conversación. Estaba visto que no.

—No me has dicho tu nombre —dije cambiando por completo el chip.

—Me llamo Carolina.

—Yo soy Sean —me incliné sobre ella y le di dos besos en sendas mejillas. Enseguida miré a

mi alrededor esperando que nadie me hubiera visto saludarla de ese modo. Un grupo de cinco señoras lo habían hecho y se acercaban con sonrisas radiantes—. Me alegro mucho de verte, otra vez.

—¿Ah, sí? —Ella sonrió.

Sin pararme a pensar, la cogí del brazo y la guie hacia una esquina de la sala. Por el rabillo del ojo vigilaba a las mujeres que continuaban detrás de mí.

—Siempre es agradable ver caras conocidas.

—Yo estaba interesada en lo de las clases de idioma.

—Ah, qué bien. —El grupo se acercaba de manera peligrosa—. Vamos a probar aquello de allí. —La arrastré hacia el otro lado de la sala.

Carolina miró a su alrededor y clavó los ojos sobre mí, con curiosidad. Debía pensar que estaba imbécil, llevándola de un lado a otro.

—Oye ¿pasa algo?

—No —respondí—. Bueno, sí, se trata de que te he dado dos besos, y ahora estoy obligado a dar dos besos a todas las mujeres que se me presenten.

—¿Por qué?

—Por educación.

—Y esas mujeres, ¿dónde...?

—Vienen por detrás de ti. Mira con disimulo...

Carolina estuvo a punto de fracturarse el cuello. Se conoce que lo del disimulo no iba con ella. Cogí su mentón y la obligué a mirarme.

—¿Por qué quieres aprender el idioma?

—Quiero ir este verano a Escocia.

—Estoy seguro de que te va a encantar.

—¿El idioma?

—No, Escocia. Bueno, depende de...

Las señoras nos interrumpieron con una pequeña algarabía. No tuve más remedio que besarlas a todas y prometerles que después nos haríamos fotos.

Carolina esperó con paciencia hasta que pude liberarme.

—¿Qué me decías?

—Hay un centro comercial llamado Las Chumberas, no sé si lo conoces. —Ella negó con la cabeza—. Queda en las afueras de Madrid, pero tiene buena combinación de metro. Allí me ofrecen un local para poder dar las clases, dependiendo de cuántos alumnos consiga. Pero si tienes horarios diferentes, siempre queda mi habitación para...

—¿Perdona?

Parecía adicta a esa palabra. Luego decían que las mujeres no tenían mentes calenturientas.

—Para darte clases particulares. No pienses que voy acosando a mis alumnos.

Sus mejillas de piel clara se tiñeron de golpe y porrazo de rosa.

—Sí, lo siento mucho. Estaba pensando en otra cosa.

—No hace falta que lo jures. —Ella se puso más colorada y me eché a reír. No me gustaba ir abochornando a nadie, sin embargo, en aquel momento, verla tan ruborizada me pareció tan tierno y divertido, que mi lado mezquino, o quizá, travieso, me instó a que continuase por aquel camino. Sobre todo, porque sabía que ella no estaba enfadada. Sus ojos claros tenían un pequeño atisbo de diversión y picardía—. ¿Me das tu número de teléfono y te llamo para confirmar precio y horario? Sin compromiso alguno, claro. Prometo no llamarte para otras cosas.

—¿Me puedes dar tú el tuyo y te llamo yo?

—Sí, por supuesto, mujer, sin problemas.

—Prefiero que me llames Carolina. Mujer no.

—Lo lamento, no sabía. ¿Eres un hombre disfrazado? —susurré.

Ella entreabrió los labios y se quedó así un buen rato, hasta que me soltó:

—No, no soy un hombre.

—Eso me parecía. —Acaricié su bonito rostro con mis ojos—. Tus rasgos son demasiado delicados.

Carolina se ruborizó y se mordió el labio inferior, nerviosa.

—¿Me dictas el teléfono?

Se lo di y ella me hizo enseguida una llamada perdida.

—¿Por qué no quieres que te llame mujer?

—Eso no se lleva. Así sería en la Prehistoria. Más exactamente, los neandertales.

—¡Vaya! ¡Te gusta la Historia de verdad!

—¿Te parece raro?

—No. Tengo un amigo al que le encanta documentarse con todo.

—Steven Norton.

—Así es. —Me guardé el teléfono después de añadirla a la agenda—. ¿Cuándo te puedo llamar?

—Si quieres mañana o el lunes.

Stefano se acercó a nosotros. Me entregó un plato con una recopilación de los canapés.

—Lo siento —se disculpó ella—, no te estoy dejando comer.

—No, tranquila. Tampoco tengo mucha hambre.

Me sentí obligado a ofrecer de lo que tenía en el plato. Creí que ella no iba a coger nada, pero cogió el pincho más grande que había. Una tostada de morcilla con queso de cabra y cebolla caramelizada. Lo sé porque era mi favorito.

Se nos unió el director del castillo y Carolina aprovechó ese momento para despedirse. No se alejó mucho, pues sus amigas la habían seguido.

—¿Qué tal? —El hombre me tendió la mano—. Venía a saludarte porque Antonio me ha comentado que vives en una fortaleza como esta. Al principio creí que me estaba vacilando.

—No, no es un vacile. Pero no tiene nada que ver con San Servando. Esto está muy bien. Es

acogedor.

—No todo el mundo puede decir eso —sonrió—. Como todos los lugares, este sitio también tiene su historia.

No sé por qué, me estremecí por entero. ¿De verdad quería escuchar esa historia? Alargué el brazo, agarré a Stefano y lo arrastré para que me acompañase. Si ese tipo me iba a contar algo, seguro que al escritor le iba a interesar mucho más que a mí. Lamenté no tener la gaita a mano.

—¿Qué quieres, Sean?

—¿Sabías que este lugar tiene su historia?

Stefano se volvió hacia el director y me apresuré a presentarlos.

—¿Qué es lo que oculta el castillo? —preguntó el escritor con todos los sentidos puestos.

—Es una leyenda que viene de tiempo atrás. Con más exactitud, de 1923. Vicente Mena escribió esta leyenda, pero también existen algunas versiones en un libro.

Los ojos azules de Stefano miraron al director llenos de curiosidad. Yo di, con cierto disimulo, un paso hacia atrás.

—Cuéntame, hombre, estoy muy intrigado. ¿Qué dice esa leyenda?

Abril, que escuchaba desde una distancia prudente, se acercó y se puso entre su novio y yo. Me tranquilizó sentir el calor de su cuerpo en mi costado. Me dieron ganas de coger a Carolina, que era a quien tenía más cerca, y pegarla a mi otro costado para sentirme protegido. Ella se debió de dar cuenta de algo, porque me miró con el ceño fruncido. Sonreí, guiñándole un ojo, y le hice una señal para que se acercase. No sabía si me iba a hacer caso. De pronto se puso a mi lado, junto a sus amigas.

—Cuando llegaba la hora del toque de queda en Toledo, los grandes portones de las murallas y puentes cerraban a cal y canto y no volvían a abrirse hasta el día siguiente. Una noche que don Lorenzo de la Cañada deambulaba por la concurrida plaza, observando cómo los hombres que se ganan la vida haciendo recados y los usureros hacían de las suyas intentando pasar inadvertidos ante las autoridades, los vigías del puente Alcántara informaron de movimientos de antorchas en las almenas del castillo.

»Don Lorenzo, que era el capitán, mandó al sargento de guardia con diez de los que decían ser más valientes, para enterarse de lo que estaba pasando. Cuando regresaron, le contaron que había muerto un alférez, pero que habían registrado las cuevas del castillo sin encontrar a nadie. El fallecido presentaba una sola herida. En el corazón.

Retuve el aire con fuerza. Aquello me sonaba a fantasma o a ser sobrenatural. Clavé los ojos en el rostro de Abril y dejé el plato en la mesa más cercana.

—¿Dónde están mis cosas? —susurré.

—Está todo guardado —contestó de igual manera.

—¿Y mi gaita?

Antes de que me pudiera responder, nos dimos cuenta de que el director había detenido la conversación y nos miraba.

—Perdón —se excusó Abril. La imité.

—Siga con la leyenda, por favor —pidió Carolina.

A nuestro alrededor se había formado un grupo más amplio. Admito que tenía dos opciones: o escuchar lo que decía ese buen hombre, a riesgo de sufrir un infarto, o entonar en mi mente alguna melodía. Lo malo es que no podía concentrarme para esto último.

—El suceso de aquella noche en el castillo corrió como la pólvora por toda la ciudad. Como interrogando a los guardias no se pudo sacar nada en claro, decidieron redoblar la guardia.

»Justo a las doce, la hora en que salían los demonios y las brujas, —En este punto, sin pararme a pensar, me agarré con fuerza a la mano de alguien y apreté—. La vela que portaba el vigía que recorría la escalera se apagó de repente. Sintió una mano fría que rodeaba su cuello y cómo una afilada hoja atravesaba su pecho.

»Cuando los soldados buscaron de nuevo, no hallaron nada. Pero el terror se fue apoderando de todo hombre que habitaba el castillo...

No podía seguir escuchando más. Aquello era una tortura cruel para todos mis sentidos. Interrumpí la leyenda.

—Habrà que ir mirando la hora que...

Un montón de personas me chistaron a la vez. Por primera vez me di cuenta de que todo el mundo nos rodeaba y escuchaban al director como si fuese el guía de un museo. Con más atención, diría yo.

Noté que alguien forcejeaba en mi mano y deslicé la vista hacia allí. Había agarrado a Carolina y trataba de escapar de mí de un modo bastante sutil. La solté de prisa, avergonzado.

—Durante muchos días, cientos de ojos vigilaron el castillo. Como no volvió a suceder nada, la gente se fue poco a poco olvidando...

Respiré tranquilo. Sentí un ligero codazo en el costado. Carolina me miraba.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Me incliné sobre su oreja para no molestar al director y susurré:

—No me gustan estas cosas.

—Se nota —dijo de igual manera.

—Gracias por prestarme tu mano.

Ella asintió y volvió los ojos al otro hombre con la intención de seguir escuchándolo.

—Algunos guardias de la muralla afirmaban ver una sombra que aparecía en el torreón todas las noches. Se asemejaba a un descomunal guerrero, cuya armadura lanzaba destellos azules y verdosos.

»Nadie se atrevía a pasar cerca del castillo. Terminaron diciendo que un fantasma lo habitaba. —Todos, y cuando digo todos, es todos, miramos a nuestro alrededor y levantamos los ojos al techo como si fuéramos a encontrarnos a un tío encaramado allí—. El Capitán desapareció por una semana, sin que nadie supiera de su paradero. Se pensaban que había huido de la ciudad porque no se atrevía a entrar al castillo para enfrentarse con el ser que allí se alojaba. Sin

embargo, regresó, y una noche se adentró en el interior en busca del fantasma. Llamó a la puerta y al terminar el eco del segundo toque, la puerta se abrió sin que ninguna mano ayudara en su movimiento.

»Narra esta leyenda, que desde que el capitán entró, no se lo ha vuelto a ver nunca más.

—¿Al capitán? —inquirió Stefano.

—No. Al fantasma.

—¿Nunca más? —preguntó Abril con un ligero tono de decepción.

—¿Qué esperabas? —pregunté, incrédulo—. No va a estar escondido por aquí, acechante.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y nunca se supo quién era el fantasma?

Observé a Carolina sobre el hombro. Otra que también estaba decepcionada. ¿Pero por qué a las personas les gustaban tanto esos cuentos?

—Chicos —Anthony se asomó al hueco de la puerta—, vamos a empezar con la firma de libros para que puedan ir recogiendo esta sala.

—Yo voy por mi gaita —me abrí paso entre la gente.

Con largas zancadas, no quería que Stefano me tuviese que esperar mucho tiempo, recorrí el pasillo hacia donde habíamos dejado guardadas las cosas. Me detuve ante la puerta. Solo estaba yo en el corredor y, a pesar de que estaba muy bien iluminado, no pude evitar pensar en el fantasma. Tragué con dificultad. ¿Y si estaba escondido en la sala, esperando que yo fuera a recoger la gaita? Sentí como si alguien me soplase en la nuca y todo el vello de mi cuerpo se erizó.

Aspiré y espiré varias veces. Tragué nervioso, con los ojos clavados en la puerta. No sé cuánto tiempo estuve allí parado hasta que me di la vuelta y fui hacia el lugar donde Steven Norton firmaría libros. Ya iría después, con alguien, a por mi instrumento.

Capítulo 7

Mi jefe me dejó en la puerta de Adonis House con la furgoneta y después se marchó. Como era fin de semana, Stefano y Abril se habían ido a pasarlo bien, o a lo que realmente hiciesen cuando ambos estaban juntos.

Yo llegué un poquito consternado. En sí, mi recepción fue buena, y la firma de libros de mi compañero también. Pero lo que me dejó un poco traumatado fueron mis palabras hacia Carolina cuando dije lo de mirando a Cuenca. Abril, entre carcajadas —que bien podían haber pertenecido a una bruja de Salem—, me contó el significado de la famosa frase. Cierto que empezó con rodeos, tipo «postura en puente» que me sonó a chino. A Stefano lo entendí mejor cuando explicó que dentro de la gran familia de posiciones sexuales, la más parecida a mirar a Cuenca era el «doggy style» Vamos, lo que viene siendo «entrar por la puerta trasera». Y eso era lo que le había dicho yo a la decoradora de escaparates, que había estado a punto de entrar... por la popa.

No sabía si echarme a reír o a llorar.

Ella debía pensar de mí que era un degenerado. Y lo peor de todo es que, al dar vueltas a mi cabeza a todo ese tema, me excitaba. Una y otra vez veía a la preciosa rubia clavando las uñas en una de las alfombras de San Servando, a cuatro patas, mientras se mordía el labio concentrada y sentía mi aliento sobre su cuello.

Necesitaba una ducha fría de manera urgente, y después olvidarme de eso. También necesitaba unos tragos de mi whisky particular: la botella de Macallan que tenía a buen resguardo en mi dormitorio. Me aficioné a esta marca de casualidad. Uno de mis tíos la llevó a un entierro —no recuerdo quién falleció— y me dio a probar. Y cuando una cosa es buena y te gusta, no tiene sentido cambiar.

En Adonis House, el único que estaba en casa ese sábado noche era Dase, que veía en la televisión patinaje artístico. Lo saludé de manera escueta y fui a mi dormitorio a dejar la gaita y la bolsa donde guardaba mi traje regional de las Highlands. Después pasé a las duchas y me tiré un buen rato bajo el chorro del agua. Con la cabeza inclinada hacia el suelo, dejaba que el agua en forma de lluvia se deslizara por mis hombros en espera de concentrarme en otra cosa que no

fuese en Carolina. ¿Qué demonios hacía esa mujer en mi mente? ¿Por qué no salía de una vez?

La respuesta me llegó rápido. Ella seguía estando allí porque yo había hecho un enorme ridículo delante de ella. Solté un gruñido y apoyé ambas manos en la pared de la ducha. Cerré los ojos. ¡Mirando a Cuenca! ¡Menuda mierda de conversación! Suspiré.

Salí del baño, me vestí en mi cuarto y me reuní con Dase. El salón se hallaba en penumbras y solo el televisor y la luz de la campana de la cocina iluminaba un poco.

—¿Qué tal todo? —preguntó Dase bajando el volumen del programa—. ¿Cómo te ha ido en el castillo?

—Bien.

—No lo parece, Sean.

Sacudí la cabeza. Dase era hijo de un diplomático de alto cargo, y bastante perceptible. Había vivido en distintas embajadas y consulados a lo largo del mundo y era un hombre muy inteligente. Nunca se le pasaba ni una. Bueno, quizá a veces no se daba cuenta de que, cuando venían de la lavandería a por su ropa, yo le metía algo de lo mío, pero fuera de eso...

—He metido la pata con una chica. Para resumir, te diré que las circunstancias en las que nos conocimos no fueron las más adecuadas. De hecho, estuve a punto de mandarla al hospital y ella de pegarme, pero obviando eso, hoy nos hemos vuelto a encontrar y he soltado una ordinariéz.

—Y ella ha dejado de hablarte.

—En realidad no. Fue como si aparcáramos esa parte de la conversación y continuáramos como si nada. Pero la sensación que tengo por dentro... es como de corroerme las entrañas.

—¡Madre mía! Erik será un adicto al vocabulario antiguo, pero tú... eres de lo más peliculero. Te aconsejo que le llames y le digas cómo te sientes. Seguro que ella lo va a comprender.

—Tienes razón. Lo mejor será que le plante cara al asunto cuanto antes.

—Sean, ¿esa muchacha te interesa de algún modo especial?

No había pensado en ello con profundidad. Me encogí de hombros.

—No lo sé. Cuando la conocí no creí que iba a encontrarme con ella de nuevo. Reconozco que me apetece mucho saber cómo es.

—Pues entonces ya sabes lo que debes hacer.

Tenía razón. Me saqué el móvil del bolsillo, pero cuando iba a pulsar su nombre, Dase me detuvo poniendo la mano encima de la pantalla.

—No lo hagas ahora mismo. Déjalo mejor para mañana y la invitás a salir.

—¿Y si la llevo a un concierto?

—¿Le gusta la música?

—No tengo ni idea.

—Eso es lo primero que debes saber. Sus gustos por la música, por la comida... Debes encontrar algo que ambos compartáis.

Yo sabía cuál era el punto de unión entre Carolina y yo. La historia de Escocia.

Volví a guardarme el teléfono y me acerqué a la nevera. Con toda la tontería apenas había

comido nada y mis tripas rugían como si Godzilla se estuviera haciendo la casa en mi estómago.

Saqué de nuevo el teléfono y conversé un poquito con Google sobre la frase de la discordia. Mejor dicho, la del ridículo. Al parecer, el origen de aquello fue en 1490, durante el reinado de Felipe I de Castilla, al que se le conocía como Felipe el Hermoso. Aunque otros decían «te voy a poner mirando a la Meca» —ya eran raros los españoles, sí señor—. Felipe era un rey muy infiel con reputación de mujeriego. Por ese mismo motivo, su mujer Juana perdía los nervios y, por sus celos, comenzaron a llamarla Juana la Loca.

El artículo de Google era bastante interesante, y explicaba fenomenal el dicho.

—Sean, la nevera. Que la dejas abierta y se escapa el frío —avisó Dase mirando por encima de su hombro.

Saqué la leche y cerré la puerta. Después me preparé un tazón con gachas de avena y me senté junto a Dase a ver un poco las piruetas del patinaje artístico.

—Te gusta McArthur, ¿verdad?

—¿Por qué lo llamas así, Marta? Se llama Sean.

—Ya, pero he leído mucha romántica y me gusta cuando nombran a los personajes por el apellido.

Carolina frunció el ceño.

—Esto es la vida real.

—¿Me vas a contestar?

—Sí, Sean me gusta mucho, aunque sigo opinando que es un peligro andante.

—¿Le vas a decir que lo de las clases solo era un truco para acercarte a él?

—Creo que sí, pero un poco más adelante. No quiero que piense que soy gilipollas.

Marta la miró con una sonrisa.

—Sé que le gustas. He visto como os cogíais de la mano en el castillo.

Carolina se ruborizó. No podía quitarse de encima la sensación de aquella fuerte y cálida mano sujetando la suya. El gesto le había gustado mucho, sobre todo al principio, pero después él había comenzado a apretar de manera exagerada y tuvo que soltarse antes de que la lisiara.

—Una cosita, Marta. Bronwyn al final se casa con Stephen, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

—No soportaría que eligiera al estúpido de Roger.

—No pienso contarte nada, pero que sepas que me encanta que te la estés leyendo.

—Cada vez se pone más interesante. —Carolina lo decía en serio—. He alcanzado la friolera de sesenta y tres páginas, y voy por donde sir Thomas debe decidir si ella se casa con Stephen o Roger.

—Pues me contarás mañana. —Marta se puso en pie—. Yo tengo que irme.

—¿Has sabido algo de los de tus estudios? —Los ojos de Marta se enturbiaron por unos segundos. A Carolina le pareció raro. Conocía muy bien a su amiga y nunca había visto esa expresión en ella—. ¿Ha ocurrido algo?

—Me han dado plaza para hacer las prácticas en uno de los hoteles de mi padre, en el Sapphires, en Mykonos.

—Vaya —silbó—, te ha tocado en Grecia.

—En un hotel de mi padre —repitió con angustia.

Carolina curvó las cejas, extrañada.

—¿Tu padre no ha tenido nada que ver en esto?

—Dice que no, pero no me fío. Me he pasado toda mi adolescencia esquivando a los guardaespaldas que me ponía, como para ahora meterme a trabajar en la boca del lobo.

—¿Qué vas a hacer?

—Si quiero hacer las prácticas sin que él me las pague, apretaré los dientes e iré al Sapphires.

Carolina la comprendía a la perfección. Marta y su padre se llevaban bien, pero ella se había empeñado en sacarse el curso sin ayuda de nadie. Quería abrir su propio restaurante cuando estuviese preparada, y entonces, sí que iba a necesitar la ayuda del viejo. Acompañó a su amiga hasta la puerta y regresó al sofá.

«—¡De festejo! ¿Cómo puede decir eso cuando van a casarme con este plebeyo codicioso e insufrible? Juro asesinarle dormido a la primera oportunidad.

Stephen le sonrió.

—Mientras sea después de la noche de bodas, me doy por satisfecho».

Carolina también sonrió.

—De verdad, todos los hombres siempre están pensando en lo mismo. Primero quieren el revolcón y luego, a ver qué pasa —murmuró.

Sin poder evitarlo, sus pensamientos se fueron a Sean McArthur. ¿Él también bebería whisky como Stephen? ¿Aguantaría tanto como él? ¿Querría un revolcón?

Sacudió la cabeza con rapidez. ¡Menudas tonterías que se le ocurrían!

«Stephen escapó de aquella mano amistosa. Su cara había cambiado y estaba furioso.

—¡Quiero a esa mujer y usted no tiene derecho a quitármela! —Giró hacia Roger, que comenzaba a sonreír (“Menudo guantazo tenía en la boca el muy asqueroso”, pensó Carolina)—. Nos encontraremos en el campo de batalla. Así veremos quién es más digno de reclamar la jefatura de ese clan.

—¡Acepto! —le espetó Roger...».

¿Se iban a batir en duelo? Bueno, pero Stephen no podía morir, ¿no? ¿En las novelas románticas el protagonista podía morir? Se dejó caer hacia atrás en el sofá y cerró los ojos. Por un momento imaginó a Sean McArthur con el kilt, el cabello revuelto y, en vez de llevar al hombro una gaita, portaba una ballesta. Suspiró. Tenía muchas ganas de verlo de nuevo.

Capítulo 8

Una de las cosas que más le gustaba a Carolina de vivir en Madrid era el rastro que ponían todos los domingos. Solía salir en busca de cosas extrañas y raras, aunque la mayoría de las veces no comprase nada. En otras ocasiones, guardaba sus preciadas posesiones en una de las habitaciones de su casa, en espera de poder usarlas algún día.

El ambiente del mercadillo, así como la grandeza de las culturas que allí se reunían, era uno de los mayores atractivos turísticos.

Vistiendo unos pantalones castaños, introducidos en altas botas, y la cazadora confeccionada con multitud de retazos de piel que se agitaban al moverse, salió de casa y enseguida se dejó arrastrar por la corriente humana que inundaban las calles empedradas del casco antiguo de la capital; cientos de personas visitaban todos los fines de semana los puestos del rastro.

Ella caminó sin prisa, observándolo todo, hasta que penetró en una plaza donde se exponían lienzos y cuadros de todos los tipos y tamaños. Ese día el cielo estaba nublado, aunque no se percibía lluvia en el ambiente, por lo que la gente de los puestos se había atrevido a sacar casi todos los materiales que llevaban.

Después de estar un rato recorriendo la plaza —aquel era uno de sus sitios preferidos—, fue subiendo por las estrechas calles hacia el centro. Durante el trayecto, vio a una mujer joven en avanzado estado de gestación. Carolina la conocía de haberla visto en más ocasiones. Era una drogodependiente que robaba rosas en los jardines cercanos y luego iba vendiéndolas a todo aquel que las quisiera comprar. Cuando su hijo naciera, los asistentes sociales le quitarían el bebé, como habían hecho con el otro que tuvo con anterioridad. El novio nunca solía andar muy lejos. Él llevaba en la muñeca una gruesa cadena de eslabones gigantes que se había fabricado, e iba pidiendo dinero. Pero no un euro ni dos, lo normal eran de veinte hacia arriba. Carolina nunca vio que alguien se los diese.

Interrumpió su marcha un personaje que se colocó frente a ella al tiempo que se ponía dos dedos de manera horizontal sobre los ojos y comenzaba a decir:

—Prefiero pedir antes que robar...

Reconocía que la gente estaba muy grillada últimamente, y aunque intentaba que nada le

sorprendiera, siempre había algo increíble que lo hacía.

Carolina lo esquivó y se adentró en la calle donde estaban los puestos que llevaban reliquias y antigüedades. Ese día no había nada que pareciera interesante o que llamara su atención. Tampoco podía concentrarse mucho, pues seguía pensando en el encuentro con Sean en el castillo de San Servando. ¡Qué casualidad que él y el que le tiró el maniquí a la cabeza fueran la misma persona! Se sentía como si hubiera descubierto la personalidad secreta de algún súper héroe.

Su teléfono móvil vibraba en el bolsillo. Lo sacó curiosa y sus ojos se abrieron como platos al descubrir que se trataba de él.

—¿Sean? —preguntó con sorpresa tapando el oído libre para poder escucharle entre el tumulto y la algarabía de la calle—. Creí que me habías dicho que no me ibas a llamar a no ser que fuera para informarme de las clases.

—Para eso también, pero en realidad te llamo para hablar un rato contigo. ¿Estás ocupada?

—En este momento no estoy en casa. ¿Es importante?

—No mucho. Es para decirte algo que sucedió ayer y que me está haciendo sentir muy culpable.

—Sí, lo entiendo. No sé si tienes el carnet de conducir o no. No seré yo quién te juzgue. Pero déjame que te diga que conduces como el culo. Por poco provocas un accidente, menos mal que mis reflejos últimamente están muy conectados conmigo, de modo que no te preocupes. Te perdono.

Carolina esperaba que él dijera algo, sin embargo, la línea se quedó en tal absoluto silencio, que pensó que la llamada se había cortado.

—¿Sean? ¿Estás ahí?

—Aquí estoy. No sé a qué te refieres con lo del coche.

Carolina frunció el ceño. ¿Se estaba haciendo el loco? No tenía ninguna duda de que era él quien conducía.

—¿Qué es eso que te preocupa entonces? —inquirió, cambiando de tema a uno menos farragoso.

—Cuando te dije ayer lo del Papá Noel y mirando a Cuenca, aunque el español se me da muy bien, todavía hay expresiones que se me escapan. Tú tenías razón. Esa frase no era muy acertada.

Sean no podía verla, pero Carolina había enrojecido de pies a cabeza.

—Tampoco te preocupes por eso. Ya está olvidado.

—¿Qué haces hoy? —preguntó, confundiéndola más todavía.

Apretó los labios con fuerza y reprimió un estremecimiento. Si lo que Sean quería era invitarla, no pensaba ponerle ninguna traba.

—En este momento estoy dando un paseo por El Rastro, pero luego no tengo pensado ningún plan.

—¿Te apetece que vayamos a comer juntos?

—Me apetece mucho —soltó casi antes de que terminara de preguntarla.

—Conozco un sitio muy agradable cerca de la calle Méndez Álvaro. Podemos quedar en el metro y vamos los dos. ¿Te parece?

Carolina aceptó. Hubiera sido de tontos no hacerlo cuando no podía dejar de pensar en él.

Se encontraron en Sol y juntos descendieron a las profundidades de la tierra en busca del tren. Sean vestía un holgado pantalón de pinzas, camisa blanca y una cazadora de cuero negra. Sus ojos chisporrotearon al verla.

Se saludaron con dos besos, y como si se conocieran de toda la vida, hicieron el trayecto charlando. Carolina le habló de su trabajo de decoradora al tiempo que no podía dejar de comparar con él a la gente con la que se cruzaba. Eso era algo que le llamaba mucho la atención. Había pocas personas como Sean. Para empezar, era más alto que la media, y también era más guapo. Se ganaba muchas miradas independientemente del sexo del que provinieran.

Cambiaron de vagón para tomar la línea cuatro, y Sean, con suma galantería, le cedió el paso y la guio hacia los asientos que ese día iban medio vacíos.

—¿Llevas mucho tiempo en Madrid? —le preguntó ella, curiosa.

—Desde primavera más o menos —respondió mirándola fijo. Sus ojos habían adquirido la tonalidad del metal fundido y a ella se le hizo casi imposible apartar la vista de él—. ¿Tú eres de aquí?

—Me crie en un pueblo de Cáceres, y cuando vine a estudiar aquí, ya no me pude marchar.

—¿No te gustaba el pueblo?

—No mucho. En realidad, lo odio profundamente. Al menos mi pueblo, ojo, porque no digo que todos sean iguales. Mi familia vive en una casa bastante céntrica, en la que ahora solo quedan dos vecinos a parte de mis padres. Hay un supermercado que cobra las muestras gratuitas, y una carnicería en la que tienes que estar de los primeros, si no te quedas sin nada. Antes había dos bares, ahora ya solo queda uno y es el del tío Benito, el hombre más machista de todo el pueblo y al que no le gusta que entren las mujeres en su local.

Sean entornó los ojos con espanto, pero Carolina siguió contándole:

—Antes había discoteca y cine de verano, pero dejó de existir cuando cumplí los doce años. Lo que sí que tiene es una piscina enorme y se llena con toda la gente de los pueblos de alrededor. Y creo que escuela tampoco hay ya, aunque no estoy muy segura de eso. Ah, y las urgencias las han trasladado a otra localidad, por lo que está el ambulatorio, sin personal, pero con wifi. Todos los muchachos, y no tan muchachos, se reúnen en torno al edificio para obtenerlo gratis.

—No me extraña que te hayas quedado en la capital.

—Allí no tenía mucho futuro, la verdad.

—Imagino que tampoco tendrías novio. —Como ella frunció el ceño, Sean sonrió divertido—. Por el novio te habrías quedado allí.

Carolina pensó en Agustín y en un par de chicos más y los desechó de la mente.

—No estoy con nadie, ni allí, ni aquí. —Quiso agregar «de momento», pero eso hubiera sido forzar una situación que no era necesaria. No estaba tan desesperada como para lanzarse a sus pies de buenas a primeras. Por otro lado, tenía que ser consciente, de que a Sean las mujeres seguramente lo buscaban. Había faltado poco para que en San Servando se lo comieran, a él y Steven Norton, cuando iniciaron la sesión fotográfica—. ¿Y tú tienes novia?

Sacudió la cabeza.

—No.

Carolina visualizó emoticonos de manos aplaudiendo.

—¿Por algún motivo o...? —Dejó la pregunta sin terminar.

—Primero porque no ha surgido, y después porque terminaré yéndome a Inverness, y a no ser que estuviera dispuesta a irse conmigo, sería hacernos mutuo daño de forma innecesaria. Prefiero no tener nada serio por ahora.

Se le cayó el alma a los pies al enterarse de que él pensaba regresar a su país.

—De modo que aquí estás de paso —dijo haciendo que su voz sonara firme.

—Se puede decir que sí.

—¿Y nada te va a hacer cambiar de opinión?

—No lo creo. Supongo que vendré de visita, como un turista más. De todas maneras, todavía me quedan más de siete meses de contrato.

Siete meses era mucho tiempo para que una persona cambiara de decisión, y ella lo sabía. Tenía que ver la película de como enamorar a un chico en diez días, ¿o era perderlo? Lo apuntó en su mente.

En la calle, el día continuaba nublado, sin asomo de nada que pudiera parecer un sol. Hacía un frío seco y eso se notaba en el aire, que parecía cortar la carne. Sean caminó con decisión en dirección a la calle donde se encontraba el restaurante, con Carolina a su lado. Sin embargo, al poco de pasar los primeros números, se detuvo y volvió sobre sus pasos. Giró sobre sí mismo y alzó la cabeza para observar los altos edificios de fachadas lisas.

—¿Qué pasa? —inquirió ella, todavía perdida en la vuelta tan tonta que acababan de dar.

—El restaurante estaba en esta calle.

—¿Ya no está? —Se extrañó—. Tal vez hayan cerrado.

—El caso es que esto me suena mucho —respondió él echando a andar en otra dirección distinta.

Carolina lo siguió expectante. En Madrid, y en especial en el barrio de Salamanca, muchas calles eran parecidas.

—¿Es posible que te hayas perdido? —le preguntó.

—No.

—Yo te ayudaría, pero no sé dónde vamos. —Y estaba del todo segura de que él se había perdido y no quería admitirlo—. ¿Sabes cómo se llama el sitio?

—El asador moruno, o algo así.

Por el nombre, tenía pinta de ser un sitio árabe, pensó ella. Asintió y esperó a ver si el restaurante aparecía saliendo de la nada. Tal vez si volvían a mirar por cuarta vez en la calle, este hubiera crecido. Pero no.

—¿Qué tal si lo busco en el *Google maps*? —dijo ella tecleando en su móvil el nombre que él había dicho—. La sartén moruna. ¿Puede ser?

Sean asintió.

—Correcto.

—Son dos calles más arriba.

—Sabía que estaba por aquí. Puede que lo hayan cambiado.

Carolina arqueó las cejas, incrédula. ¿Cómo iban a cambiar un edificio de la noche a la mañana?

Con el GPS en la mano llegaron enseguida. Se trataba de un restaurante que tenía muy poco de árabe y mucho de castizo. El local parecía más pequeño por fuera que por dentro, ya que en el interior había dos comedores. El camarero los dirigió al segundo de ellos.

El plato principal consistía en carne de pincho moruno con patatas fritas, todo servido en una sartén. De primero comieron pasta con ensalada.

A la hora de pagar, hubo un pequeño rifirrafe en el que Sean salió ganando. Parecía imposible que pudiera existir alguien más terco que ella, sin embargo, existía y se trataba de un escocés muy atractivo que, a cada minuto que pasaba, más le gustaba.

—¿Bebes whisky, Sean?

Iban camino del metro.

—¿Es una pregunta trampa?

—No. He leído que a los escoceses les gusta el whisky.

Él se encogió de hombros.

—De vez en cuando le doy algún chupito —explicó en susurros, cerca de su oído.

—¿Nunca te has emborrachado?

—Borracho, como tal, no, que yo recuerde. ¿Y tú, Carolina?

Ella guardó silencio pensando si debería contarle la verdad o no. Muchos hombres no toleraban que sus chicas bebieran. Desde luego, no bebía con asiduidad, sino más bien en alguna celebración. Lo malo es que a ella las borracheras no le salían caras, pues con dos cubatas ya estaba cantando el «Asturias, patria querida».

—¿No te atreves a contármelo? —insistió él, juguetón—. No puede ser tan malo.

—Tú mismo. Una vez, iba tan borracha, que crucé la pista de baile para ir al baño y gané el concurso de baile.

Sean soltó una carcajada tan escandalosa, que varias personas se detuvieron a mirarlos.

—Eso es mentira, ¿no?

Carolina, sonriendo, miró alrededor con disimulo.

—Te prometo que es verdad. Me pusieron una banda cruzada sobre el pecho.

—Me hubiera gustado verlo.

Sin embargo, ella se hubiera muerto de la vergüenza. Bastante bochorno pasó aquel día.

—Sean, ¿tú serías capaz de luchar por una mujer?

—Siempre que ella me lo pidiera, sí. Pero ¿te refieres a luchar contra otro hombre por ella, o a luchar por nuestro amor contra el mundo? Esto también es una pregunta trampa, ¿verdad?

—No. Solo me estaba acordando de que antes, los hombres se batían a duelo por las mujeres.

Él se encogió de hombros.

—Antes los hombres luchábamos por todo. Nos gustaba que solo hubiera un gallito en el gallinero. Pero yo creo que las cosas son muy diferentes ahora, y te lo dice un tío que vive con cuatro Adonis, más uno que también lo fue.

—¿Vivís todos juntos?

Él asintió con la cabeza. Sacó su bono transporte y lo pasó por la banda magnética. Carolina hizo lo mismo detrás de él.

—Debe de ser divertido.

—Sí, para una temporada no está nada mal. ¿Tú vives sola?

—Sí, tengo alquilado un apartamento en una corrala. Llevo mucho tiempo y no me sale nada caro. Si quieres, un día, puedo enseñártelo.

—Un día —dijo él, para decepción de Carolina. Había pensado que podía ser ese.

El tren paró justo cuando ellos terminaban de bajar las escaleras mecánicas. Echaron a correr y, en el último momento, Sean agarró la mano de la joven con fuerza para entrar en el vagón. A los pocos segundos, sonó un silbato y las puertas se cerraron.

—Carolina —empezó a decir él—, no hemos hablado aún de las clases. Quiero esperar unos días a ver cuánta gente se apunta en total. De momento son tres contándote a ti.

Ella, jadeando por la carrera, asombrada de que él no tuviera ni siquiera un poco de resuello, asintió. Era consciente de que debía decirle que, si sabía contar, no lo hiciera con ella, pero no se atrevió. Como le había dicho a Marta, prefería esperar un poco a ver como se desarrollaban las cosas.

Capítulo 9

La mañana del lunes me levanté un poco extraño. El despertador, con el himno del «Anthem of Scotland» en versión instrumental tocado por gaitas, siempre conseguía ponerme la piel de gallina. Sin embargo, esa mañana me dejó muy frío.

Puede que hubieran sido imaginaciones mías, pero había creído escuchar de madrugada ruidos parecidos a pisadas de duende. Sé bien que los duendes, estos seres pequeñitos, feos como demonios, verdes y con dientes afilados como sierras, no existen. ¡Qué me vais a decir que no sepa! Pues, aun así, a mí me acojonan. Muchas veces ya no distingo lo que es real de lo que no, y ahora menos, que hay tantos efectos especiales pululando por ahí.

Cogí la ristra de ajos que se estaba quedando más seca que una galleta de cemento, y la paseé por el cuarto un par de veces. Después me fui a las duchas, agradeciendo ser de los primeros, y también fui el primero en sentarme con mis gachas de avena frente a la mesa del comedor.

Según fueron llegando mis compañeros, se fueron acomodando en las sillas.

—Cómo se nota que es lunes —dijo Stefano, metiendo la cuchara con pereza en su tazón de cereales.

No solo es que fuera lunes, si no que Anthony nos había convocado a todos para una reunión. Erik señaló al veronés con el cubierto.

—Espero que no haya ningún problema para el cuadrante de las vacaciones.

—Eso ansío yo también. Abril está muy ilusionada con volver a Italia.

—En cambio, yo no confío mucho en tener vacaciones —dijo Tane, despreocupado, dando un mordisco a una manzana—. Todavía le estoy dando las gracias de que no me despidiera este verano.

Anthony podía haberlo hecho de haberle dado la gana, ya que Tane había incumplido una de las normas, y eso que en verdad no teníamos muchas. Pero él había abandonado su puesto de trabajo sin avisar y se había desentendido de las clases que daba de surf en el centro comercial Las Chumberas.

—Es muy buen tipo —reconocí—. Podía haber echado a Arnold cuando se enteró de que estaba aquí y, sin embargo, le permitió quedarse.

El noruego hizo una señal para que bajáramos la voz y nos arrejuntásemos. Iba a confesarnos algo.

—Hablando de Arnold, tenemos que ayudarlo.

Dase se limpió los labios con elegancia. Dejó la servilleta sobre la mesa y susurró:

—¿De qué se trata?

—He descubierto qué es lo que le une a este lugar.

Me estremecí por entero. Menos mal que había dicho lugar y no dimensión. ¿Por qué hablaba como si lo hiciera de alguien del más allá y no del austriaco? Me empezaron a sudar las manos tanto, que tuve que dejar de comer. Stefano golpeaba con impaciencia la cuchara contra su tazón y me ponía más nervioso.

—¡Por el amor de Dios! —siseó Tane con los ojos clavados en Erik—. ¿Quieres que Sean sufra un infarto? ¡Suéltalo ya!

Dejó caer la bomba.

—Arnold y Marisa se gustan.

¿De verdad que tanto misterio para eso? Éramos peor que críos.

—Lo dudo. —Dase sacudió la cabeza—. A Marisa no le gusta nadie en ese plan.

—Cierto, es Arnold el que lleva enamorado de ella desde que puso por primera vez los pies aquí, hace *taitantos* años. Yo tenía la mosca detrás de la oreja. —Erik sonrió con presunción—. Pero al final se lo saqué al muy truhan.

Más tranquilo, lo miré tratando de adivinar de qué manera necesitaba nuestra ayuda. Stefano, al borde de la impaciencia por los largos silencios que el vikingo introducía en cada frase, inquirió:

—¿Qué quieres que hagamos?

—No lo sé, aún no lo he pensado. Es que Marisa es un poco peculiar.

—Las mujeres en general son raras.

No sé por qué dije eso, pero me salió desde dentro, sin pensarlo siquiera. Y es que no había podido parar de recordar las extrañas preguntas de Carolina sobre si bebía whisky o si me rompería la cara por una mujer. Creo que salí bastante airoso al responder sus preguntas trampa, porque estaba seguro de que lo eran. Lo que no alcanzaba a comprender era lo que había conseguido ella con mis respuestas.

—Digamos que Arnold tampoco es la alegría de la huerta —indicaba Tane.

Todos estuvimos de acuerdo con eso. Él, que era un poco suyo, y Marisa, que se movía de detrás de su mostrador menos que una hamaca de hormigón, conformaban la pareja ideal.

Tengo que admitir que Marisa es una mujer casi bonita. Su cabello castaño, está lleno de rizos naturales que doma con espuma. Debe tener los treinta y nueve o cuarenta años, y la verdad es que se conserva demasiado bien porque, teniendo en cuenta que en el cajón del escritorio siempre esconde bollitos y galletas, su silueta sigue siendo esbelta.

—Tal vez si Arnold la enamora, la pila de reclamaciones puede descender más rápido —

murmuró Dase pensativo.

Aquellas palabras fueron el detonante para poner en marcha nuestras mentes. Es decir, las mentes de ellos. Yo seguía dándole vueltas al asunto que más me importaba en ese momento: Carolina. ¿Y si ella quería que bebiese whisky hasta perder el sentido?

Después de un rato de estar los chicos proponiendo modos para hacer que Marisa se interesara en Arnold, eligieron el plan de Erik. Yo les dije que aceptaba, ¡como si hubiese estado escuchando lo que decían! Pero tenía que haberme negado. Eso lo pensé después.

Apreciaba muchísimo al noruego. Era como un hermano para mí, y era por ese motivo por el que no podía olvidar la vez que planeó llamar la atención de unas mujeres y terminamos en comisaría. Mis compañeros no parecían acordarse de eso.

Todo había sucedido en un restaurante oriental. La mayoría de las mesas estaban ocupadas y el murmullo de voces y cubiertos era constante, al igual que la música de fondo. Los Adonis celebrábamos el cumpleaños de Stefano y todos estábamos eufóricos. De repente, entraron en el restaurante dos mujeres despampanantes. Eran guapas a rabiar. O eso creo, ya que ahora, con todo el tiempo que ha pasado, no me acuerdo bien. Una vez escuché decir a alguien que la noche confunde. Las mujeres se fueron a sentar al otro lado de una mesa donde un grupo de mujeres celebraban una despedida de soltera. ¿Por qué sé que celebraban una despedida de soltera? Obvio. Llevaban en las cabezas diademas con forma de penes.

—Podíamos decirles que se sienten con nosotros para que no estén tan solitas —había dicho Erik refiriéndose a las recién llegadas.

Antes de poder decir nada, ni siquiera de reaccionar, el noruego les lanzó un langostino o una gamba. Insisto, la noche era demasiado confusa como para recordarlo. La mala suerte fue que el crustáceo golpeó a una mujer de cabello oscuro que pertenecía a las de la despedida. Ella, estoy seguro de que era la jefa de una secta satánica, se puso como una loca a tirar a diestro y siniestro todo lo que caía entre sus manos. Sus amigas, se les veía en la cara que deseaban participar, se lanzaron al fragor de la batalla. Yo no salía de mi asombro. ¡Había que ver la fuerza que tenían las muy bestias! Y no solo fue que aquellas posesas del odio se pusieran histéricas, si no que al final el pánico fue colectivo. Recuerdo que me pareció escuchar a Tane, gritando: «¡Guerra!». ¡Menos mal que al cocinero no le dio por lanzar cuchillos!

Dase se encargó de proteger con su cuerpo la enorme pecera de decoración. Stefano buscaba a alguien a quien poder lanzar su rollito de primavera. Yo no podía parar de reír. Me arrepentí una barbaridad de no haberlo grabado.

Se nos acabó la diversión en cuánto llegó la policía y nos metió a todos en un furgón blindado. ¡Había más gente allí dentro que en una película de romanos!

Regresé a la conversación cuando Dase, con una expresión muy seria, dijo:

—Es verdad. Sabemos cuánto quiere esa mujer a su conejo. Si lo ponemos en peligro y Arnold lo salva, caerá rendida a sus pies.

«—¡Tu retraso! —bramó ella—. ¿Crees que es por eso que te odio? ¿Tan poco me conoces que me crees tan ligera de cascos? Poco me importan tus modales de patán: Roger...».

Carolina alzó los ojos de la novela. ¿Ligera de cascos se decía en el año 1501?

—Pues sí que eran modernas estás mujeres —musitó para sí misma.

Sonó el timbre de la puerta y fue a abrir. Esperaba a Marta, que había quedado en ir a merendar a su casa.

—Pasa, estaba aprovechando a leer hasta que vinieras.

La otra dejó el bolso y el abrigo sobre un sillón y se sentó en el sofá.

—Hola, Carol, ¿te ha dicho Beatriz los planes que tenemos para la Nochevieja?

—Todavía no he hablado con ella, pero no creas que me apetece mucho ir a los saraos que ella suele buscar. —Se sentó al lado—. Ayer estuve con Sean.

Marta arqueó las cejas.

—Entonces ¿vas a dar clases de gaélico?

—Nahh, ese tema no lo tocamos mucho. Al parecer, debe tener una cierta cantidad de alumnos. Le he puesto claras de yema a santa Clara para que no los consiga.

—Anda que si los consigue y luego le dejas colgado...

Carolina se encogió de hombros. No había pensado en ello y tampoco quería hacerlo. De momento, no tenía ni idea de cómo abordaría ese tema con él.

—Ya me preocuparé de eso cuando llegue el momento.

—¿Por qué a santa Clara? Me suena que a ella se le pide para que haga buen tiempo, ¿no?

—Ah, ni idea. Pues le rezaré a san Judas Tadeo. —Sacudió la mano para cambiar de conversación—. ¿Sabes que estoy haciendo una especie de experimento?

—¿De qué? ¿Con qué? ¿Para qué?

—Con Sean.

Marta alzó las cejas de manera exagerada.

—No lo entiendo.

—Quiero demostraros a vosotras, y a mí misma, que los highlanders no son como los describe Jude Deveraux.

—Eso nos queda claro, Carol. De ser todos así, nos iríamos a Escocia sin pensarlo. Pero no me puedes negar que Sean podría ser uno de los protagonistas. Además, no entiendo en qué consiste ese experimento. Si lo comparas físicamente, aunque cada uno se imagine a un highlander como le salga de las narices, Sean sería perfecto. Alto, fuerte y musculoso, ojos claros, castaño con hebras rubias...

Carolina la interrumpió.

—Veo que te has fijado muy bien.

—Hija, un hombre así no se ve todos los días.

—Pues fíjate que Sean apenas bebe whisky.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Los highlanders tienen fama de beber whisky a tutiplén.

—Y los españoles de beber vino, y tú no lo haces.

—Soy medio inglesa.

—Y digo yo, Carolina del alma querida, ¿qué necesidad tienes de buscar defectos en ese hombre?

—No, yo no busco...

Marta le regaló una mirada condescendiente que la hizo callar de golpe. ¡Era verdad! Estaba buscando defectos a Sean. ¿Por qué? Que no bebiera whisky hasta perder el sentido era bueno, y que tuviera en cuenta los deseos de una mujer en vez de obligarla a hacer algo que no quisiera — en lugar de, por ejemplo, comportarse como un bruto al igual que Montgomery— también era bueno. Más que bueno. Era lo que toda mujer busca de un hombre. Pensó que se estaba comportando de un modo muy infantil.

—Puede que tenga miedo de admitir que es perfecto para mí porque nuestro amor es imposible.

—¿Por qué lo es?

—Porque solo tengo siete meses para enamorarlo. Después, él regresará a su casa y a su castillo y se olvidará de mí.

—Las relaciones a distancia no suelen funcionar.

—Sí, lo sé. Más o menos eso es lo que él me ha dicho.

—Vale, pues lo primero que debes hacer es enamorarlo. Eso lo tenemos claro las dos. ¿Estamos de acuerdo?

Carolina se mordió el labio inferior.

—Estás muy seria, Marta. ¿Qué piensas?

—Vamos a ver, Stephen Montgomery no quiere casarse a la fuerza, sin embargo, debe hacerlo. Llega tarde a su compromiso porque quiere alargar el encuentro lo máximo posible.

—O porque la autora es una cabrona.

—¿Cómo?

—No, que quería decir que también era por culpa de su cuñada Judith —apuntó Carol.

Marta asintió.

—Pero una vez que conoce a Bronwyn, todo lo demás queda en un segundo plano. Lo que él quiere es casarse.

—Y dominarla —añadió Carolina—. ¿Dónde cojones quieres llegar con esto?

Marta hizo como que no la escuchó.

—Bronwyn pretende muchas cosas de él —siguió diciendo—, por ejemplo, que se cambie el apellido y que se vuelva escocés, ya que no debemos olvidar que él es inglés, y al final...

—¡Como me cuentes el final te meto con el libro en la cabeza! —la interrumpió—. Vale que

no me he vuelto una adicta a la novela romántica pero, al menos, permite que me lea esta entera. Bueno, a lo mejor también me leo la de Judith más adelante. Pero ahora mismo, lo que me interesa saber, es a dónde quieres llegar.

Marta clavó los ojos en ella.

—Quiero que te conviertas en Bronwyn MacArran.

Carolina abrió y cerró la boca varias veces.

—¿Me tiño el pelo de negro?

—No, lo que vas a hacer es despertar a la mujer que llevas dentro.

—¡Cualquiera que te escuche pensará que me he comido a alguien!

—Estoy hablando en serio. Tú, de por sí, ya eres una mujer fuerte, pero ahora debes hacer todo lo posible para que Sean piense que eres única y auténtica.

—¿Y cómo hago eso? Le invitaría a whisky para quedar bien con él, pero da la casualidad...

—Olvídate del whisky. Estás obsesionada. ¿Qué pasa, te gustan los alcohólicos?

—Para nada. Además, me dan miedo.

Marta se extrañó.

—¿Te dan miedo?

—Un abuelo mío lo era y se le fue la olla. Veía insectos imaginarios. Una vez me contó que vio pitufos azules y que lo querían arrastrar por un camino de oro hasta unas mazmorras cubiertas de lava.

—Tu abuelo estaba jodido, ¿no?

—Sí. Estaba bastante perjudicado el hombre. Venga, dime cómo hago para ligarme a Sean. Yo creo que le gusto un poco, pero coño, después de decirle que no conduzca más, que ve menos que un ciego jugando a la piñata, y para remate, que le cuente que le he metido una milonga sobre convertirme en su alumna..., no sé cuántas posibilidades tengo con él. Por otro lado, ayer le invité a venir a casa y ¿sabes que contestó? —Marta se encogió de hombros—. Algún día.

—No es cierto. ¿No quiso venir? Oye, pues tampoco eres tan fea.

—Muchas gracias.

—No te enfades conmigo, Carol. No quería ofenderte. Mira, Bronwyn MacArran finge que no quiere estar con Stephen.

—¿Lo finge?

—Hombre, imagino que se han besado ya y ella ha sentido cosas por dentro.

—Sí, frío y calor.

—Pero eso es porque él le interesa, aunque aún no lo sabe. ¿No has escuchado que a veces la convivencia y el afecto vienen antes que el amor y la pasión?

—Marta, no estamos dentro de una novela. Si yo finjo que Sean no me interesa —sacudió las manos como si estuvieran mojadas—, él seguirá con su vida y yo con la mía.

—¡Pues sí que te ha dado fuerte con él! Hasta hace poco era el peligro número uno de toda la civilización humana.

—Eso no ha cambiado. —Se encogió de hombros—. Pero tiene algo que me gusta. No puedo evitarlo.

—Su cuerpo, eso no lo discuto.

—¡No solo es eso! Es su manera de hablar, de mirarme... Y cuando ríe, me tiemblan hasta las pestañas.

—Decidido, debes hacerte la dura. Tienes que hacerle creer que eres inmune a sus encantos.

—Yo no lo tengo tan decidido.

—Quieres que él se enamore de ti. Pues no se lo pongas fácil. Para fácil ya tendrá a un montón de chicas.

Carolina asintió, no muy convencida.

—Voy a darle unas vueltas a eso, ¿vale?

—Vale, pero no tardes siete meses.

Capítulo 10

En la reunión, Anthony nos dio algunas indicaciones y a mí me dijo que tenía que posponer las clases de gaélico, ya que no se había apuntado mucha gente. Era una de las peores épocas por culpa de las fiestas. Me daba pena por Carolina. Estaba tan ilusionada en aprender el idioma que se iba a llevar una decepción. Y para qué negarlo, yo me había emocionado al saber que iba a verla tan a menudo.

Bajé al sótano para hacer la colada y me llevé la gaita para practicar, pero una vez que puse en marcha la lavadora, me quedé pensativo con los ojos clavados en un punto indefinido.

—Son muy importantes esas clases para ti, ¿verdad, Sean?

Stefano me sobresaltó.

—¡Coño, tío! No te he oído llegar, creí que eras... otra cosa.

—No quería asustarte. Vi que te quedabas un poco apagado por lo de las clases y se me ocurrió venir a animarte.

—Me molesta un poco —admití—, pero no por lo que tú crees. Carolina, la preciosa rubia de San Servando, estaba interesada en ellas.

—Antonio no ha dicho que las vaya a suspender.

—Lo sé, solo a posponer. Sin embargo, esa era mi excusa para seguir viéndola. Es interesante conversar con ella.

—Pensaba que decías que no querías nada serio, entre comillas —hizo el gesto con los dedos—, con nadie.

—No he cambiado de opinión respecto a eso. Supongo que cuando tu comenzaste a salir con Abril, no ibas pensando en el futuro de la relación.

—No sé qué decirte. Tenía muy claro que ella me complementaba.

—A mí Carolina me gusta. Me siento cómodo con ella.

Sobre todo ahora, que ella tenía la ligera sospecha de que yo era un despistado, un mal conductor, y que me acojonaban los maniqués con ojos rojos y risas espectrales. Y, aun así, continuaba hablándome.

—Pues no te lo pienses más, amigo. Que no sean las clases una excusa para no continuar

viéndolos.

La luz del techo siempre parpadeaba y siempre hacía un ruido como de electricidad entre cables pelados pero, por alguna razón, la intermitencia comenzó a tomar velocidad y la bombilla estalló con una explosión de cristales rotos. Toda mi vida pasó ante mis ojos como una película en unos cuantos segundos. Presentí la muerte. La mano lánguida y fría del tío de la guadaña que se había posado en mi brazo.

—Stefano, ¿este es nuestro fin? —me atreví a preguntar.

—No, no lo es.

—¿Por qué no veo nada entonces? ¿Por qué la muerte me toca el brazo?

Se encendió una luz de repente. Era el teléfono móvil de Stefano.

—No ves nada porque estamos a oscuras, y el que te toca el brazo soy yo para que no te pongas nervioso.

Era verdad. Él había apoyado su mano sobre mi manga.

—Han saltado los plomos otra vez —siguió diciendo—. Desde que ese hombre se electrocutó, las cosas no andan muy bien.

—Puede que sea su fantasma.

—No murió.

—Voy a tocar la gaita por si acaso.

Gracias a Dios, alguien subió el interruptor de la general y, con la lucecita verde de la lavadora y la claridad que llegaba desde las escaleras, Stefano pudo apagar su móvil. Buscamos en el cuartucho del sótano una bombilla y la pusimos. No entiendo por qué esta bombilla, al igual que la otra, también parpadeaba.

—¿Sabes lo que hay que hacer? —preguntó el veronés. Me encogí de hombros—. Colocar la lámpara del pasillo. La compraste, ¿verdad?

—Sí, la tengo en mi habitación, es verdad. Esta tarde la pongo en un rato que tenga libre.

—¿Quieres que te acompañe hasta que termine el ciclo? —preguntó señalando la lavadora.

Creo que no hizo falta que le dijera nada, pues se cruzó de brazos y me dio conversación hasta que el centrifugado nos interrumpió. Los dos nos apoyamos sobre el electrodoméstico para que no echase a correr hacia las escaleras, como era su intención.

Más tarde, con ayuda de Erik coloqué la lámpara del pasillo y llamé a Carolina para contarle lo de las clases, pero ella me dijo que en ese momento no me podía atender porque estaba colocando un escaparate. Entonces me dejó alucinado cuando dijo:

—Tengo que pasar por la cestería a envolver unos paquetes de regalo, si te apetece, luego nos vemos allí sobre las cuatro y media y me cuentas. ¿Qué dices?

¿Qué podía decir sin ponerme a gritar como si me hubiera tocado el muñeco más grande de la tómbola?

—Sí, a esa hora creo que tendré unos minutos libres.

¡Soy gilipollas, lo admito! No tenía nada que hacer en todo el día ¿y se me ocurría decirle que

tenía unos minutos libres?

—Si lo prefieres, te llamo dentro de un rato por teléfono.

—No, no. Estoy libre del todo. Me acabo de dar cuenta de que no era hoy cuando había quedado para... —Para hacerme el harakiri por imbécil, pensé. Que para quien no lo sepa, el harakiri es un suicidio ritual de origen japonés que se realiza por razones de honor y que consiste en abrirse el vientre con un arma blanca. Por el rabillo del ojo vi a Tane y dije sin pensar— practicar surf.

—¿Practicas el surf?

—Sí, claro. Me gusta. —Seré sincero, solo me he bañado en el lago Ness y allí, menos olas, tenemos de todo. El mar nunca me había llamado la atención. No soportaba que se me pegara la arena en la piel, y tampoco las corrientes de agua. Mucho menos que los tiburones jugaran con los dedos de mis pies—. Bueno, no te entretengo más. Luego bajo a buscarte a la tienda.

—De acuerdo, te estaré esperando.

Estaba deseando verla y todavía faltaban unas horas. Estaba seguro de que iban a ser las más largas y tediosas de mi vida.

Me senté en el salón para hacer tiempo. Estaba puesto el canal Disney en la televisión. En ese momento Stefano y Erik llegaban charlando.

—Si comenzamos a bajar todo el tiempo a ver cuándo Marisa se va a tomar café, se dará cuenta de que algo pasa —señalaba el noruego.

—¿Qué sugieres que hagamos, Erik?

Tane, con un refresco en la mano y una tostada de queso untado, se sentó a mi lado. Lo miré y él dijo:

—Estamos viendo cómo llevamos el plan de Erik a cabo.

—Uno de nosotros que vaya sobre la hora que ella suele ir a la cafetería. Otro se queda aquí. —Señaló el sofá—. La última vez que la vigilamos fue cuando metimos el laxante en la comida creyendo que ella nos robaba.

Aunque ninguno nos queríamos acordar de ese detalle, era imposible no hacerlo. Por lo visto, a Arnold le escoció el culo durante unos días.

—Vale —dije—. Yo me pido ir a la cafetería porque he quedado con Carolina sobre esa hora. ¿Qué tengo que hacer?

—Tu nada. Solo avisas cuando veas que Marisa entra. En cuanto nos des la señal, bajaré corriendo a soltar a Bandido.

—¿Qué señal? —preguntó Tane.

—¡Es verdad! —Erik chasqueó los dedos—. No hemos pensado en ninguna.

—¿Por qué me miráis a mí?

—Se te ocurren más ideas que al resto —respondió el vikingo—. Eres escritor.

—Vale, dejad que lo piense un momento. Dadme unos minutos. —Cerró los ojos y, en menos de treinta segundos, los abrió, con una sonrisa canalla en sus labios—. El pájaro está en el nido.

—¿Qué? —preguntamos al unísono.

—Si Marisa sube, el que se quede aquí, yo mismo, por ejemplo, diré: el pájaro está en el nido, y tú, Erik, vas a liberar a Bandido. Y Sean, desde la cafetería, hace lo mismo si la ve por allí. Una vez que el conejo esté suelto y Marisa dé la voz de alarma, que alguien pida a Arnold colaboración. Solo tenemos que recordar que debe ser él quien lo aprese.

Dase acababa de llegar y escuchaba a Stefano desde la isla de la cocina, donde se estaba sirviendo un vaso de agua.

Erik asintió.

—Me gusta esa señal.

—¿Nadie se ha dado cuenta de que esa... señal no es muy original? —inquirió Dase mirándonos con rostro circunspecto.

—Pero mola —respondió Tane levantándose del sofá—. Como todavía queda un rato, voy a ver a Olivia. Tal vez deba echarle una mano en la tienda.

—Vale, no digo nada. —Dase alzó las manos, rendido—. Espero llegar a tiempo, tengo que ir a recoger unos documentos al centro cívico.

Con la aplicación del móvil cambié el canal de televisión y, después de hacer un poco de *zapping* lo dejé en «El rey de los babuinos en la montaña».

Capítulo 11

Envolvió las cajas en papel de regalo dorado y azul y las colocó en el escaparate. Había tenido que ir a una tienda de alimentación a que le diera unas cuantas vacías, ya que las del otro día, las que había aplastado con su cuerpo al caer para evitar al santa, se habían estropeado.

—¿Está bien, Carol? —le preguntó el dueño de la cestería al pillarla mirando todo el rato por el cristal del escaparate.

—Sí, todo está bien. Estoy esperando a alguien.

—Ah, bueno, si tienes prisa, puedes marcharte.

—No, todavía no es la hora. —Miró su reloj de pulsera—. Faltan quince minutos.

—Mientras estás aquí, voy a salir un momento a coger la lotería de Navidad. ¿Te importa?

—No, claro.

—¿Quieres algún décimo?

—Yo no juego, gracias.

El dueño del establecimiento se fue y Carolina dio los últimos retoques al escaparate. Se lavó las manos y empezó a enrollar los papeles de regalo que habían sobrado. Pensó en lo tonta que era. Marta le había dicho que hiciera como Bronwyn e ignorase a Sean, y sin embargo, había quedado con él de nuevo. Estaba claro que no tenía fuerza de voluntad con el escocés. Por lo menos había prometido no acostarse con él durante las primeras citas. Eso no podía ser muy difícil de cumplir, ya que él no quería ir a su casa.

Sintió una presencia al otro lado del escaparate y, al alzar la cabeza, descubrió a Sean que había pegado la cara en el cristal y la buscaba. Carolina le sonrió nerviosa y caminó hacia la puerta.

—Ya no voy a tardar mucho. ¿Quieres esperarme en la cafetería, o quieres pasar?

Él metió la cabeza en el interior de la tienda. Vio al maniquí y negó.

—Te voy a esperar en la cafetería. ¿Te importa?

Carolina sonrió, sabía lo que él había mirado, y asintió.

—Vale, en unos segundos... Ah, mira, espera. Ya está aquí el dueño. Recojo el abrigo y el bolso y nos vamos.

Caminó de nuevo hacia el mostrador y cogió sus cosas. Después se despidió del cestero y salió a la calle.

—¿Has tenido mucho trabajo hoy? —preguntó Sean con interés.

—Un poco. He decorado varias tiendas. ¿Y tú?

—Hoy no. —Entraron en la cafetería y se dirigieron hacia una de las mesas. Había bastante gente, pero todavía seguía habiendo espacio para más, por lo que no era agobiante—. ¿Tú qué tomas?

—Té con leche.

Sean dejó su cazadora sobre la silla y se fue a pedir a la barra. Cuando volvió, se sentó al lado de Carolina, y no en frente, como ella había esperado. No es que la incomodara, pero hubiera sido lo normal. Él sacó su teléfono, miró la hora y suspiró.

—Ahora nos ponen las bebidas.

—¿Dé qué querías hablarme? —preguntó ella. También se había quitado el abrigo.

—Tengo una noticia horrible que darte.

Ella se sorprendió, intrigada.

—¿Sí?

—Sobre las clases de gaélico —respondió sin saber que Carolina, en ese momento, había cruzado los dedos por debajo de la mesa—. Vamos a tener que aplazarlas.

Ella quiso poner cara de desilusión pero, por el reflejo del espejo de la columna que tenía en frente, supo estaba poniendo cara de estreñida.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, preocupado.

—Sí, lo siento. No... lo había esperado.

—Sé que te he decepcionado...

—¡No! —exclamó con demasiada emoción. Tanta que Sean frunció el ceño al observarla. Ella estiró una mano hacia él y se la puso en el antebrazo. El tío estaba duro como el granito y más dotado que el Premio Planeta, se dijo, desconcentrándose por unos segundos—. En realidad, me viene mejor que no empiecen todavía. Estoy bastante liada con el trabajo —le soltó, y miró en derredor fingiendo que su presencia no la alteraba—. Voy a estar bastante ocupada estos días.

—¡Qué lástima! Entonces no vamos a poder vernos mucho —susurró él.

—Así es —respondió Carolina, cuando en realidad quería haber dicho lo contrario.

«Hazte la interesante», resonó una voz en su cabeza, «Bronwyn lo haría. Y también haría algo que llamara la atención y causara admiración. Algo valiente, temerario...». Con disimulo, buscó con la mirada a alguien que estuviera en peligro. ¡Como no salvara al obrero de la esquina de tomarse el café ardiendo, no encontraba nada!

La puerta del local se abrió y entró una mujer. Ella levantó una mano y saludó a Sean. Él le devolvió el saludo y enseguida cogió el teléfono. Carolina lo miró.

—Disculpa un momento que haga esta llamada. Es muy importante —murmuró él cubriéndose los labios. Ella asintió y se apartó un poco cuando una camarera llevó el té y un café

—. El pájaro está en el nido. Repito, el pájaro está en el nido.

Sean colgó.

—¿Has dicho lo que me ha parecido? —le preguntó Carolina entornando los ojos.

Él se ruborizó.

—Sé que te parecerá una tontería...

—No, claro que no. El mundo se está quedando sin genios, Einstein murió, Beethoven se quedó sordo, y a mí me duele la cabeza.

Él sonrió de un modo muy sexi, y del mismo modo se humedeció el labio inferior.

—Es cosa de mis compañeros.

—Un consejo: pórtate mal, pásalo bien, elimina las pruebas y niégalo todo.

Él volvió a sonreír y Carolina guardó silencio. No quería hacerle reír, ni siquiera quería ser graciosa con él. Bronwyn no tenía ni pizca de gracia. ¿Cómo iba a enamorarle si solo decía payasadas?

—Corre, tómate el té —dijo Sean apremiándola.

—¿Qué?

—Te voy a enseñar lo que mis amigos están haciendo.

—Bueno, tampoco tenemos qué exagerar... —Se calló cuando él le guiñó un ojo. El ojo más bonito del mundo—. ¡Pues sí! ¡Ahora me has dejado con la intriga!

Se quemó la lengua con el té y perdió el color en la cara. Bizqueó y sacó con disimulo la punta de la lengua para que le diera el aire. ¡Menuda ampolla se le iba a preparar! ¿De verdad valía la pena tanto sufrimiento? Esperaba que sí, pues el té iba bajando hacia su estómago arrasando con todo.

De camino a la calle, prefirió no pensar que se estaba dejando llevar por Sean a quién sabía dónde. Si Marta la hubiera visto en aquel momento, le habría dicho: «¿acaso no hablamos ayer?, ¿no estábamos de acuerdo en algo?».

—Hola, Sean —saludó detrás de ellos la mujer que había entrado en la cafetería minutos antes. Llevaba un vaso de café en la mano.

—¡Marisa! ¿No te vas a tomar tu bebida en... el bar? —La voz del hombre sonó algo estrangulada.

—Estoy esperando una llamada importante. —La mujer observó a Carolina con atención y una sonrisa amable—. ¿No me vas a presentar, Sean?

—Sí, claro. Carolina, ella es Marisa, una compañera de trabajo.

—Soy la recepcionista —explicó la otra tendiendo la palma de la mano a la joven.

—Ella es Carolina, mi amiga.

Ambas se estrecharon las manos.

—Es un placer, Marisa.

—Yo te he visto antes por aquí. ¿Puede ser?

—Sí, suelo decorar varios escaparates de los alrededores.

—El de la cestería lo ha hecho ella —intercaló Sean.

—Me gustó mucho el de este otoño —dijo Marisa, recordándolo.

— ¿Y el de Navidad lo has visto?

Sean comenzó a empujarlas hacia la cestería. Carolina no quería volver a la tienda, pero él parecía muy empeñado en que su compañera de trabajo debía verlo de cerca.

—De verdad, Sean, estoy esperando una llamada. Luego salgo y lo veo.

—Si no vamos a tardar nada —insistió él con terquedad.

Pasó por la mente de Carolina que aquello que el escocés quería contarle estaba relacionado con Marisa, y que, por alguna extraña razón, no quería que la mujer regresara todavía a su puesto.

De acuerdo, pensó, acababa de encontrar a la persona que debía salvar para llamar su atención y que la admirase. A Sean. Aunque no sabía bien de qué.

—Estoy muy orgullosa de este escaparate en especial, sin embargo, no sé si los paquetes de regalo me han quedado bien. Tú parece ser una mujer que tiene muy buen gusto. —No sabía de dónde había sacado aquello. Marisa vestía pantalón de pinza y una chaqueta larga de paño. Llevaba el cabello revuelto alrededor de su cara y mascaba un chicle—. ¿Crees que pueden ser muy pequeños?

La mujer la miró como si le acabaran de salir un par de antenas en la cabeza, lo que no le extrañaba en absoluto. Por otro lado, si Marisa se atrevía a decir algo malo de su escaparate, iban a tener un problema.

—Creo que está perfecto —se apresuró a decir Sean como si hubiera leído su mente.

Marisa echó un vistazo al escaparate y más allá.

—Queda bonito, aunque yo quitaba aquel Papá Noel de allí. Da un poco de mal rollo.

Carolina se quedó inmóvil, sin pestañear, sin respirar. Tan solo controlando la fuerte emoción de ira que, con pasos agigantados, crecía dentro de ella.

—Chicos, me voy —dijo Marisa sin percatarse del esfuerzo sobrehumano que Carolina estaba llevando a cabo—. ¿Vais a entrar?

—Sí, ahora vamos. —Sean observó como su compañera caminaba hacia la residencia—. Parece que no soy el único al que no le gusta...

—No sigas por ahí, Sean. Me cabrea mucho.

Él alzó los ojos al cielo con resignación.

—¿Por qué te cuesta tanto admitir que es feo?

—¡Porque no lo es!

—Vale.

Carolina lo miró frunciendo el ceño. Si había algo que odiaba más que le dijeran que su trabajo era malo, era que le dieran la razón como a los tontos.

—¡A la gente le gusta!

Sean bizqueó y asintió con toda la tranquilidad del mundo.

—A ti te gusta. —Carolina empezó a bufar, pero él le puso las manos sobre los hombros y la obligó a levantar la vista hacia la suya. El azul de sus ojos pareció tranquilizarla. Tal vez hipnotizarla, pues solo podía pensar en lo guapo que era—. Sé que te has dado cuenta de que necesitaba entretener a Marisa. Vamos dentro y te voy contando.

Carolina le hizo caso y escuchó con atención el plan, el horrible plan, se dijo, que los Adonis habían preparado.

—¿Qué pasa si le sucede algo a su mascota?

—Dios quiera que no. Tendremos que estar atentos para que no se escape, y si lo encuentras tú, ya sabes, no se te ocurra cogerlo.

Entraron en el recibidor y pronto escucharon los lamentos de una mujer que bajaba con prisa unas escaleras. La seguían un par de hombres. Y de la planta superior también llegaban voces.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sean en voz alta al hombre rubio y alto que en ese momento salía del ascensor.

—¡No te lo vas a creer! —respondió el otro de un modo exagerado, como si los separaran unos veinte metros y no un par de ellos como era la realidad—. ¡Bandido se ha escapado! ¡Diantres, es horrible!

Carolina frunció el ceño. Ese hombre no sabía disimular ni un poquito. Parecía que estaba leyendo el guion de alguna obra de teatro del siglo pasado.

—Te estás pasando —le susurró Sean.

Alguien gritó desde abajo:

—¡Creo que lo he visto por ahí!

El escocés agarró la mano de Carolina y comenzó a dirigirla hacia las escaleras.

El rubio fue detrás:

—Esto es más excitante que una sobredosis de cine porno.

A ella no le dio tiempo de volver la cabeza para mirarlo porque empezaron a bajar las escaleras.

—Esto de erótico tiene menos que la música de Psicosis —añadió Sean.

Al parecer no era la primera vez que Bandido salía de su jaula, pero sí la primera que Marisa se ponía nerviosa de verdad. La pobre no sabía cuánto tiempo podía llevar el animal paseándose por las instalaciones, si es que aún continuaba estando en Adonis House, pues la puerta de su jaula estaba cerrada y la sospecha de que alguien ese día fuera a comer conejo con tomate no le permitía pensar en otra cosa. Duscha, la mujer rusa de mantenimiento, también opinaba que Bandido había sido secuestrado con fines maléficos.

—Seguro que aparece escondido por cualquier rincón —decía uno de los hombres.

Se notaba que Marisa estaba agradecida de que todo el mundo estuviera buscando a su conejo, aunque Carolina se dio cuenta de que algunos, más que ayudar, estorbaban tanto como llevar unas bragas apretadas. Sean era uno de ellos que, en vez de tirarse al suelo como otros, que parecía estar buscando niscalos, había ido a por su gaita a la habitación e iba tocando para que, a

saber qué dioses había dicho, protegieran al conejo.

Había uno de los hombres, era el más mayor de todos, que llevaba una zanahoria en la mano y la pasaba por debajo de los muebles como si fuera un radar.

—¿Qué come habitualmente? —preguntó Carolina.

—Pienso —respondió Marisa.

—Podemos ponerle unas cuantas porciones. Cuando sienta hambre saldrá de su escondite.

—Tienes razón. No he pensado en ello. En realidad, no puedo pensar en nada mientras Sean siga tocando la gaita de esa manera.

Carolina observó al escocés y lo pilló mirándola. Él se lo estaba pasando bomba.

—¡Lo tengo!

—¡Muy bien, Arnold! —le felicitó el Adonis rubio.

Sean dejó de tocar y le hizo una señal con la cabeza a Carolina para que se le acercara. Desde lejos vieron como la recepcionista le agradecía al hombre su hazaña con un fuerte beso en la mejilla. Por unos segundos, tanto Marisa como Arnold se quedaron con las miradas prendidas el uno del otro.

—Creo que Erik lo ha conseguido —le susurró Sean junto a su oído haciendo que todo su cuerpo se estremeciera—. Vayámonos. ¿Tienes algo que hacer?

«Te invitaría a venir a mi cama, pero resulta que le he prometido a mi amiga, y a mí misma, que tienen que pasar algunas citas para eso».

—No, nada que hacer.

Él entrelazó los dedos con los suyos y tiró de ella hasta casi pegarla a su pecho. Alguien carraspeó cerca de ellos y ambos se apartaron sin soltarse las manos.

Capítulo 12

Después del episodio vivido en el sótano de Adonis Tours, Carolina sentía que era una privilegiada por haber compartido algo tan bonito y familiar junto a Sean y el resto de sus compañeros. Admitía que la búsqueda del lagomorfo se le había antojado corta.

Cogida de la fuerte mano de Sean, subieron a la segunda planta y recorrieron el pasillo hasta el final. Él abrió la puerta, y de refilón, vislumbró una cama alta cubierta por una colcha verde.

Su corazón empezó a latir con fuerza. Reconocía que estaba deseando acostarse con él, aunque se había hecho a la idea de que no iba a ser. Y ahora que estaba a un paso del dormitorio, recordó lo que había dicho Marta sobre que Sean podía tener a la mujer que le diera la gana, y que ella debería convertirse en especial ante sus ojos. Especial y única.

Tenía que decirle que ella no se iba acostando de buenas a primeras con los tíos y mucho menos en una casa repleta de hombres.

—Pasa, por favor. Dejo la gaita y...

Lo interrumpió alzando una mano.

—Ahora que me acuerdo, tampoco puedo tardar mucho en regresar. Tengo que dar de comer al perro. —Esperaba que no se le notara mucho la mentira. Estaba tan nerviosa que sus piernas temblaban como la gelatina.

—No sabía que tenías perro. A mí me encantan porque dicen que protegen de los fantasmas. ¿Cómo se llama?

Estupendo, pensó. ¿Desde cuándo había empezado a mentir de manera tan descarada?

—Rab.

Él ingresó en la habitación y colgó la gaita en un perchero de pared.

—¿Qué raza es?

Carolina se quedó justo en el quicio de la puerta.

—Uno de una raza muy grande.

Sean la miró con un brillo divertido y ella se maldijo por ser tan boba.

—Aquí no dejan tener animales, excepto a Bandido. Y porque él está metido en una jaula.

—No me extraña, sería un caos.

—Más caos de lo que ahora es. Damos un paseo y, si me lo permites, te acompaño a tu casa.

Aceptó. Sean era irresistible, y su encanto, arrebatador. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más a fondo lo iba conociendo, y más le gustaba.

Sabía que era muy supersticioso y odiaba todo lo relacionado con los fantasmas y los espíritus. También que adoraba su tierra, a su familia y que, sin su gaita, decía que no era nadie ni nada.

Averiguó que le gustaba la limpieza, que reforzó su habla castellana viendo películas españolas en versión original, y que, a pesar de cómo se habían conocido, era muy protector y galante con ella.

Aquella tarde la llevó a pasear por El Retiro y después a comer un bocadillo de calamares a la glorieta de Atocha.

Disfrutaba mucho con su compañía. Era ingenioso, divertido. No un protagonista de novela romántica, aunque a tiempo podía ser cualquiera. Incluso Stephen Montgomery.

A la hora de despedirse la acompañó hasta la puerta del portal y Carolina sabía que, si le decía que subiese a su casa, ese día lo haría. Sean la miraba a los ojos con tal intensidad y tanto fuego, que su corazón latía desbocado.

—Pobre Rab, debe de estar deseando salir —dijo él con voz sensual.

En ese momento ella se acordó del perro.

—Mi vecina lo habrá sacado a pasear. A veces lo hace.

—Qué afortunada eres de tener vecinos tan amables.

—Ya, pero no quiero abusar, así es que mejor es que me vaya ya. Tal vez me esté esperando en casa.

—Claro. —Sean fingió mirar la hora y se alejó un paso que a ella le pareció un kilómetro—. Se ha hecho un poco tarde y mañana hay que trabajar. Otro día podemos quedar para pasear a Rab.

—¡Qué buena idea! —exclamó con los dientes apretados y una sonrisa de lo más forzada.

Los ojos del escocés brillaron con burla.

—Podemos quedar mañana. Si no tienes nada que hacer, claro.

—Vale —respondió desconcertada.

—Vengo yo a buscarte. —Señaló la fachada—. Ya sé dónde vives.

Carolina asintió. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no abalanzarse a sus brazos y besarle en los labios. Pensaba que hacer eso era algo normal, ¿o no? Contestó:

—Te esperare.

Sean se acercó de nuevo a ella, se inclinó y la besó. La cabeza de Carolina se llenó de música. Justo esa que decía: «eres tú, mi principie azul, azul, azul».

Apretó los puños con fuerza a los lados, resistiéndose a tocarle, pero el olor masculino y la calidez de su boca rompieron todos sus esquemas y, de forma mecánica, sus dedos se enredaron en los cabellos castaños. Presionó su boca con más fuerza y se perdió en su sabor. Los brazos de Sean rodearon su talle y entonces ella lo sintió en cada poro de su piel: un beso apasionado, calor

y frío, mariposas en el estómago. Una vocecita insistía en que le invitara a subir. Otra le advertía de que no tenía perro. —Siempre podía decir que se le había escapado (debía conseguir uno).

Sean se apartó una vez más, esta vez con una espléndida sonrisa en su boca de labios anchos, y se despidió con un guiño. Ella entró en el portal antes de que se le soltara la lengua y le confesara que lo estaba poniendo a prueba. Su débil excusa era la de que no soportaría ser una más en su vida.

Me vino fenomenal el paseo hasta casa para bajar un poco la excitación. Me había costado un mundo no abalanzarme sobre Carolina y poseerla. Sobre todo, porque había leído en su cara que ella lo estaba deseando tanto como yo.

Pero había algo de ese día que me había llamado mucho la atención. No era algo muy importante, o que me supusiera ninguna clase de problemas; era que Carolina me confundía. Me parecía un poco bipolar. ¿Quién era yo para diagnosticar algo así? Absolutamente nadie. Sin embargo, su actitud, esa forma de tontear conmigo de un modo descarado, para al segundo hacer como que era un desconocido, me provocaba curiosidad y, no lo iba a negar, ansiedad también.

Carolina era una persona especial, intrigante, sensual, y sin duda, muy hermosa. Y besaba bien. Su boca se había adaptado a la mía a la perfección. Los labios blandos y su lengua juguetona me volvían loco.

Varias veces me había tenido que recolocar las bolas en el pantalón antes de llegar a casa.

En la noche no me fue mucho mejor. Se coló en mis sueños y me hizo dar vueltas y vueltas como un condenado antes de salir hacia el cadalso, hasta que por fin me quedé dormido.

A la mañana siguiente, salí a correr con Dase. Necesitaba liberar todas las endorfinas que había acumulado. El resto del día se me hizo eterno. Por la mañana había tenido una reunión que Anthony me había concertado. Él también me había acompañado. Unas paisanas mías estaban en España porque una de ellas se quería casar, y el resto deseaba prepararle la despedida de soltera. Querían algo que fuera un poco tradicional de las Highlands mezclado con la cultura de Madrid. Algo así como sonidos de gaitas y champiñones y callos para cenar.

Adonis Tours se iba a hacer cargo de organizarlo todo, es decir, yo, en concreto. Ese trabajo para mí era pan comido. Conocía el sitio ideal para celebrarlo. Tenía que hacer la reserva del local —en este caso sería en un hotel—. Elegir el menú y las actuaciones. Y encima iba a ganarme algunos euros. ¿Podía pedir más?

Por la tarde llamé a Carolina, y antes de pasar a buscarla a su casa, me detuve en una tienda de animales. Nunca había tenido la oportunidad de entrar en ninguna, y me sorprendió. Principalmente un expositor de «chuches para perros» que tenía una pinta deliciosa.

Me dejé aconsejar por una dependienta morena, muy mona que, si me descuido, me vende un caniche.

Cuando salí de la tienda con un botín escondido en mi chaqueta para Rab, sentí que se me secaba la boca. No suelo ponerme nervioso por una mujer, pero sí por la rubia de ojos de cielo con la que iba a encontrarme. Erik me había aconsejado que me hiciera amigo del perro para ganar puntos con la dueña.

Iba dispuesto a ello hasta que vi el perro en cuestión.

El animal bajaba en los brazos de Carolina. Una bolita blanca con dos ojos negros como el azabache.

Yo, que iba pensando que nada más ver a la muchacha le iba a dar un morreo que iba a hacer que le temblasen las piernas, me quedé hipnotizado por los brillantes ojos que me miraban hundidos dentro de un abultado y rizado pelaje. Me vino a la mente las palabras de Carolina del día anterior: «es una raza muy grande».

—No lo imaginaba así.

Ella se echó a reír, nerviosa.

—No te fíes, las apariencias engañan.

—No será un perro poseído, ¿verdad?

—¿Qué? —sacudió la cabeza, confusa—. No, no.

Saqué del bolsillo la chuche perruna con forma de hamburguesa, más grande que la cabeza de Rab.

—Le he comprado esto. Tiene al menos para un mes.

—Gracias. ¿Quieres cogerlo?

No supe decir que no, pero la verdad es que no me entusiasmaba demasiado. Yo era más de perros pastores alemanes, o mastines... No sé por qué, imaginé a Carolina de compras por las boutiques de Madrid, con el perro metido en el bolso, y no fue una imagen muy agradable.

El pelaje de Rab lo hacía parecer más grande de lo que era. Apostaba a que, si lo rapaba, no era mucho más que una rata.

—No te gusta mi perro —dijo ella, lacónica.

—No es eso —respondí observando los ojos del animal. Me miraba cauteloso—. Siempre pienso que la gente tiene esta clase de perro para usarlo como sustituto de los hijos.

Un color rojo fuerte se apoderó de sus mejillas y me miró, ofendida.

—¡No lo trato como a un hijo!

—¿Y por qué hay que llevarlo en brazos y no puede ir andando?

—Me da miedo de que se pierda.

Me extrañé. ¿Acaso el perro era tonto?

—¿Me quieres decir que no sabe volver a casa solo?

El perro comenzó a intranquilizarse y a ponerse nervioso entre mis manos. Se lo devolví a ella. Pero lejos de calmarse, empezó a ladrar.

—No sé qué le pasa —admitió.

—Tal vez prefiera estar en el suelo. Engancha la correa.

—¿Lo harías tú? —me preguntó clavando sus preciosos ojos en los míos.

Si me lo pedía así, no tenía más remedio que ceder. Hice que sujetara al animal con firmeza y le puse la correa. Ella lo dejó en el suelo, y lo primero que hizo fue hacer pis, y después lo gordo. ¡Para lo pequeño que era, tenía una cantidad infinita de deshechos que soltar!

—Lo mismo ha comido algo que no le ha sentado muy bien. —Carolina echó a andar tirando de la correa del perro.

—¿No vas a recoger esto? —inquirí con sorpresa. No me había esperado eso de ella.

—¿Tengo que recogerlo?

Fruncí el ceño.

—El perro es tuyo, ¿no?

Sacudí la cabeza con bochorno. Lo que yo decía. Bipolar total.

—No, no lo es, Sean. Soy gilipollas. Ayer me puse tan nerviosa en la puerta de tu habitación, que creí que me querías llevar a la cama, y me inventé lo de Rab. Yo no tengo perro.

—¿Y esto? —Señalé a la bola de pelo blanco—. ¿Lo has robado?

—Se lo he pedido prestado a una amiga. En realidad, es de la madre de mi amiga.

—¿Tienes bolsas para recoger los excrementos?

—No, pero en el bolso llevo una de plástico normal. ¿Sirve?

Asentí y me dio la bolsa. Yo recogí la caca y la tiré en una papelera.

—Debes de pensar que soy tonta.

—No, qué va. Está bien, de verdad. Te entiendo.

—¿Sí?

Me entró la risa y tuve que explicarle mi inquietante visión de ella en las boutiques. Carolina también se echó a reír. Estaba avergonzada. No pude resistirme a besarla y atrapé sus labios en mitad de la calle. Ella me devolvió el beso, aunque con un ojo puesto sobre el perro. Me contó que había prometido protegerlo con su vida, por lo que, juntos, fuimos a devolver el perro a su legítima dueña.

—Sería imbécil si te dijera que no me gustas y que no me apetece acostarme contigo. Pero sé que eso es algo que tiene que ser de mutuo acuerdo y...

—Me apetece un montón —dijo de golpe y porrazo, interrumpiéndome.

No sabía qué decir. Nos habíamos detenido en plena acera y no tenía ningún sitio donde llevarla. A Adonis House no podía ser, pues a esas horas estarían a punto de ponerse a cenar y hubiera sido muy cantoso. Y aunque ya había anochecido y había muchos rincones oscuros, no era cuestión de ponernos en cualquier lado. Otra opción era la casa de ella o una pensión, y ambas cosas me resultaban difícil de sugerir. Lo último que deseaba era que pensara que estaba muy excitado aunque, por otro lado, un solo vistazo a mis pantalones bastaba y sobraba para adivinarlo.

—Ven a mi casa —dijo ella tirando de mi mano.

No me hice de rogar, ya que hubiera sido un puro idiota.

Al llegar a su portal, me obligué a preguntarle si estaba segura. No olvidaba que se había inventado un perro para evitarlo.

—No voy acostándome con hombres de buenas a primeras y no quería que pensaras eso de mí.

—Solo pienso que debes quitarte a los hombres de encima de lo guapa que eres. Y que soy muy afortunado de haberte conocido.

—Eso es lo más bonito que me han dicho nunca.

—Entonces creo que te han dicho pocas cosas bonitas.

Ella se sonrojó y me di cuenta de que la mujer tan segura de sí misma que había conocido, se desintegraba delante de mis ojos.

Capítulo 13

En cuanto Carolina puso los pies en su salón, se sintió invadida por la timidez. Unas horas antes había sido la estupidez quien la había tenido completamente absorbida. ¿Y de quién era la culpa? Sin duda de sus amigas y de su propio empeño por demostrar que los highlanders eran hombres normales y corrientes. También de su esfuerzo por terminar de leer la novela de Jude Deveraux.

No necesitaba demostrar a nadie que era especial porque lo era, y así se sentía. Y tampoco tenía que fingir lo que no era. Desde que había conocido a Sean se había comportado como si otra persona manejara las riendas de su vida. Pero lo peor de todo era intentar imitar a un personaje de ficción. Si a esas alturas del cuento, Sean no pensaba de ella que era una loca de atar, poco le faltaba.

Carolina no era Bronwyn, la valiente guerrera, ni él un bruto maleducado, algo machista, con el poder de creerse perfecto. Tenía que dejar de comportarse como una desequilibrada y ser ella misma.

Le dijo a Sean que se pusiese cómodo y ella buscó por la cocina para hacer algo de cenar. Necesitaba pedirle perdón y dejar las cosas claras, a pesar de que él le había asegurado que todo estaba bien.

Preparó unos muslos de pollo deshuesados y troceados en salsa teriyaki y ensalada de rúcula con queso de cabra, mientras él ponía la mesa con los utensilios que le iba diciendo.

Hubo velas, música de fondo, y una conversación amena y divertida. Después de recoger la mesa entre los dos, se sentaron en el sofá del salón a ver documentales sobre ciudades subterráneas. Fue un placer descubrir que a Sean le gustaban tanto como a ella. También le gustaba el fútbol —no podía ser perfecto.

—¿Te importa si bajo la luz? —Sean se alzó sobre el asiento y sobre ella para alcanzar el interruptor de la lámpara.

Al sentirlo tan cerca, Carolina dejó de respirar y levantó los ojos para verle.

—¿Sabes cómo funciona?

Antes de acabar la frase, él la había apagado y se había ido tumbando poco a poco, con

delicadeza, sobre ella, haciendo que se recostara del todo sobre el sofá. Carolina sentía toda la extensión de su cuerpo grande cubriendo el suyo. Solo la luz del televisor les permitía ver.

Sean la besó en la boca e introdujo su pierna entre las de ella, buscando su propia comodidad. Carolina, nada más llegar a casa, se había cambiado el pantalón por uno ancho y fino con goma en la cinturilla y podía notar el bulto hinchado y grueso de Sean presionando y latiendo sobre su carne. Una feroz e irreconocible ola de deseo se apoderó de ella. Por un momento se encontró con los ojos del escocés, que la miraban ardientes, prometiendo cosas que jamás había experimentado.

Quiso cerrar los párpados cuando él metió sus manos por el pantalón y el elástico de su ropa interior.

—Baja el volumen de la televisión.

Sean pronunció esas palabras con voz ronca y baja.

Ella, sin pensarlo, alargó el brazo hacia la mesa y tanteó en busca del mando hasta encontrarlo. En ningún momento dejó de ser consciente de las manos de Sean sobre su cuerpo, acariciando con suavidad sus ingles. Quitó el volumen y pasó el brazo por el cuello de él para hundir los dedos en su cabello y atraerle de nuevo hacia su boca.

Gimió cuando Sean deslizó una de sus manos por su pubis y comenzó a jugar con su sexo. Apenas podía respirar. Se sentía tan vulnerable en aquella posición que era incapaz de cerrar las piernas al tener la de él separándolas. Necesitaba moverse, sentirlo dentro. Obligarle a que dejara de torturarla de aquella manera para darle lo que de verdad quería. Trató de alzar las caderas y, al hacerlo, la penetró con un dedo. Como si hubiera estado esperando el momento perfecto. Ella entreabrió los labios por la impresión y, de nuevo, sus miradas se cruzaron. La de él era intensa y dura, concentrada. La de ella, cargada de deseo y fuego. Arqueó la espalda estremeciéndose. Estaba tan excitada que sentía que iba a alcanzar el orgasmo mucho más pronto de lo que había imaginado. Él también lo debió de intuir, pues se acercó todo lo posible a su oreja, y preguntó en un susurro ronco y áspero:

—¿Dónde quieres que te haga el amor?

No dejaba de moverse dentro de ella y, en ese momento, a Carolina le hubiera dado lo mismo hacerlo en cualquier lado. Lo único que deseaba era llenarse de todas las sensaciones que provocaba en ella.

—¿No me contestas? —insistió él besando sus labios. Después abandonó su boca para lamer la piel de debajo de la oreja.

—En la... cama —tartamudeó ella.

Con velocidad, Sean se incorporó sacando las manos de debajo de su ropa y se puso en pie ayudándola a levantarse. Para no caerse en el suelo, Carolina se agarró a los brazos masculinos y sus cuerpos se pegaron tanto que ni el aire era capaz de pasar entre ellos.

Ella tenía los pezones firmes, erectos bajo la fina sudadera. Sean se los acarició por encima de la tela y, una vez más, se apropió de su boca.

—Dime por dónde es —susurró él con un tono de voz que más parecía un ruego.

—Al fondo del pasillo.

Tan pronto terminó de decir eso, se vio levantada en brazos. Él la llevaba como si pesara menos que una mosca y no tuviera que hacer ningún esfuerzo en especial.

Una vez en el dormitorio, Sean la puso en el suelo y enseguida le sacó la sudadera por la cabeza. Después, siguió el delicado sujetador negro. Él miró fijo sus pechos, comiéndoselos con los ojos.

—Eres preciosa. Llevaba soñando con esto desde que te conozco.

Ella no podía creerle. Tal vez era una artimaña para conseguir de ella lo que quería. «¡No, joder! —pensó—. Él ya tiene de mi todo lo que quiere». Deja de pensar de una vez y déjate llevar.

Sean se inclinó para meterse uno de sus botones en la boca al tiempo que hundía sus dedos en las caderas y le bajaba los pantalones. Ella ahogó una exclamación. Él no era un bruto, pero había un poco de rudeza en sus movimientos. Le gustó. No quería que la trataran como una delicada señorita que pudiera romperse con facilidad. No supo cómo lo hizo pero, en cuestión de segundos, ella estaba completamente desnuda y él continuaba vestido del todo. Sintió que debía ponerse en movimiento. No podía dejar que solo él disfrutara de su cuerpo cuando ella estaba deseando hacerlo desde hacía tiempo. Tal vez desde que lo había visto por segunda vez, en el castillo de San Servando.

—¿Tú no te desnudas? —preguntó con voz sensual frotándose contra él.

Los ojos de Sean brillaron peligrosos antes de empezar a quitarse las ropas con prisa. Ella lo intentaba ayudar, pero con los rápidos movimientos del escocés, lo único que consiguió fue quedarse con su pantalón en la mano.

Él la obligó a soltarlo y la recostó sobre la cama. Si hasta aquel momento habían tenido paciencia, toda ella se esfumó de golpe y porrazo.

Era la primera vez que pasaba la noche fuera de casa desde que había llegado a Madrid. La segunda si contaba con que la primera, nada más llegar, había tenido que dormir en la calle por no tener llave de Adonis House.

Giré la cabeza y observé la luz del día que penetraba por las rendijas de las persianas. No tenía prisa, pero tampoco podía demorarme mucho. Quería hablar con el hotel donde se celebraría la despedida de mi novia. Me refiero a la novia escocesa que me había contratado. En la calle el viento soplaba y golpeaba las persianas. Imaginé que estaba lloviendo por el olor que entraba desde algún lugar de la casa.

Me di la vuelta hacia Carolina. Ella estaba de espaldas a mí. Su piel estaba caliente junto a la mía. No me pude resistir y la abracé adaptándome a sus curvas. Ella era tan suave, blanda y

cálida, que me hubiera quedado toda la vida con ella en la cama.

Era increíble cómo en tan pocas horas me había aprendido cada recodo de su cuerpo. Sabía dónde la excitaba más que la tocara, dónde hacía que se estremeciese. Me gustaba tenerla así, tan cerca, escuchándola respirar, oyendo el latir de su corazón y la respiración pausada.

Hundí la nariz en su cabello. Olía a caramelo. Sabía que, a partir de ese día, buscaría su olor en todos los sitios, y de repente me asusté. No debía pensar en el futuro, pero su presencia me obligaba a ello. No quería echarla de menos. Todavía me quedaban siete meses para estar en Madrid y, durante ese tiempo, podían pasar muchas cosas. Apenas nos estábamos conociendo.

Con un suspiro me aparté de ella y salí de la cama. Debí hacer malabarismos para encontrar mi ropa. Estaba toda diseminada por el suelo, mezclada con la de ella. Me vestí y recogí también la suya, que puse sobre una cómoda. Salí del cuarto cerrando la puerta y, después de pasar, al baño fui a la cocina.

Podía haberme ido antes de que ella se levantara pero, por algún motivo, no quise hacerlo. Deseaba verla una vez más, saborear sus labios y estrecharla entre mis brazos.

—¿Te tienes que marchar ya? —susurró cuando por fin la permití liberarse de mis brazos.

—Tengo cosas que hacer.

Ella cubrió un bostezo con la mano. Sus ojos seguían hinchados por el sueño, y sus labios rojos de mis besos. Tenía el cabello rubio alborotado alrededor de su cara y solo se había cubierto con la sudadera que llevaba la noche anterior. La piel cremosa de sus muslos quedaba al descubierto, excitante.

—Yo también tengo que ir a trabajar. ¿Quieres que nos veamos hoy?

—No sé si hoy me dará tiempo. —Vi la decepción en su cara y me sentí mal por ella—. Puedo llamarte si llego pronto.

—No pasa nada —respondió pasándose las manos por el cabello, peinándolo.

—Había pensado ir a comprar esta tarde algunos regalos para enviarlos a casa. En un principio, iba a ir a pasar unos días con ellos esta Navidad, pero al final me ha surgido trabajo y deberé posponerlo. Según mi madre, soy un poco insoportable a la hora de decidirme en las compras, pero si tienes paciencia y puedes aguantarme, me gustaría mucho que me acompañaras.

Ella se mordió el labio inferior y sus ojos, de repente, brillaron emocionados.

—Me encantaría ir contigo. Siempre te puedo defender de las horribles decoraciones navideñas.

—Eso está bien mirado. —La abracé, besé sus labios por un largo tiempo y, sacando fuerzas desde algún lugar recóndito de mi cuerpo, me marché.

Capítulo 14

Sean y Carolina aprovechaban a verse siempre que podían, aunque cada vez parecían tener menos tiempo. A ella se le había multiplicado el volumen de trabajo con todos los escaparates que debía montar, y a él le habían salido varios eventos más.

Estaban deseando que pasaran las fiestas para poder adquirir alguna rutina, pues se sentían como si estuviesen en una montaña rusa subiendo y bajando a marchas vertiginosas. Por suerte, ambos eran buenos conversadores y la comunicación por WhatsApp y por teléfono era abundante y fluida.

Algunas veces Sean se presentaba por las noches en casa de Carolina, de improviso, con la excusa de querer verla. Unas hacían el amor, y otras solo se limitaban a descansar uno en brazos del otro.

Se llevaban muy bien y se reían bastante cuando estaban juntos, e incluso el escocés dio un gran paso al presentarla de forma oficial antes los chicos de Adonis House y sus parejas. Dase era el único que aún no tenía su media naranja, pero tampoco parecía estar muy interesado en ello.

Nunca, en su vida, había creído Carolina que pudiera ser tan feliz al lado de un hombre. Cuando recordaba cómo había comenzado todo y las ideas locas de sus amigas, sobre todo las que Marta le había metido en la cabeza, no podía hacer más que echarse a reír. Seguía opinando que no todos los escoceses eran grandes, altos, fuertes y guapos, sin embargo, ahora había una excepción. Su escocés sí que lo era.

A la novela de Bronwyn todavía le quedaban capítulos por leer. Estaba claro que no iba a ser nunca una adicta a la lectura. Pero ahora tenía otras nuevas amigas, y entre ellas, una era la chica de un escritor. Le había prometido a Abril que leería la última novela de Steven Norton, aunque tampoco le había dicho cuándo. Como decía su madre, las prisas no eran buenas para nada.

Entraron en diciembre y la Navidad ya se olía en el ambiente. La Puerta del Sol y la plaza Mayor se había convertido en un hervidero de gente, así como la calle Preciados, por la que no dejaban de pasar personas arriba y abajo cargados con bolsas de las tiendas cercanas y del Corte Inglés. Siempre se avisaba que, para hacer las mejores compras, había que hacerlo con tiempo y

no dejarlo para última hora. Pero cada vez eran más los rezagados que lo dejaban todo para el final y a veces la calle estaba tan concurrida que se formaban unos atascos monumentales. Sean y ella habían hecho todas sus compras el mismo día, aunque a Carolina aún le faltaba el regalo de Sean. Buscaba algo que realmente fuese a utilizar. En ese aspecto, ella era así. Odiaba los regalos vanos y absurdos que no servían para nada.

En algunas ocasiones, no podía evitar pensar en el futuro y los menos de siete meses que faltaban para que Sean se marchara. Cuando esos pensamientos tan turbios llenaban su cabeza, ella los desterraba. El presente era lo que de verdad importaba y de lo único de lo que hablaban.

Ese segundo fin de semana de mes, Sean tenía un evento. Ella no le había preguntado de qué se trataba, ya que imaginaba que sería alguna tertulia. Había ido a un par de ellas desde que estaban juntos. Le gustaba oírle hablar en público, también cómo le quedaba el kilt que mostraba sus fuertes y musculosas pantorrillas y cómo le brillaban los ojos cuando tocaba la gaita. Por otro lado, lo que menos soportaba era a todas esas descocadas que trataban de ligar con él en plan descarado. Había la que no hacía más que sobarle los hombros, o aquella que insistía en hacerse la fotografía de turno aferrándose a él como un molusco.

Sí, lo admitía. Era celosa. Y era muy consciente de que Sean solo hacía su trabajo. Él trataba a todo el mundo de igual modo, ya fuera una mujer joven y guapa, que una mayor y menos agraciada. Hasta había hombres que se le acercaban con alguna clase de insinuación. Pero él siempre era amable y educado. Pocas veces se alteraba aunque, por favor, que no estallara ningún foco, ni se moviera solo ningún objeto. Solo pensar que el lugar donde estuviera pudiese estar encantado o maldito, convertía su boca en una línea tensa, endurecía la mandíbula y todo su rostro se volvía de granito. Y lo peor de todo —según Carolina— era su manera de tocar la gaita cuando esto pasaba. Era capaz de levantar a un muerto.

Como ese fin de semana no se iban a ver, Marta había quedado en pasarse por casa para charlar, pues apenas podían estar mucho tiempo juntas. Su amiga entró en el piso, se quitó la cazadora y dejó sobre la mesa pequeña un cucurucho lleno de castañas asadas.

—¿Te has acordado de mí? —Carolina se relamió.

—Siempre me acuerdo de ti. El puesto está en la esquina.

—Tenía muchísimas ganas de verte —saludó a Marta con un abrazo acompañado de un pequeño masaje en la espalda.

—Puedes encontrarme con facilidad, y lo sabes, pero claro, comprendo que prefieras estar con... otra persona.

Carolina entreabrió los labios, divertida.

—Noto en tus palabras cierto resentimiento.

—¿Te lo parece? —preguntó con retintín.

—Lo admito, soy culpable de ello. *Mea culpa*. Pero reconoce que tú, en mi lugar, estarías haciendo lo mismo.

—Entonces ¿se puede decir que oficialmente sois novios? —quiso saber con una sonrisilla

divertida que provocó que Carolina también sonriera.

—Estamos saliendo juntos.

—¿Pero cuéntame, anda! ¿Cómo es McArthur?

—Vale. —Carolina se sentó a su lado y agarró el paquete de las castañas. Comenzó a pelar una—. Me gusta un montón. A parte de tener el cuerpo de un Adonis, nunca mejor dicho, su voz es superexcitante con ese acento tan sensual, y su manera de sonreír como si se burlara de todo; y la manera de mirar... A veces siento que es capaz de desnudarme solo con los ojos.

—Vaya. Tampoco tienes que dar detalles escabrosos.

—Querías saber cómo es, ¿no? —Marta asintió—. Es bastante despistado, eso sí. Pero, aunque no lo creas, me encanta. Le hace especial respecto a los demás, más humano. Nunca sé por dónde me va a salir. Según él, están cambiando continuamente los locales de sitio por no admitir que se suele perder a menudo. ¿Sabes que voy a regalarle? —Su amiga negó—. Un GPS. Lo necesita de verdad.

—Parece majo.

—Es tan impulsivo que no se detiene a pensar que si lo que dice o hace está bien y tiene sentido. Sin embargo, lo hace sin malicia. De modo que hasta eso me gusta.

—Eso quieres decir que te has convertido en su Bronwyn MacArran.

—Stephen era inglés. Lo sabes, ¿no?

—Espera a que llegue al capítulo en que se pone el *plaid* —le dijo guiñando un ojo. Si Beatriz hubiera estado allí, se habría ganado un buen rapapolvo por hacer spoiler. Pero, para su suerte, y la de Carolina, estaban solas—. ¿Cuándo te va a llevar a su castillo?

—No hemos hablado de eso.

—Has tenido mucha suerte de haber conocido a alguien como él.

—Tengo que daros las gracias por llevarme a San Servando.

—Pero tú ya lo conocías de antes. Es posible que hubierais vuelto a coincidir otra vez. Si no te fijaste bien en él la primera vez, lo habrías hecho a la segunda. No pasa desapercibido. Te envidio un montón.

—No puedes quejarte, que tú has salido con cada modelazo... que ya le gustaría a más de una.

—Sabes bien que lo hago, o más bien lo hacía, por despecho. Me he pasado toda la adolescencia esquivando a los guardaespaldas que me ponía mi padre cuando iba a Grecia, y escapaba continuamente de ellos. Y como lo que él más odiaba era que tuviese novio...

—Pues tú le jorobabas.

—Exacto, pero ya he empezado a madurar. Por cierto, ¿has hablado con Bea?

—Algo, pero muy poco. Casi no tengo tiempo ni para cagar. —Ambas se echaron a reír.

—¿Vas a pasar las Navidades con el McArthur?

—Sí, pero, por favor, no lo lames así. Se llama Sean.

—De acuerdo. Es que me parecía gracioso usar ese nombre, pero tienes razón. Es una tontería. La luz del atardecer atravesaba el cristal del mirador. En apenas una hora, ya habría

anochecido.

Carolina se levantó para servir unas infusiones, y después continuaron charlando comentando un poco de todo: las fiestas, los días grises, el frío...

—Bea se va a pasar las fiestas fuera, si tú vas a celebrarlas con Sean, lo más seguro es que yo me vaya unos días con mi padre.

—¿Quieres venir con nosotros? —se obligó a decir Carolina—. A Sean no le va a importar.

—¡No! —exclamó—. Si me hace hasta ilusión ir a verlo y pasar unos días en las islas. Esta noche, cuando llegue a casa, me prepararé una maleta bien gorda con el «por si acaso hace frío» y con el «por si acaso salgo alguna noche de fiesta», y todo arreglado.

—Eres más rara que una gallina con dientes —bromeó Carolina.

—Lo sé. ¿Salimos a cenar fuera y a tomarnos una copa?

—De acuerdo, me apetece un montón. Voy a cambiarme de ropa y a *restaurarme* un poco.

—Préstame maquillaje.

Beatriz estaba ausente, pero pudieron localizar a sus otras amigas, Paula y Cristina. Iba a ser una noche de chicas. De vez en cuando tenían alguna, y eso significaba que estaba prohibido ligar con nadie, ni invitar ni dejarse invitar.

Antes de salir de casa, emperifolladas, con los labios pintados, rímel en las pestañas y colores en los pómulos, sin olvidarse de los tacones, Carolina llamó a Sean para desearle buena suerte en su evento, darle las buenas noches y, sobre todo, escucharle. Sin embargo, el contestador saltó un par de veces sin que él lo cogiera ni le devolviese la llamada.

Marta, impaciente por marcharse, la miró arqueando una ceja.

—¿Todo bien?

Asintió y guardó su teléfono.

—Suele desconectarlo cuando está trabajando. Habrá empezado ya. No importa, mañana le llamo.

Marta agarró su brazo y la arrastró hacia la calle.

—Eso, mañana le llamas. Hoy vamos a pasarlo bien.

Carolina se animó, y cuando se encontraron con el resto de la cuadrilla, todas se olvidaron de lo triste, de lo malo, de lo preocupante y de lo asfixiante que habían tenido durante ese año, y se fueron a una discoteca a celebrarlo. Sean fue uno de los temas principales de conversación. Brindaron por él, por Carolina y, con el tercer cubata, por el camarero y el DJ. Tampoco les faltó el tener que espantar a un par de moscones que no dejaban de revolotear en torno a ellas. Por suerte, en la discoteca estaba el primo de Paula, Mario, que pronto sacó a la calle a los pesados de turno para que pudieran continuar con su fiesta.

Valentina, organizadora de eventos en Madrid, me había ayudado a tenerlo todo bajo control. No

era la primera vez que Anthony contaba con ella para celebraciones y otras cosas. La bonita pelirroja había estudiado fuera de España y hablaba con bastante fluidez varios idiomas.

Fue ella quien se acercó a saludar a las mujeres de la despedida que entraron en el vestíbulo del hotel escoltando a una nerviosa novia que, por la sonrisa tensa de sus labios, parecía a punto de rayar en el histerismo. Valentina les dio la bienvenida y las hizo pasar a la sala que habíamos reservado y donde íbamos a ofrecer un cóctel.

Por expresa orden de la hermana de la novia —no así de una de las amigas—, prohibió que en la despedida de soltera hubiera cena erótica, ni actuación con boys. Aquella decisión, para mí, era la más correcta. Yo no me dedicaba al baile. Si Erik parecía RoboCop cuando bailaba sevillanas, yo parecía una gallina. Tenía la costumbre de bailar agitando los codos —mejor dicho, aleteando— y haciendo sentadillas. Lo sé, soy raro.

Una amiga de la novia—la que hubiera preferido que sacase a un tío en gayumbos de una tarta— me contó que esa noche, al otro futuro contrayente, sus amigos lo iban a vestir de mujer embarazada y lo iban a obligar a desfilarse por toda la ciudad. Era una costumbre que teníamos en las Highlands.

Cuando yo me casase —esperaba llegar a eso con la dulce y preciosa Carolina, y llevármela a vivir a Escocia por lo menos algunos meses al año, medio año. Bueno, deberíamos negociarlo—, pensaba despedirme de mi soltería como se hacía en China. Se llamaba Hunnao y consistía en expulsar los malos espíritus. ¿Cómo se expulsaban? Esta vez con mi gaita no. Se trataba de que los amigos hicieran bromas pesadas a la novia. Era una putada, pero seguro que Carolina sabía aguantarlo. Tampoco iba a permitir que nadie se pasara con ella. De hecho, era posible que hiciéramos la despedida juntos.

—Van a empezar a servir el cóctel —avisó Valentina sacándome de mis pensamientos fantasiosos. ¡Anda que no tenía tiempo para pensar en mi boda!—. ¿Necesitas que me quede o me puedo marchar ya?

—Creo que puedes marcharte. Anthony se pasará dentro de un rato por aquí para ver cómo marcha todo, pero ya puedo apañarme yo. Muchas gracias por todo.

—De nada —contestó la pelirroja poniéndose el abrigo. Era recién casada y su marido, un integrante del grupo de policía de operaciones especiales, la esperaba en la puerta—. Recuerda sacar para el brindis el *quaich* escocés.

Le di las gracias una vez más y la despedí. Después me cambié de ropa, me puse el kilt y cogí mi gaita para unirme a la fiesta.

Los camareros vestían como yo, y todos debíamos andar con mucho cuidado, porque algunas de las muchachas se pusieron muy pesadas con el tema de averiguar qué escondíamos bajo la falda.

—¡*Blackening, blackening!* —empezaban a gritar algunas, sobre todo las que estaban más contentas.

Blackening era una tradición que ya no se llevaba mucho porque era un tanto bestia. Trataba

de coger al novio —en este caso, quien corría peligro era la parte femenina de aquella unión, y que ya sonreía con mucha más naturalidad—, desnudarlo de cintura hacia arriba, embadurnarlo con plumas, melaza, carbonilla y harina, y hacerle pasear por todos los lugares públicos que hubiera cerca.

Por suerte, después de haber tratado con la hermana, sabía que esas locas no iban a llegar a ese extremo. Aun así, decidí que era la hora de sentarlas a la mesa y comenzar a servir la cena antes de que se desmadraran tan pronto.

El menú fue un éxito. Había unas veinte mujeres remando hacia el mismo lugar. Era increíble, pero se movían todas en bloque. Lo de después también fue otro éxito. Baile, risas, mucho ruido, cánticos y el famoso *quaich* escocés, conocido en España como copa del amor. Una copa con dos asas que la novia llenaba de whisky y con la que debía brindar con todas las personas que estuvieran con ella. No esperaba que quisiera brindar conmigo. Yo solo era un trabajador. Al principio me negué. Aunque también lo estaba pasando bien, nunca bebía alcohol mientras trabajaba. Sin embargo, no pude resistirme. El whisky era un Macallan reserva.

—¡Llama a no sé quién! —gritó una mujer a otra, para que avisase a la que estaba grabando toda la despedida con una cámara.

Al ir a brindar con la novia, todo se desmadró. La que al principio estaba histérica y luego se relajó, sufrió locura temporal y me besó en la boca. No me dio tiempo de reaccionar. Se me enganchó en el cuello y no había un Dios que despegara sus labios de los míos. Sus amigas vitoreaban eufóricas. No hubo lengua. Me resistí con los dientes apretados como si me los hubieran pegado con silicona, y por fin logré desenredar sus manos de mi cuerpo. Admito que me enfadé. Deseaba chillarle, furioso, e incluso largarme y dejarla plantada. Como se dice en España, me rayé. Pero estaba trabajando y yo era un profesional, de modo que hice de tripas corazón, sonreí educado y me pasé el resto de la noche —lo poco que quedaba— huyendo de ella. Nunca me había pasado nada igual ni me habían hecho sentir tan incómodo.

Es cierto que más tarde vinieron a disculparse conmigo. Verme rodeado de un montón de mujeres —seguro que habría alguna bonita, aunque no me fijase mucho— con ganas de pasárselo bien, era el sueño de muchos hombres. Es más, creo que lo habría sido también el mío si no hubiera estado saliendo con Carolina. Pero ahora estaba con ella, y las demás me importaban un pimiento.

Capítulo 15

Carolina bajó del taxi y caminó erguida hacia la puerta de su portal, procurando seguir una línea recta imaginaria que había pintado en su cabeza. No había abusado de la bebida. Tres copas y un par de chupitos. Pero aquello era suficiente para sentir que flotaba como el oxígeno y que el aire de diciembre era capaz de arrastrarla de un lado a otro igual que a una hoja seca.

Se detuvo de golpe al ver al gigante que, con los brazos cruzados sobre el pecho como si fuera un Dios griego, estaba apoyado en la pared, observándola. Se le aceleró el corazón de repente. No era griego, era escocés, y por su aspecto, hubiera jurado que no estaba tan bien como siempre.

—¡Sean! —exclamó pestañeando para disipar la bruma que hacía rato campaba a sus anchas por su cabeza.

Él dio un paso hacia adelante y abrió los brazos. Enseguida Carolina se echó en ellos, pero tuvo que apartarse un poco cuando Sean apretó más de la cuenta amenazando, sin saberlo, con asfixiarla.

—Estaba muy preocupado, creí que te había pasado algo.

—Yo estoy bien, pero tú... ¿Te pasa algo?

Sean sacudió la cabeza. Carolina dio un paso hacia atrás, trastabilló y cayó sobre el bordillo de la acera, con la gran suerte de quedar sentada de un modo casi correcto.

—¿Te has caído? —inquirió él curvando las cejas.

—Nooo —negó con la cabeza de modo exagerado—. Necesitaba descansar un rato y este es un buen sitio.

Sean frunció el ceño.

—Has bebido.

—Eso es lo que podría parecer, ¿verdad? —Él asintió y la hizo ponerse en pie—. He salido con las chicas y creo que el último chupito no me ha sentado muy bien.

—Espero que no hayas ganado ningún concurso de baile.

Ella se mordió el labio inferior, divertida. Se agarró a su brazo.

—No había concurso, qué lástima. —Se alzó de puntillas y le propinó un beso corto y húmedo

sobre los labios—. ¿Subimos a casa?

—Sí, hoy estoy muy cansado.

Mientras Carolina buscaba las llaves en el bolso, preguntó:

—¿Qué tal se te ha dado el día?

—Bien, un poco pesado.

—Espera, es que no encuentro las... ¡Ah! Aquí están —dijo triunfal, agitando las llaves. Sean se las cogió de la mano y abrió la puerta—. No sabía que ibas a venir. Te llamé antes de salir, pero tenías desconectado el teléfono.

—Sí, no lo he visto hasta que he llegado.

—¿Te encuentras bien, Sean? Te noto un poco... disperso. —También es que ella no se encontraba muy lúcida.

Él asintió. Llegaron al apartamento y abrió de nuevo. La hizo pasar.

—Estoy bien, solo agotado.

Le encontraba extraño. Algo apagado para como solía ser él. Se quitó el abrigo y los tacones, y le rodeó la cintura poniendo la cara en su amplio pecho.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No, solo un poco.

—Creo que debería darte una llave, de ese modo no tendrás que volver a esperarme en la calle y podrás entrar cuando quieras. Lo siento mucho, cariño. —Alzó la cabeza para mirarlo—. Me entretuve más de la cuenta.

—No pasa nada. ¿Lo has pasado bien?

Carolina sonrió.

—Mis amigas son la caña. Están un poco locas, pero lo hemos pasado genial. Hemos brindado por ti varias veces.

—Es una pena no haber podido estar allí.

—¡No podías! Era noche de chicas. —Lo besó en los labios. Lo notó distante. Los ojos masculinos no brillaban como siempre—. ¿De verdad que no te sucede nada?

Sean sonrió del modo canalla que a ella tanto le gustaba. Sin perder mucho tiempo, lo arrastró al dormitorio.

Más tarde, no supo si habían llegado a hacer el amor esa noche. Carolina no lo recordaba. En realidad, no recordaba ni siquiera haberse desnudado una vez que entraron en el dormitorio. Empero, al día siguiente se desquitó bien. No lo dejó salir de la cama hasta bien entrada la hora de comer.

Carolina hizo que me olvidase de todo. Me solía pasar con ella. Sacaba de mí todo el estrés y hacía que me sintiese el único hombre de la tierra. El único del mundo. La miraba y tenía pleno

conocimiento de que era la mujer de mi vida. Lo peor, es que sabía que era capaz de cualquier cosa por ella, y que, si me decía de quedarnos a vivir en Madrid, iba a hacerlo. No quería perderla. Era muy poco tiempo el que llevábamos juntos, pero suficiente para no ser capaz de vivir sin ella a mi lado.

¿Y si le proponía matrimonio? Podía pensar que estaba loco y que iba demasiado rápido. Puede que me rechazara. Ni siquiera sabía si entraba en sus planes casarse. Tal vez era de esas mujeres que querían una amistad infinita y ser libre e independiente.

—¿Qué piensas? —me preguntó.

Estábamos terminando de vestirnos e íbamos a salir a tomar algunas tapas por el centro. Agité la cabeza. No podía decirle que pensaba en nosotros, en un hogar y en niños.

—Me gustaría que conocieras a mi familia. Podríamos ir en verano a Inverness.

Ella se estaba abotonando la parte superior de una blusa en color crema y se detuvo, mirándome con una sonrisa llena y amplia.

—Me encantará ir a Escocia y saludar a tus padres y a tu abuelo. Me has hablado tanto de ellos que siento que ya los conozco. ¿Sabes que estás saliendo con alguien?

—No, aún no les he dicho nada.

Ella me dio la espalda para coger la chaqueta, pero me pareció ver un gesto de desilusión en su cara y en sus ojos. Sin embargo, cuando se volvió a dar la vuelta, sonreía igual que siempre.

Me parecía increíble que se hubiera despertado fresca como una rosa sin una pizca de resaca. Se había duchado y lucía espléndida.

—¿Estás listo?

Asentí. Había esperado que ella me dijese que también quería que conociese a sus padres. No me hubiera importado en absoluto. No es que los padres me emocionasen. Una vez, de chiquillo, el padre de una compañera de colegio me acorraló, y amenazó con cortarme las pelotas si tocaba una de las trenzas de su hija. Yo no tenía más de ocho años, y aún me seguía chupando el pulgar. —Eso no lo he contado, pero usé el pulgar de chupete hasta los doce años—. Todo vino, porque su hija y yo nos dimos un beso en los labios en el fondo de una piscina.

—¿Dónde me vas a llevar, Carolina?

—No sé. ¿Qué te apetece? ¿Te gusta la oreja a la plancha y los callos? ¿Lo has comido alguna vez?

—Erik es un aficionado a las tapas. No hay nada que no haya comido ya.

—Pues entonces, vamos.

Me gustaba que ella tomase la iniciativa y planeara actividades para los dos: museos, parques, espectáculos... Aunque, cuando salíamos de casa debía tener bastante cuidado. Ella daba gigantescos rodeos para llegar a cualquier lado. Parecía evitar todas las líneas rectas, como si hubiera hecho una promesa a alguien. Lo veía muy gracioso, pues luego era yo el despistado. ¡Menos mal que una de las cosas que más me gustaba era pasear!

—¿Conoces Aranjuez? —preguntó de sopetón.

—Todavía no. Hay un palacio, ¿no?

—Sí, lo que no sé es si está abierto o no, pero podemos visitar los jardines, son muy bonitos. Esta época no es la mejor, sin embargo, es cuando hay menos gente.

Ella se inclinó para recoger el bolso y mis ojos se fueron como un imán, a su trasero. No podía evitarlo. Carolina se dio cuenta y me observó con una graciosa mueca.

—¿Me estás mirando el culo?

—No.

—Me parece que sí.

—Puede ser que tú me lo hayas puesto delante y ...

Ella me abrazó con una carcajada que sonó a cascabeles.

—Eres un mentiroso, Sean. No sabes mentir.

—¿Cómo qué no?

—Como que no. —Se apartó un poco de mí sin llegar a perder el contacto. Sus ojos brillaban risueños—. Es como lo de anoche. Dijiste que no te pasaba nada, sin embargo, sé, intuí, que mentías. Si no me lo quieres contar...

—No pasó nada. No salí muy contento del evento de anoche, pero no es nada importante, de verdad. Y sí, es cierto. Te estaba mirando el culo. Me gusta cómo te quedan esos pantalones. Te quedan muy bien y tienen pinta de ser muy suaves. —Pasé la mano por la curva de su nalga—. ¿Ves? Llevaba razón, es muy suave. —No podía sorprenderme más, acabábamos de salir de la cama y quería regresar a ella otra vez—. Entonces ¿qué quieres que hagamos? —susurré mordisqueando el lóbulo de su oreja con una única intención en mi mente

—Irnos a Aranjuez —respondió alejándose risueña.

Sentía la cremallera del pantalón a punto de estallar.

—¿Me vas a dejar así?

Me miró con sorpresa.

—¡Sean!

—Estoy bromeando. Anda, ¿por qué no vamos a comer algo antes?

—Podemos picotear allí. Solo se tarda una hora más o menos.

—Conduzco yo —dije agarrando las llaves que estaban en el mueble pequeño de la entrada. No le di ninguna opción de negarse, y salió detrás de mí.

Aranjuez me impactó. No pudimos entrar en el palacio, ya que ese día no había visitas, pero lo admiramos por fuera. Paseamos por los jardines, cogidos de la mano, pisando las hojas secas que el viento había diseminado por los senderos. No faltaron las fotografías haciendo el tonto. A ella le encantaba poner caras raras, arrugar los morros, bizquear y sacar la lengua.

—Mi madre dice que me falta un hervor —decía después, cuando veía cómo salía.

En realidad, me confesó que no le gustaba retratarse, pero como yo me empeñaba en atesorar todos los recuerdos que pudiera para el futuro... Le pedí a una pareja de ancianos que paseaban por allí, que nos hicieran una juntos a los dos. Ese día aprendí una gran lección de vida. No le dejes el teléfono móvil a nadie que no sepa cómo funciona. El buen hombre me borró toda la galería y los contactos de un plumazo.

Carolina tuvo que preguntarse después «¿Por qué le he permitido coger mi coche?». Eso antes de llegar a una rotonda, la cual Sean tomó en sentido contrario, en plan kamikaze. y encima tuvo el valor de acusar al resto de conductores de circular mal por la vía. Durante ese lapso de tiempo, en el que la vida de ambos se suspendió de un hilo, Carolina no se atrevió a decir ni pío, y mucho menos a pestañear, no fuera a perderse su propia muerte. Solo cuando Sean salió de la rotonda en la tercera vuelta —decía que no encontraba el modo de salir de ella—, fue que comenzó a boquear en busca de aire que oxigenara su cerebro, y le hizo una señal para que se echara a la cuneta.

—Lo siento mucho. —Se disculpó él, ayudándola a descender del coche—. Estás temblando.

—Más que una burra en una canoa —respondió tragando saliva al tiempo que se sostenía en la puerta abierta. Cogió aire con fuerza. Tenía las pupilas dilatadas—. ¿Qué sucede contigo? ¿Quieres asesinarme?

—Yo también me he asustado, no te creas —respondió con desfachatez.

—¡Podíamos haber muerto!

—No exageres, íbamos a veinte. Además, lo he hecho aposta a ver si estabas atenta.

No le creyó. Si cerraba los ojos, era capaz de ver como pasaban los coches a su lado, a toda velocidad.

—Será mejor que conduzca yo.

Él se encogió de hombros.

—Como quieras. Sí así te quedas más a gusto...

—Sí. No sabes lo a gusto que me quedo.

Se sentaron invirtiendo las posiciones.

—No corríamos ningún peligro —murmuró él a la vez que se abrochaba el cinturón.

Carolina se estaba poniendo el suyo y levantó los ojos hasta él.

—¡No puedo creerme que hayas disfrutado con esto!

—¿Tú no? ¿No has sentido ni un poquito de adrenalina?

—He sentido mogollón de ella, pero no me ha gustado nada.

—¡Venga ya! —Sean sonrió con burla—. Ha sido divertido.

Carolina salió a la carretera y murmuró:

—Deberías haber dicho al resto de los conductores de la rotonda que solo era una broma.

La contempló de reojo sin dejar de sonreír.

—Lo he pasado muy bien hoy. ¿Te importa dejarme en Adonis House? Estoy muerto y mañana tengo reunión con Anthony.

—¿No quieres pasarte por casa?

Él alargó el brazo hasta acariciar su mejilla.

—Me entretendría mucho, y lo peor es que no te dejaría dormir nada. Y tú mañana trabajas.

Ella suspiró con desgana. Sean llevaba razón.

—Es verdad. Voy a estar muy liada.

Capítulo 16

Sentado en el sofá, observaba las noticias por la televisión, aunque apenas las escuchaba.

—¿Qué tal la despedida del sábado? —me preguntó Dase sentándose a mi lado.

—Bien.

—Me alegro. ¿Te has enterado de que Marisa y Arnold están juntos oficialmente?

—Sí, algo he oído —respondí.

Los demás Adonis acababan de terminar de cenar y estaban recogiendo sus platos. Yo había comido bastante tarde y no tenía mucha hambre. Antes de acostarme, pensaba tomarme un tazón de avena.

Erik y Dase se marchaban esa semana de vacaciones y, a la siguiente, lo haría Stefano. Tane, Arnold y yo éramos los únicos que nos íbamos a quedar en Madrid.

—Aprovecha que Marisa está viviendo en una nube para presionar con las quejas, antes de que baje de ella —dijo Dase.

—¡No voy a dejar que baje de ella! —exclamó el austriaco saliendo de detrás de la nevera como por arte de magia.

No lo había visto y Dase tampoco sabía que estaba allí, por la cara que puso.

Arnold vestía totalmente de cuero negro y ajustado, con los huecos bien apretados; antifaz del mismo tejido y color, orejas de gato; y tenía una cola larga y delgada que trataba de imitar a la de un felino.

—¿De qué vas vestido hoy? —pregunté.

—Soy Cat Noir. —Se encogió de hombros—. Un héroe de dibujos animados que está enamorado de Ladybug, la mariquita.

—Dime algo, Arnold, ¿eso le pone a Marisa?

Tane y Dase soltaron explosivas carcajadas, hasta que mis ojos se engancharon en los de Tane y se calló de repente:

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Ahora que recuerdo, a Olivia también le gusta disfrazarse. ¿Vosotros también...?

—Eso ocurre en los juegos de rol. Tú no lo entenderías, Sean.

Sonreí divertido y Tane empezó a cambiar los canales de la televisión con la aplicación del móvil fingiendo que los demás no existíamos. Volví la vista hacia Arnold que, sin contestarme, se sentó frente a la mesa del comedor para engullir queso fresco.

Más tarde nos fuimos a la cama y, a la mañana siguiente, Anthony nos sorprendió a todos cuando estábamos desayunando. Stefano fue el primero en ofrecerle un asiento y un café. El jefe rechazó la bebida, pero no así la silla.

—¿Te has enterado ya, Sean? —me preguntó con una sonrisa complacida en su cara. Los ojillos me miraban con una mezcla de admiración y de divertimento.

—No, ¿qué ha pasado?

—Es sobre la despedida de soltera de la escocesa.

Me encogí de hombros. Si esa mujer había tenido un accidente, había cancelado la boda, o se había perdido por la capital, no era en absoluto problema mío. A nosotros ya nos habían pagado, que era lo que de verdad importaba.

Tane, en cambio, amante de la curiosidad por naturaleza, dijo:

—Nosotros tampoco nos hemos enterado de nada.

—El sábado, la fiesta tuvo un punto de desmadre y la novia morreó a nuestro escocés hasta dejarlo seco.

Todos volvieron la vista hacia mí como si tuvieran un resorte. Fruncí el ceño.

—¿Cómo te has enterado? —quise saber. Anthony rio con burla—. No pasó nada. La tipa brindó conmigo y me besó, pero...

—Te dio un buen muerdo, Sean.

—¡No! —Sacudí la cabeza. Él no estaba allí para poder decir eso—. Las cosas no fueron así.

Anthony levantó una mano, interrumpiéndome.

—El caso es que Marisa me ha llamado esta mañana por la cantidad de mensajes que está recibiendo en el contestador. Quieren contratarte para eventos, despedidas...

—¿Por qué? —insistí. ¿Quién podía saber lo del beso, a parte de las mujeres de la despedida? Valentina ya se había ido cuando sucedió, y los camareros no parecían personas que fueran con el cuento a nadie.

—Eso también me pregunto yo —intercaló Tane.

—Porque nuestro Sean está hecho todo un dandi —respondió Duscha, dando una libreta pequeña a Anthony—. Marisa dice que te dé esto. Son mensajes con números de teléfono.

—El sábado noche te grabaron, Sean. El vídeo de la despedida se ha hecho viral en las redes.

—¿Cómo?

Duscha sonrió emocionada.

—¡Estás en YouTube!

Todos los Adonis, excepto yo, que era incapaz de reaccionar, buscaron la manera de acceder al vídeo. Estaban disfrutando con la novedad sin ni siquiera intentar disimularlo. Stefano fue el único que me puso la mano sobre el antebrazo, preocupado:

—¿Carolina lo ha visto ya?

¿Cómo iba a saberlo si yo me acababa de enterar?

—Aún no hemos hablado.

—Igual no lo ve —dijo buscando el modo de animarme.

—Igual me corta las pelotas —murmuré para mí.

Dase hizo una mueca con la boca.

—¿No quieres verlo? Se ve que brindáis, que ella se acerca a ti, y tú... parece corresponderle.

Erik asintió de acuerdo con él.

—Esa es la impresión que me da a mí también.

Algo en mi interior, el motor de mi cuerpo, me impulsó a ponerme en movimiento. Tenía muy claro —lo recordaba perfectamente— que yo no había correspondido a ese beso.

«Un beso de cuento», así se titulaba el vídeo de YouTube que una tal Gatita Mimosa había subido. No había ninguna duda de que la persona que aparecía vestido con el plaid de las Tierras Altas era yo. En la imagen salía sonriente, como si lo estuviera pasando fenomenal brindando y besando a la novia. Y era cierto que, por el ángulo que habían tomado para ello, aquel... morreo, como decía Anthony, quedaba a la imaginación de cualquiera.

—No es lo que parece —volví a decir pasándome la lengua sobre los labios. Los sentía resecos y ásperos—. No sabía que iba a besarme hasta que la tuve encima. Después, no supe cómo reaccionar. —Respiré hondo—. ¡Joder! Tampoco pensaba que esto iba a trascender de este modo. Sé que no debía haber brindado. ¡Dios, como me arrepiento de ello!

Erik se cruzó de brazos. Se había puesto de pie y, en ese momento, sí que parecía un vikingo en toda la extensión de la palabra.

—Puede que el novio quiera venir a reclamarte.

Sacudí la cabeza con disgusto.

—Él es el que menos me preocupa. —Miré a mi jefe, si pensaba que iba a hacer esa clase de trabajos, se confundía del todo conmigo—. Anthony...

—No te preocupes, Sean, te entiendo, y sé lo que vas a decirme. Esta agencia es seria y, aunque admito que esto nos proporciona mucha publicidad, respeto tu decisión, y las normas de la empresa. Seguirás siendo tú el que tenga la última decisión en según qué contratos desees firmar, y cuáles no, como siempre.

—Te lo agradezco —respondí, levantándome del sitio—. ¿No podemos hacer algo para que retiren ese vídeo?

Anthony tamborileó los dedos sobre la mesa con un gesto preocupado.

—No te voy a mentir, Sean, pero va a ser muy difícil que lo quiten.

—¡Y que cada minuto tiene más visitas! —exclamó Duscha, que parecía feliz con todo eso.

Anthony se puso en pie.

—Voy a tratar de adivinar quién es la gatita mimosa y veré qué puedo hacer.

—Lo mejor será abandonar el tema —dijo Dase—. Va a ser viral unos días y luego quedará en

el olvido.

Deseé que llevara razón. Una despedida de soltera y un beso con un highlander no podía ser tan importante como... las Navidades, por ejemplo. ¿Cuántas posibilidades había de que Carolina lo viese? No era mucho de mirar tonterías en el móvil. De hecho, habría apostado a que ni siquiera tenía redes sociales. Odiaba ser fotografiada.

Ese año Tane me había regalado el péndulo de la verdad. Consistía en un colgante de plata — por lo menos daba el pego, aunque el cuello se quedara azul verdoso—, al que le hacías una pregunta, y él respondía. Si la cadena hacía círculos, la respuesta a cualquier pregunta era afirmativa. Al contrario era si hacía una línea recta.

—¿Verá Carolina el vídeo? —pregunté, encerrado en mi guarida privada, a la soledad de mi dormitorio.

No os quiero ni contar cómo se puso el dichoso péndulo. Giró de tal manera que temí que me rebanara un trozo de cara si me acercaba mucho. ¡Estaba perdido! Tenía que contarle la verdad antes de que fuese demasiado tarde.

La llamé varias veces ese día. La primera que me lo cogió, fui un cobarde y no me atrevía a decirle nada. Estuvimos hablando de ñoñerías y de cuánto nos echábamos de menos. Las siguientes llamadas fueron más o menos parecidas. Me faltaba el valor para sincerarme.

Capítulo 17

A Carolina no le gustó para nada el comportamiento que tuvo Stephen Montgomery en su noche de bodas. Ciertamente que Bronwyn ordenó a Rab que lo atacase. Era comprensible, estaba asustada y era la primera vez que estaba con un hombre. En esa época, que las novias fueran a la aventura sin saber lo que las esperaba era impensable. Pero él no debió darle el par de azotes como castigo. Seguro que Marta y Beatriz lo hubieran visto normal porque eran fechas de hombres machistas. «Se han adaptado a la realidad», habrían dicho. Sin embargo, verlo escrito no era algo que resultara muy agradable, al menos para Carolina, aunque la bruta de Bronwyn hubiera apuñalado a Stephen en un hombro.

«—¿Quién soy? —preguntó con suavidad.

Stephen respondió con mucha seriedad, como si la pregunta requiriera de muchas cavilaciones.

—Un ángel de ojos azules, que convierte mi vida en un paraíso y un infierno, todo al mismo tiempo».

El silbato anunciando que el tren había llegado a la estación, la sacó de la lectura. Cerró el libro y salió en busca de su propio paraíso. Sean le había llamado tantas veces, que quería darle una sorpresa e invitarle a comer en persona.

Justo cuando llegaba a la residencia, Olivia bajaba el cierre de su *boutique*. La saludó con la mano antes de entrar en la agencia.

—Hola, Marisa. He venido a ver a Sean. ¿Está arriba?

La mujer la miró y asintió, sin dejar de mascar chicle.

—Creo que sí. —Sacó la jaula de Bandido de detrás del mostrador—. Si ha salido, yo no lo he visto.

—Gracias.

Carolina subió las escaleras ansiosa por verle. Se sentía como una niña pequeña en espera de su regalo de Navidad. Miles de mariposas revoloteaban en su estómago.

—Hola, Carolina —saludó Stefano al verla—. Sean no está aquí. Ha salido a comer con el jefe en una reunión de trabajo.

Ella lo miró un poco desilusionada.

—Bueno, supongo que tenía que haber llamado antes. Pretendía darle una sorpresa.

—Palabras textuales de Sean: si me veis en un restaurante, comiendo ensalada y bebiendo agua, es que me tienen secuestrado e intento mandar una señal.

La muchacha sonrió. De su escocés se esperaba cualquier cosa.

—Vendré más tarde, no le digas que he estado aquí. Me he escapado del trabajo un par de horas, pero en un rato debo volver. Mejor le invito a cenar.

Stefano la contempló con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Todavía no lo has visto hoy?

—Aún no.

El veronés estuvo a punto de decir algo, pero pareció pensarlo mejor y respondió:

—No le diré nada, no te preocupes.

Carolina volvió a descender la escalera, esta vez con menos ganas que al subir. Era una pena no haber encontrado a Sean. Se armaría de paciencia hasta que terminase de montar el escaparate que le quedaba y decorase la tienda de muebles que a última hora le habían contratado.

En el vestíbulo, Olivia, Marisa y Duscha observaban con interés algo en la pantalla del portátil que había sobre el mostrador. Las tres cuchicheaban y sus susurros se mezclaban con las risas y voces que provenían del vídeo o película que estaban viendo.

—¡Os veo muy entretenidas!

Las tres levantaron la cabeza a la vez para mirarla

—Sí, bueno, es una tontería de estas que suben a Internet —explicó Marisa.

No supo cuál fue el motivo, pero Carolina se dio cuenta de que las mujeres se habían puesto muy nerviosas de repente. De pronto, el nombre bien claro y definido de Sean salió del audio, seguido de multitud de risas femeninas. Se acercó al ordenador con pasos inseguros. Duscha la detuvo, o quiso detenerla, preguntando dónde estaba trabajando en ese momento. Sin embargo, ella la apartó con suavidad y siguió adelante hasta que su mirada tocó la pantalla. Y la tocó justo cuando Sean bebía algo de una copa de dos asas —luego supo que se trataba de whisky— y besaba a una mujer delgada en toda la boca.

Tragó con dificultad.

—¿Esto de cuándo es?

La única que se atrevió a contestar fue Marisa.

—Del sábado por la noche.

—Me dijo que estaba trabajando —susurró.

—Así es, fue una despedida de soltera.

Carolina abrió sus ojos celestes hasta alcanzar un tamaño considerable.

—¿Es un bailarín exótico?

—¡No! —soltaron las tres como si fueran una sola.

—Sean organizaba la boda para una compatriota. Resulta que la mujer esa —Marisa señaló a la pantalla, pues le había dado a la pausa justo después de que terminaran de besarse—, es la novia.

—¿La novia de quién? —preguntó incrédula.

—Hasta hace poco, la que se iba a casar —comentó Duscha—. Si el afortunado futuro marido también ha visto el vídeo, es posible que la haya dejado para vestir santos. —Olivia le dio con el codo para que se callase, pero la rusa no se percató—. Yo es lo que haría, desde luego.

Carolina no quería creerse lo que acababa de ver.

—¿Sean y ella se enrollaron?

Ninguna contestó. Duscha se encogió de hombros, pues no lo sabía con certeza. Olivia, un poco incómoda, se despidió, ya que por la tarde volvía a abrir la tienda.

—Yo también voy a salir —anunció Marisa mirando a Carolina con un gesto de compasión, al tiempo que cerraba la tapa del portátil y lo guardaba en un cajón bajo llave—. ¿Quieres que vayamos juntas?

—No, gracias —musitó—. Debo volver al trabajo.

Y debía asimilar lo que acababa de ver y tal vez... apuñalar a Sean en el cuello. ¿Cómo había sido capaz de engañarla de esa manera? Encima él había tenido la cara de presentarse esa noche en su casa y fingir que estaba preocupado por ella, cuando en realidad, lo que de verdad le preocupaba era que le había puesto los cuernos con otra mujer. No una traición normal, no. ¡El muy capullo salía en Internet!

Regresó al trabajo, aunque no podía concentrarse en nada. No daba pie con bola. Puso las cintas rosas con las amarillas, que quedaban horribles, y se lió a poner tantos detalles en color mostaza en el pasillo de las lámparas, que parecía una oficina de correos. Al darse cuenta de lo que había hecho, deseó coger un palo, y habría arrasado con todo imaginando que era la cabeza de Sean.

Desde un principio, sabía que no podía fiarse de él. Claro que era distinto a los demás escoceses: él no tenía corazón. Usaba a las mujeres a su antojo y... les mentía. Decía que no bebía whisky, y con sus propios ojos había visto la verdad. Lo que nunca había imaginado. Un vídeo de YouTube había abierto sus ojos de mujer enamorada. ¿Por qué no todos los highlanders podían ser pelirrojos y corrientuchos? ¿Por qué se había dejado engañar por el peor de todos?

Sentada en el sofá de casa, después de su desastroso día de trabajo, miraba la película de *Braveheart* con lágrimas en los ojos. Mel Gibson no estaba tan mal como lo recordaba. Pero lo que en verdad le ponía triste era escuchar el sonido de las gaitas.

Estaba siendo cruel consigo misma. Suficiente era que todo le recordase a él —Cristina le habría hecho ver que tampoco llevaban tanto tiempo—, como para infringirse el castigo del autosufrimiento. Aunque a un tiempo aprovechaba para maldecirle. Su cabeza no dejaba de dar vueltas ideando un plan para vengarse de él.

Otra, en su situación, habría agachado la cabeza, se hubiera resignado y no querría volver a saber nada del tipo que le puso los cuernos. Sobre todo, del que se los puso a la vista de cientos de miles de navegantes internautas. Sin embargo, ella estaba despechada, rabiosa, dolorida. Para más inri, se sentía humillada, engañada... ¡Cómo le hubiera gustado poder lanzarle un mal de

ojo!

Marta se enteró de todo por casualidad. Le había salido recomendado en una aplicación llamada TikTok, y llegó enseguida a su casa. En el preciso momento en que las lágrimas fluían con más fuerza porque Mel Gibson estaba a punto de morir degollado.

—¡Soy la mayor cornuda de España! ¡Solo falta que salga en el telediario o que sea *top trending* en algún canal de televisión! —le gruñó a Marta nada más verla. Eso antes de ponerse a llorar como una boba y echarse en sus brazos para que la consolara—. No tenía que haberme fijado nunca en él.

—Te dijimos que estaba bueno, no que te enamorasas como una pava. Y que, si lo hacías, debías hacerle ver lo especial que eres.

Carolina sorbió por la nariz y se limpió las lágrimas.

—No me lo recuerdes. Él me hizo creer que era especial.

—¿Has hablado con él? —preguntó Marta haciendo que se sentara en el sofá.

—Desde que me he enterado no he querido coger el teléfono. Me conozco: o lo mando a la mierda a gritos, o le suplico que vuelva conmigo.

—Ya sabes lo que pasa si le perdonas una vez.

—Que lo hará más veces. Además —cogió aire con fuerza por la boca—, no puedo caer tan bajo.

Marta asintió. Eso era algo tan obvio como que la lluvia caía para abajo.

—No, no pienso perdonarle. No quiero saber nada de él.

—De todas las maneras, creo que deberías de hablar con él y no enterrar la cabeza en la tierra como un avestruz.

Marta a veces conseguía dejarla boquiabierta con su manera de animar.

—¿Qué clase de comparación es esa?

—La justa y necesaria para una persona a la que le gusta ver documentales —respondió—. Si no te ves con fuerza de enfrentarte a él...

—Claro que me veo con fuerza, pero... no ahora mismo. Y por supuesto que voy a hablar con él. Voy a demostrarle que me importa bien poco que nuestra relación termine. ¿Cuánto llevamos saliendo? ¿Un mes, si llega? ¿Mes y medio a lo sumo? —Marta empezó a hacer gestos con la cabeza, contando en silencio—. No hace falta ser tan exacta, es una fecha aproximada. Lo que quiero decir es que no debería sentirme tan mal como me siento. —De nuevo sus ojos se empañaron y su voz salió estrangulada—. Es que creo que me he enamorado por primera vez, y por eso... me siento morir.

—Se te pasará, Carol, ya lo verás.

—¿Y por qué Sean me sigue llamando después de lo que me ha hecho? —preguntó cuando de nuevo su móvil comenzó a sonar.

—Tal vez no sepa que te has enterado. Envíale un wasap con el enlace del vídeo.

—¿Y qué le digo?

—De momento nada. Si no es imbécil, entenderá que ahora mismo no quieres hablar con él, ni verlo.

—¿Y si insiste?

—Dile que te vea en fotos.

—Digo de cerca.

—Pues que ponga el zoom.

Carolina no pudo por menos que sonreír, aunque no quería. En primer lugar, porque pensó en todas sus caras cuando la fotografiaban, y en segundo, porque Sean ya no tenía ninguna foto.

Capítulo 18

Después de llamar a Carolina varias veces sin poder contactar con ella, supe que, por narices, había tenido que ver el vídeo. Me arrepentía de no habérselo dicho antes. Habría tenido oportunidad de contarle cómo ocurrieron las cosas de verdad, y no que ella malinterpretara todo. El único culpable era yo, y no iba a decir que merecía aquello, pero sé que tenía que haberme abierto a Carolina en alguna de las muchas veces que preguntó qué era lo que me pasaba.

Decidí que lo mejor sería no agobiarla durante un día. No la conocía al cien por cien, porque, incluso aunque hubiéramos vivido un montón de años juntos, era difícil llegar a conocer a una persona hasta esos extremos, pero sí que la conocía lo suficiente como para saber que estaría cabreada.

Estaba sorprendido porque el péndulo de Tane no me había engañado. Sé que algunos lo llamarían coincidencia, pero algo en mí se negaba a pensar eso. Era superstición.

En la casa no se dejaba de hablar del vídeo. Era tan surreal que un acto tan estúpido como ese se hubiera hecho viral, que mi cerebro no podía comprenderlo. Tampoco quería leer los comentarios que la gente continuaba dejando, aunque Tane y Erik me contaron algunos. Unos trataban de mujeres que decían que también eran capaces de romper sus noviazgos por besar a un highlander como él, y otros compadecían al novio por su reciente cornamenta.

—No hay mal que por bien no venga —decía Stefano. Su última novela de escoceses se estaba vendiendo como churros.

Me alegraba de que al menos alguien saliera ganando con ello. Sin embargo, las cosas ese día se pusieron aún peor. Mi padre me llamó por teléfono para avisarme de que al *laird* lo acababan de ingresar en el hospital. No lo pensé ni un momento: me puse en contacto con Anthony para decirle que me tenía que marchar y que anulara los eventos que tenía programados, e hice mi equipaje lo más rápido que pude.

Llamé a Carolina de camino al aeropuerto, y luego, pocos minutos antes de subir al avión. Ella no lo cogió, y me decepcioné muchísimo. Me habría gustado mucho oírla hablar y marcharme con la sensación de que estaría esperándome al regresar.

Lo había intentado y sentía que en mi interior se mezclaba la rabia, el dolor y la desilusión,

amén de la preocupación que tenía por mi abuelo. No me habían querido hablar sobre su gravedad, pero temía no llegar a tiempo de verlo vivo.

Tragué con dificultad, pegué la cara en el cristal de la ventanilla y observé las nubes grises que acariciaban el ala del avión.

Entre escalas y esperas, arribé en Inverness pasada la medianoche. Mi prima, la misma a la que le dio por poner nombres a las moscas, vino a buscarme al aeropuerto.

Nos saludamos, cruzamos varias palabras e intentamos mantener una conversación distendida hasta llegar al hospital, pero ella estaba demasiado nerviosa. Su cuerpo pequeño y delgado iba envuelto en una gabardina larga de color beige que estilizaba mucho su figura. Llevaba el cabello negro recogido en un altísimo moño flojo, y varios mechones que habían escapado rebeldes rozaban sus pómulos.

—¿Tan mal está? —pregunté cuando ni siquiera me dio la opción de pasarme antes por algún lado para refrescarme y cambiarme de ropa.

Asintió. Sus ojos oscuros estaban fijos en la carretera y se esforzaba por mantener la barbilla tensa, pero advertí que temblaba.

—¿No te lo han dicho?

—Un infarto, pero lo habían estabilizado, ¿no?

—Los médicos nos han dicho hace un rato que, si somos creyentes y sabemos rezar, este era el momento de hacerlo. —Me miró con ojos acuosos—. Querían que estuviéramos todos para poder despedirnos de él.

Me froté la frente.

—No habrán querido contármelo para que no estuviera preocupado en el viaje. ¿Lo has visto? Sacudió la cabeza.

—No he... podido entrar. Dicen que no hace más que preguntar por ti, Sean.

Sentí un pellizco en el corazón. Yo era el preferido de mi abuelo, porque me crie a su lado. Mis padres siempre vivieron con el *laird*, mientras que mis tíos vivían fuera.

—¿Quién hay en el hospital?

—Tus padres, mi madre y yo. Mis hermanos no pueden venir, y al resto de la familia los mantenemos informados. Cómo se nota que miras poco el WhatsApp de la *family*.

Podía haber parecido que lo decía de un modo recriminatorio, sin embargo, eran una absurda broma. Yo era el que más memes y mensajes escribía, aunque nadie me contestara.

Llegamos al hospital. Todo estaba en silencio debido a las horas que eran, y tampoco había mucha gente. Mi prima me llevó por uno de los pasillos y pasamos ante un mostrador donde dos mujeres con bata blanca charlaban. Ellas se limitaron a mirarnos sin interrumpir nuestra marcha e imaginé que sabían de sobra a dónde íbamos y quiénes éramos. Alcanzamos un vestíbulo y

enseguida vi a mi madre sentándose en una de las sillas. Ella se dio cuenta de que veníamos por el pasillo, se incorporó con rapidez y llamó a la puerta que tenía más cerca. Unos segundos después, asomó la cabeza de una persona vestida de azul.

—Es mi hijo, acaba de llegar —dijo ella estirando su brazo hacia mí.

Me puse nervioso y en ese momento creo que me di cuenta de lo grave que era la situación.

—Acompáñeme, por favor.

Me quité la cazadora y se la entregué al primero que pillé. Seguí al doctor al interior de una sala. Me entregó una bata de las que se anudan a la espalda y me hizo pasar justo a la primera habitación. Luego supe que pertenecía a cuidados intensivos. Sobre la cama, contemplé a mi abuelo. Tenía una mascarilla de oxígeno que trató de quitarse en cuanto me vio. El doctor no se lo permitió.

—Debe estar tranquilo, si se va a alterar, no tengo más remedio que echar a su nieto de aquí.

El anciano asintió y llevó una mano temblorosa y huesuda hacia mí. La aferré con fuerza y me perdí en su mirada azul.

Carolina no quería que Sean le siguiese llamando porque todavía no era capaz de hablar con él, pero cuando el teléfono se quedó en silencio por el resto del día, se sintió peor de lo que estaba.

No pudo pegar ojo en toda la noche, pensando. No podía ser tan cobarde de no querer saber por qué motivo había besado a esa mujer en los labios. Tal vez tenía una explicación convincente. Quizá es que el whisky, ese que decía que no bebía, le sentaba mal y hacía cosas de las que luego se arrepentía. Pero no tenía necesidad de engañarla de esa manera. Si no deseaba salir con ella, se lo habría dicho.

Se marchó a trabajar temprano. Ese día le tocaba montar un decorado bajo el gigantesco porche de una famosa tienda madrileña. Había elegido algo muy navideño: el interior de la casa de Papá Noel, con sus pequeños amigos los elfos, que montaban regalos para niños.

Debió hacer un esfuerzo bastante grande para centrarse en lo que estaba haciendo, pero al final obtuvo la dicha de ser felicitada por los resultados.

Antes de irse, lo admiró una vez más. El decorado estaba en plena calle y los transeúntes se paraban a contemplarlo para hacerse fotografías con él.

Respiró hondo, sacó el móvil de su bolsillo y comprobó si tenía alguna llamada. Ninguna. Sintió un nudo en la garganta y prefirió ir a casa dando un paseo. Eso la obligaba a pasar cerca de La Latina. En verdad era eso lo que quería. Deseaba ver a Sean y que él la viese, aunque no se atreviera a presentarse directamente en su casa. De algún modo necesitaba hacerle daño. Que lo pasara tan mal como lo estaba pasando ella.

¿Desde cuándo se había vuelto tan arpía? No. Se mentía a sí misma. Tampoco quería hacerle daño. Tan solo que las cosas volvieran a ser como unos días antes. Pasear juntos de la mano.

Buscar esos bares y restaurantes que él decía que cambiaban de calle de la noche a la mañana. Viajar en el metro mientras charlaban, o simplemente observar al resto del mundo desde su paraíso privado.

Ese día Carolina no lo llegó a ver, y al día siguiente tampoco, y eso que se hacía la remolona y caminaba como si siguiera la estela de una hilera de caracoles cuando cruzaba la calle. De forma mecánica sus ojos azules volaban hasta el balcón del escocés. Le pareció extraño que siempre se encontrara cerrado, sin un atisbo de luz que fluyese de dentro.

Admitía que lo echaba mucho de menos.

A quien sí vio en ambas ocasiones fue al australiano que o bien entraba, o bien salía de la *boutique* del queso. Era difícil no reparar en su enorme estructura, o en las rastas que coronaban su cabeza morena.

Una de las veces vio a Marisa y a Arnold saliendo juntos de Adonis House.

No se acercó en ninguna de esas ocasiones para preguntar por Sean, pues no dejaba de repetirse que no era ella quien debía buscarlo, aunque sí fuese la que necesitara una explicación.

Sin embargo, al cuarto día de pasar bajo su terraza y ver que nada había cambiado, llegó a su casa y, sin quitarse el abrigo siquiera, lo llamó preocupada.

El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Supuso que estaría en algún evento.

«Bronwyn sólo sentía dolor por haber perdido a Stephen. Tal vez él sería más feliz en Inglaterra, donde estaba su familia y no se veía obligado a luchar sólo para sobrevivir. Con frecuencia se llevaba la mano al vientre, preguntándose cuándo empezaría a hincharse».

Carolina tuvo un ataque de llanto. ¿Cómo se le ocurría leer algo tan triste en ese momento? Stephen y Bronwyn se amaban y no era justo que se separasen de esa manera. Distintos eran ella y Sean. Por su parte, había puesto toda la carne en el asador creyendo que él también lo hacía, en cambio no había sido así. Sean había tenido muy claro desde el principio que no quería nada serio. Se iba a marchar en verano.

Respiró profundo y continuó leyendo. Beatriz había salido fuera de Madrid, aunque había dicho que iba a hacer todo lo posible por regresar para las campanadas de fin de año. Al contrario que Marta, que se marchaba a Grecia con su padre. Marta había insistido en que se marchase con ella, y por primera vez, Carolina se lo estaba pensando en serio. Si todavía no había respondido, solo era porque esperaba que Sean le hablase.

Roger secuestró a Bronwyn. Carolina hizo un amago de sonrisa. Eso significaba que Stephen debía ir a salvar a su esposa.

Apartó el libro y llamó de nuevo a Sean. Esta vez sí que dio llamada. Su corazón comenzó a galopar frenético. Pero se detuvo de golpe cuando él cortó en seco.

Estaba claro que no quería tener nada que ver con ella.

—¡Encima de que el infiel has sido tú, tienes la poca vergüenza de evitarme!

Tan furiosa que se podría llamar a sí misma el Reventador —volcán en activo de Ecuador—,

se preparó un baño de sales con mucha espuma. Prendió varias velas que diseminó por el cuarto y buscó en la nevera algo de beber, que pudiera echarse en una copa grande, de esas que usaban las actrices de cine. Al final se conformó con leche en un vaso de tubo. Se dio cuenta de que era muy poco glamurosa.

Una vez hundida en la bañera, con el agua hasta el cuello y la espuma metiéndose por los oídos y la boca, cerró los ojos. En ese momento alguien llamó por teléfono. Gruñó y se levantó tirando agua por el borde. Había dejado el móvil sobre la funda azul de la tapadera del váter. Se limpió deprisa con la toalla y descolgó creyendo que era Marta.

—¿Sí? —respondió, dándose cuenta de que podía haber mirado quién era. Si se trataba de alguna compañía de teléfono, su enfado iba a crecer de forma irremediable.

—¿Carolina? —La voz de Sean y ese acento que lograba volverla loca, hizo que se quedara paralizada—. Hola, Carolina. ¿Estás ahí?

—¡Sí! ¡Hola, Sean! —susurró mirándose en el espejo. Ahogó una exclamación. El cristal devolvió su reflejo. Una barba blanca y espesa cubría su delgado mentón. La limpió con la toalla. El pulso latía incontrolable.

—He visto que me has llamado antes. No he podido cogerlo. Carolina, yo... —Una voz femenina se coló en la línea. No pudo entender lo que decía. No hablaba ni español ni inglés. Y Sean le respondió con voz suave y cariñosa—. Tengo que irme, Carolina. Te llamo más tarde y charlamos.

—Si estás ocupado, no hace falta —soltó con prepotencia—. No quiero molestarte. Además, voy a salir, he quedado con las chicas y no creo que pueda coger el teléfono.

Sean guardó silencio por unos largos segundos, luego respondió:

—Adiós, Carolina. Pásalo bien.

Ella contempló la pantalla del teléfono sin mover ni un solo músculo. Se encontraba desnuda en medio del baño, con la espuma chorreando por todo su cuerpo y el vaho flotando como una nube, adhiriéndose a los azulejos y al espejo.

Marta acudió rauda a una llamada suya. Esa vez fue acompañada de una tarta de bizcocho con cobertura de chocolate negro.

—La he hecho esta tarde —decía mientras servía dos abundantes porciones en un par de platos—. Cuentan que las penas con pan, son menos penas. En este caso, con un delicioso pastel de chocolate.

—Tiene muy buena pinta. —La voz de Carolina, sentada en el sofá en una postura infantil, sonó ligeramente áspera.

—Y mejor sabe, ya lo verás. Tiene un poco de jengibre y ron con pasas.

Marta no solo adoraba la cocina, sino que tenía muy buena mano para ella, aparte de crear

bellas obras de arte en su presentación. Hacer las prácticas y los cursos de cocina en Grecia no era más que una formalidad para lograr la titulación profesional del grado de Gastronomía, y poder abrir su propio negocio.

—Estoy pensando que menos mal que no vivimos juntas, a estas alturas habría engordado dieciocho kilos.

—El secreto está en llevar una dieta equilibrada y sana. —Le entregó una cucharilla y se sentó a su lado—. Pero no estoy aquí para hablar de comida y alimentos. Dime, ¿has hablado con el *del beso de cuento*?

Carolina se encogió de hombros.

—Lo que se dice hablar, no. Supongo que tampoco hace mucha falta. Él está con la escocesa, la gatita mimosa o una de sus compatriotas. La he escuchado hablar por teléfono.

—¿Por qué sabes que era alguna de...?

—Hablaban en gaélico. —Hizo una mueca de pesar con los labios—. Blanco y en botella.

—Puede que te confundas y que esté en algún evento.

—Sería mucha coincidencia, ¿no?

Marta se enfadó ante el comentario de Carolina.

—¡Llevas razón! ¡Me dan ganas de ir a verlo y decirle cuatro cosas por cabrón y mala persona!

—Te tenía que haber hecho caso cuando decías que no fuera tan deprisa con él. ¡Parecía tan sincero conmigo! —lloriqueó—. Me habló de su casa...

Marta la interrumpió.

—No es raro. Suele hablar de su castillo en sus conferencias.

—¡Pero también de sus padres! Me contó anécdotas de cuando era pequeño y la devoción que siente por su abuelo, el *laird*.

—¿Cuándo has hablado con él, no le has preguntado por qué te ha hecho esto?

—Lo he intentado, pero me ha dicho que se tenía que marchar... con esa bruja.

—¡De verdad que no esperaba eso de Sean! Para un highlander que está bueno...

—Yo tampoco lo había esperado —musitó Carolina con voz temblorosa—. Tampoco es el fin del mundo.

—¿Te vas a rendir?

—Marta, ha sido él quien me ha engañado.

—¡Por eso! ¡No se puede ir de rositas! Tienes que demostrarle que no eres imbécil.

—Gracias, pero no soy ninguna imbécil, Marta.

—Sí, yo lo sé. Pero es a él a quién hay que demostrárselo. No puede usar a las mujeres de esa manera, y mucho menos, no dar la cara como un hombre.

Carolina pestañeó confusa. Se metió un buen pedazo de pastel en la boca y se limpió las migas con el dorso de la mano.

—¿Qué sugieres que haga?

Marta elevó los ojos al techo unos segundos, mientras en su cabeza se fraguaba un plan.

—Bronwyn...

—No —negó, dejando plato y cuchara sobre la mesa—. Stephen se ha ido y ella ha regresado a su hogar, resignada por haberlo perdido.

Marta clavó en ella sus ojos claros, con el ceño fruncido.

—Pero...

—Y no pienso ponerme en peligro ni hacer que me secuestren, solo para que él, Sean, venga a salvarme. Me niego en redondo.

—Lena, la mujer de mi primo Ismael, sabe hacer muñecos de vudú. Le podemos decir que haga uno del highlander.

—No creo en esas cosas —recordó.

—No, tú no, pero él sí. Imagínate que te ve en la puerta de su casa... jugando con el muñeco.

—Tendría que ser mejor debajo de su ventana.

—Vale, debajo de la ventana entonces —dijo Marta con una sonrisa maligna dibujada en sus bonitos labios rosados.

Carolina intuyó que su amiga estaba disfrutando con todo eso. Lo hacía, porque en las relaciones que había tenido, siempre ella era la que había dejado y nunca al revés

—No creo que pueda hacerlo. Me da pena meterle miedo con esos temas. No sería noble por mi parte.

—¿Pena? —Marta la miró incrédula—. Por lo pronto, debes bloquear su número de teléfono. ¿A qué aún no lo has hecho?

—Se me había pasado por la cabeza, pero ¿y si vuelve a llamarme? Todavía quiero que me explique qué ha pasado y por qué le gusta tanto esa escocesa.

—Ah, pues le preguntas que por qué a ella le da todo y a ti nada.

—¡No seas cruel! —se quejó Carolina—. Sé que lo que acabas de decir es de una canción de... alguien. Marta, esta vez voy a hacer las cosas a mi manera. Nada de vudú, ni de magia negra. Si no me llama hoy, mañana mismo me presento en su casa y hablo con él.

Marta sonrió y continuó comiendo pastel.

—Eso es lo que deberías haber hecho desde el principio.

Sabía que Marta tenía las mejores intenciones del mundo, aunque por norma, todos los consejos que le había dado desde que comenzara a salir con Sean, no habían sido muy acertados.

Capítulo 19

Contemplé el dormitorio como el que contempla un lago con la vista perdida, sin nada que pudiese llamar la atención. Estaba todo tal y como lo había dejado. Tampoco es que hubiera estado mucho tiempo fuera. Y, al parecer, Arnold no había escogido esta vez mi cuarto para pasar las noches. Seguramente porque Erik se había marchado ya, y era con él con quien mejor se llevaba de todos. Él le habría ofrecido su habitación.

Sentí ruidos a mi espalda y, al darme la vuelta, vi que Dase se acercaba hacia mí. Caminaba despacio, con paso elegante. Me recordó al caminar de los tigres, esbeltos, orgullosos...

—Lamento mucho lo de tu abuelo, Sean —dijo al llegar a mi altura. Sus ojos oscuros no mentían. Nos abrazamos con afecto y asentí.

—Lo sé.

—Me hubiera gustado mucho poder acompañarte.

—Tranquilo, Dase. De verdad que os tuve conmigo en todo momento. Vuestras conversaciones me han animado mucho.

Me tembló la voz por la emoción y dejé de hablar por un momento. Siempre había pensado que, cuando uno alcanzaba cierta edad, las lágrimas y el llanto desaparecían. O yo no había alcanzado esa edad, o es que era un sensiblero.

—¿Cómo están tus padres? —me preguntó con interés.

—No muy bien, pero tendrán que hacerse a la idea.

—Soy bastante pésimo para estas cosas, Sean.

—A mí me hubiera pasado igual. Cuando una persona muere, uno no sabe qué decir. Es muy difícil dar ánimos. Lo importante es la compañía. ¿Tomarías una copa conmigo?

Dase asintió y saqué la botella que escondía en un rincón del armario. Él se fue a buscar un par de vasos de chupito y regresó. Los puso sobre el escritorio y los llené hasta arriba.

—Brindemos por tu abuelo —dijo alzando su vaso.

El nudo de la garganta que traía conmigo desde Inverness me apretó amenazando con ahogarme. Se me estaba haciendo conocido ese dolor hondo. Había aparecido justo en el mismo momento en el que el corazón del anciano dejó de latir. Sus últimas palabras —«al final me

muero sin conocer a la mujer que te va a hacer feliz»— me perseguían como un depredador en busca de comida.

—Por el *laird* —brindé.

Ambos tragamos el Macallan de golpe.

—Hola, Sean. —Marisa nos interrumpió, incómoda. Movía la boca con su habitual mascar de chicle—. Acaba de venir tu novia. Le he dicho que suba, pero prefiere que bajes tú.

No lo esperaba.

—Gracias.

—Ve —me dijo Dase colocando la maleta sobre la cama—, yo cierro tu dormitorio.

Dejé el vaso sobre el escritorio y fui a encontrarme con ella. Por unas cosas y otras, al final no había podido decirle nada. Lo del vídeo me había parecido una ridiculez frente a la tragedia que acababa de vivir. Mi abuelo había fallecido.

Esos días no había parado de repetirme que no era tan mayor. El *laird* no consumía tabaco y comía sano —lo que servía mi madre en casa—. No se le conocían otra clase de vicios. De hecho, había dejado de beber alcohol hacía años. Me había dado tiempo a despedirme de él. Ese era mi mayor consuelo, aunque nada podía calmar el dolor que sentía. El *laird* me había dejado un vacío muy grande. Una brecha que no sabía si algún día iba a cerrarse, pues él había sido como mi segundo padre. Con el *laird* había dado mis primeros pasos. Con él había probado el café e incluso el pastel de carne aun cuando no tenía dientes.

Carolina estaba en recepción y contemplaba la calle con aire distraído. Vestía una original cazadora. La había visto más veces y me gustaba. Era una mezcla de vaquero y cuero de la que colgaban retazos de piel sintética, que se confundían con los mechones rubios de su pelo. La llamé, esperando que se diese la vuelta hacia a mí y me abrazase. El calor de su abrazo era una de las cosas que más necesitaba. Sin embargo, ella giró la cabeza y sus ojos, de un azul helado, me traspasaron hasta el alma.

—¿Por qué te has portado así conmigo? —preguntó sin dedicarme ni siquiera un saludo.

Sabía que estaba hablando del vídeo y, por un momento, no pude creerlo. No tenía ni la cabeza ni el cuerpo para eso. Se me pasó por la mente que no se había enterado de mi desgracia.

—Te estuve llamando para explicarte.

Carolina caminó hacia mí y se quedó en un lugar desde donde no tuviera que alzar la cabeza para mirarme. Cruzó los brazos sobre el pecho con el mentón erguido.

—Pues he venido yo para enterarme de la verdad. ¿Qué es lo que hay entre vosotros?

—¿De verdad quieres que hablemos de eso ahora? —Ella asintió y yo imité su gesto—. ¿Subimos arriba o vamos a otro lugar?

—Prefiero quedarme aquí. No creo que sea muy largo lo que tienes que contarme.

—Carolina, puedo entender tu enfado, pero acabo de llegar de viaje y necesito sentarme en algún sitio tranquilo.

—Esa es la excusa de hoy. La del otro día era la compañía de la gatita mimosa. ¿Cuál será la

de mañana?

Me pasé la mano por la cabeza intentando encontrar la paciencia suficiente para soportar aquello.

—Sé que estás muy enfadada conmigo, pero lo de la grabación no fue culpa mía. Yo no besé a esa mujer...

Carolina soltó una carcajada irónica y sacudió la cabeza.

—A mí no me pareció eso.

—Lo sé.

—Y el vídeo no estaba manipulado.

—No lo estaba —admití—. Fue ella la que me besó, y culpa mía fue no apartarme o fingir que no importaba. Estaba trabajando y...

Carolina caminó hacia la puerta con pasos largos y disgustados, como si no quisiera seguir escuchándome. Pero, antes de salir, volvió la cara hacia mí una vez más.

—¿Es por eso qué, cuando te llamé, la escuché a ella hablar por teléfono? Dime la verdad Sean, ¿estuviste ayer con la escocesa?

Sabía que no debía enfadarme. Podía entender cómo estaba y, tal vez, lo dolida que se sentía, pero ese día yo no estaba pasando por mi mejor momento, y todas esas acusaciones me tocaron el alma como si se tratara de un cuchillo que raspa y raspa hasta que encuentra un trozo de carne por donde penetrar. Y entró en mí de manera brutal.

—Sí, y no estuve con una escocesa, estuve con muchas más. De hecho, acabo de llegar de Escocia. Si quieres podemos seguir hablando en otro lugar, de lo contrario te pido que me...

Carolina se dio la vuelta, agarró el tirador de la puerta y salió sin decir nada más. La observé a través del cristal. Caminaba firme, con pasos seguros. La melena rubia flotando detrás de sí, golpeando su espalda con cada zancada.

Maldije con un gruñido y según fui hacia la escalera, golpeé con un puño la pared que quedaba más cerca. Me encerré en mi dormitorio, cogí la botella de whisky y ni siquiera me molesté en coger un vaso.

Carolina caminaba tan furiosa que estuvo a punto de tropezarse con una persona. Se detuvo a tiempo y alzó la vista para disculparse. Reconoció enseguida a Abril.

—Perdona, no te vi —dijo en un murmullo ahogado.

—No pasa nada. ¿Estás bien? —preguntó la novia de Stefano observando los ojos llorosos de la decoradora de escaparates. La joven asintió sin pronunciar palabra—. Ven conmigo, Carolina, no estás nada bien. Vamos a tomar un café. —Con sutileza, la empujó hacia la cafetería—. ¿Ha llegado ya Sean? Yo también he venido a verlo para hacerle compañía e intentar animarle.

Carolina frunció el ceño. No quería enfadarse con Abril, pero ¿era él quién lo estaba pasando

mal, cuando la engañada era ella? Prefirió no decir nada y pidió un té con leche cuando el camarero preguntó qué iba a tomar. Abril pidió otro té y ambas se sentaron en una de las mesas.

—Stefano estuvo bastante mal por no haber podido estar con Sean, pero no era fácil viajar a Escocia. Queríamos anular el viaje a Italia que teníamos programado, pero ya sabes cómo es Sean, se puso en plan terco, digno de los escoceses de las Tierras Altas —bromeó con una sonrisa—, y prohibió que lo hiciéramos. Aun así, lo hemos retrasado unos días. —Carolina no estaba entendiendo nada—. ¿Lo has visto?

Asintió.

—Acabo de hablar con él.

—¿Y cómo se encuentra? Solo espero que no se le ocurra llorar delante de mí porque, si no, terminaré llorando yo también.

—¿Por qué iba a llorar? —preguntó. No imaginaba a Sean tan sensible, llorando solo porque hubieran roto, o discutido, o lo que hubiera pasado entre ellos.

—Me han dicho que estaba muy unido a su abuelo.

El corazón de Carolina se saltó un latido, y sintió como en el estómago se iba formando una bola que, a cada segundo, iba creciendo más y más.

—¿El *laird*? ¿Le ha pasado algo?

Esta vez fue Abril quien pestañeó con desconcierto y sacudió la cabeza.

—¿No lo sabes? Sean tuvo que regresar a su país el otro día. Su abuelo sufrió un infarto y... —Carolina sacudió la cabeza. Le faltaba el aire para respirar—. Falleció —terminó de decir con voz suave.

La joven se llevó la mano a una boca, temblorosa. Los ojos azules se anegaron de lágrimas.

—No sabía nada —susurró—. Acabo de estar con él y...

Solo había pensado en ella. Había entrado en la recepción de Adonis como un elefante en una cacharrería y ni siquiera había prestado atención a Sean, tan ensimismada estaba con escuchar su explicación. Cerró los ojos tratando de visualizar y recordar su conversación. Él le había dicho que estaba cansado, y la verdad es que parecía que estaba destrozado. Tragó con dificultad.

—Abril, he sido cruel con él. No lo he vuelto a ver desde que vi el vídeo de YouTube y no hemos podido hablar. No sabía que su abuelo estuviera mal. —Ahogó un sollozo—. Sé cuánto lo quería y... —Comprendía que Sean se enfadara con ella. Se acababa de comportar como una estúpida y su respuesta de que había estado con muchas escocesas era más que merecida. Su madre lo era—. Me habló mucho del *laird*. Era una de las personas más especiales de su vida.

Abril alargó las manos por encima de la mesa para agarrar la de ella.

—Sean no te lo tomará en cuenta, estoy segura. Él estaba muy preocupado por tener que marcharse sin poder hablar contigo. Si las cosas no hubieran ocurrido así, seguro que se habría presentado en tu casa y te habría obligado a aceptar sus disculpas. O lo que es peor: te hubiera dado una serenata con la gaita.

Carolina intentó sonreír, pero estaba demasiado triste para eso. No paraba de pensar en que

tenía que haber estado al lado de Sean en aquel terrible momento. Si le hubiera cogido el teléfono aquel día...

—Me voy a marchar a casa —dijo poniéndose en pie.

Abril también se levantó.

—¿No quieres que entremos juntas en la residencia?

—No. Me he comportado como una imbécil y no... me atrevo. Si tienes la ocasión, le das el pésame de mi parte.

—Deberías hacerlo tú.

—Lo sé, pero no puedo, de verdad. Me siento demasiado ridícula.

Abril asintió y le dio un abrazo.

—Sé que arreglareis las cosas. Sean estaba muy ilusionado con lo vuestro.

Carolina pestañeó con fuerza para retirar el exceso de lágrimas y se encogió de hombros. No estaba muy convencida de ello.

Capítulo 20

A Cristina y a Paula solo les faltó atar y amordazar a su amiga Carolina para llevarla al parque temático del sur de Madrid. Una de ellas había conseguido entradas y, aparte de querer aprovecharlas, querían animar a Carolina y sacarla del profundo abismo en el que había caído.

Las dos eran unos años más jóvenes que ella. Las típicas personas que hacían amigos en todos los sitios y, palabras textuales de la misma Carolina, eran asquerosamente sociables. De ahí la razón por la que la mayoría de la gente se portara bien con ellas. Conseguían hacer brillar cualquier lugar por muy oscuro y deprimente que fuese.

—¡Es día de chicas! —chilló Paula saliendo del coche con agilidad.

Diciembre era una época muy bonita para visitar el parque. Todo lo habían decorado con árboles, cintas, y bolas de Navidad. Incluso en la entrada, recibiendo a los visitantes, un enorme y gigantesco gorro rojo de Papá Noel presidía la fachada.

El ambiente era festivo. Tanto los niños como los adultos no podían ocultar su entusiasmo, y Carolina, a pesar de no tener mucho ánimo para nada, también sintió esa chispita de emoción dentro de sí. Se puso la mochila en el hombro y caminó junto a las muchachas en dirección a las taquillas de la entrada. Tuvieron que hacer un poco de fila y, antes de pasar, les registraron los bolsos. Estaba prohibida la entrada de alimentos y bebidas, por lo que no había más remedio que consumir lo que el mismo parque proporcionaba.

Accedieron a las instalaciones, y una chica vestida de verde tomó una fotografía de las tres. Carolina sacó la lengua y colocó dos dedos con la señal de la victoria. Paula la imitó. Cristina fue la única que posó cual modelo, y hubo quien la contempló con admiración. Después de las fotografías de rigor, cruzaron por una plaza donde había una fuente de burbujeante agua y una calle llena de tiendas, todas ellas decoradas con muérdago y cintas de colores.

Hacía frío y mucha gente se concentraba en la entrada de una chocolatería, que desprendía un olor delicioso. Ellas, guiadas por Paula, recorrieron el parque y sus atracciones.

Carolina no era muy fan de montar en los aparatos, sobre todo en aquellos que giraban y giraban, por lo que, en muchas de estas atracciones, prefería quedarse a esperar a sus amigas con los bolsos.

Por el día aprovecharon para conocerlo todo, ya que era un lugar bastante grande. Por la tarde la gente se multiplicaba, pues muchos venían después de comer para no hacer gasto en el parque, y también porque en la tarde comenzaban los espectáculos.

Las chicas comieron en un puesto de bocadillos y se fueron al teatro chino donde proyectaban una película de superhéroes en tres dimensiones. Poco antes de entrar en la calle, Carolina vio de refilón que Paula hacía una señal rara a Cristina. Sintió curiosidad por saber de qué se trataba, y al observar bien la zona, descubrió un cartel gigantesco que anunciaba una presentación sobre las Tierras Altas de Escocia.

—No sabíamos nada, Carol —susurró Cristina tomándola del brazo, para que continuara caminando hacia el teatro chino.

Sin poder despegar sus ojos azules del cartel, le dio tiempo a leer el nombre de Sean McArthur como dialogador, junto a otras personas. Su corazón brincó en el pecho. ¡Sean estaba en el parque!

—Ese lugar nos lo saltamos —anunció Paula con una sonrisa—. Además, ya sabéis que yo quiero entrar en la casa Warren y ver los expedientes y a la famosa Anabelle. Y, por supuesto, no me podéis dejar sola.

Carolina se dejó llevar por sus amigas. De manera mecánica cogió las gafas de plástico que le dieron para ver la película, y tomaron asiento en las butacas de terciopelo rojo que llenaban el extenso teatro. Saber que Sean estaba muy cerca despertó dentro de ella un montón de sensaciones diferentes. Inquietud, curiosidad, alegría... Tenía que verlo. Necesitaba verlo.

La película de Wonder Woman, la Mujer Maravilla, se le hizo larguísima a pesar de que no duró ni quince minutos. Se trataba de una especie de tráiler o resumen del film original.

—Sí que quiero ir a escuchar la charla sobre Escocia —dijo sin sorprender a ninguna de sus amigas.

—Me parece justo, si luego entras conmigo a la casa Warren. Cristina es una miedica y no se atreve a acompañarme.

—¡No es que sea una miedica! —se quejó la otra—. Es solo que no entiendo para qué voy a pasar miedo innecesariamente. Prefiero mil veces subirme a la lanzadera. ¿Sabéis que es la más grande de Europa? En Amusement Park no hay nada igual.

—En tu Phoenix querido no hay nada igual —desafió Paula.

Cristina sonrió y sus ojos claros chispearon. Eran tan bonita que era inevitable que hasta Carolina sintiera una punzada de celos. Era hija de padres divorciados. Su madre, exmodelo, vivía en Arizona, y se podía decir que era el segundo hogar de la muchacha.

—Hay unos caballos preciosos, y unas montañas que quitan el hipo. —Levantó la cabeza como si diera un respingo y señaló la fila para entrar en el lugar donde iban a charlar los escoceses. Agitó su larga melena dorada—. Tenemos que darnos prisa o nos quedaremos en las puertas.

Las tres echaron a correr. Paula tiraba de Carolina para que acelerase el paso y, sin darse

cuenta, chocaron contra un muro de piedra, solo que no era un muro de piedra, era un hombre de cabello castaño y ojos azules, que se volvió en ese momento a mirarlas. Carolina lo reconoció antes de alzar los ojos a los de él. El olor de su colonia varonil era inconfundible. Lo miró a la cara y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Él parecía extrañado de verla y, aunque en su frente se habían dibujado varias arrugas, su boca enseguida formó la bonita sonrisa que a ella tanto le gustaba.

—¡Sean!

—¡Carolina! ¿Qué haces aquí?

—Mis amigas me han arrastrado al parque. —Se sintió estúpida diciendo eso, pero era la verdad—. He visto el cartel, e íbamos a verte.

—Y si no nos damos prisa, nos quedamos fuera, y no podremos entrar hasta el próximo espectáculo —insistió Paula—. ¡Eh, espera! —Miró a Carolina con sorpresa—. ¿Él es Sean?

La joven se ruborizó. Asintió mordiéndose el labio inferior.

—Ya no hago más espectáculos —dijo él, con un encogimiento de hombros—. Este es el último de hoy.

—Entonces, yo me voy poniendo en la cola —avisó Paula echando a correr hacia la entrada.

Cristina alargó la mano hacia el escocés y él se la estrechó con un gesto amable.

—Tenía ganas de conocerte. Carolina nos ha hablado mucho de ti. —Sonrió a su amiga—. Me voy con Paula. Te esperamos allí.

Carolina asintió, y con timidez, volvió la cara hacia Sean.

—Siento de veras lo del *laird*. No tenía ni idea de lo que había pasado. Espero que... puedas perdonarme.

Por unos segundos, la mirada del highlander se oscureció con angustia, pero enseguida sus lagunas azules adquirieron su color original.

—Está todo bien, Carolina —dijo con su precioso acento—. Me ha encantado verte otra vez.

—A mí también —respondió ella.

Una mujer pelirroja, muy bonita, vestida de campesina escocesa, se acercó a ellos.

—Sean, debes ir cambiándote. Tenemos que entrar ya.

Él asintió. Carolina se apartó un poco. En su garganta se había formado un angustioso nudo. Sean la trataba igual de caballeroso que siempre, aunque ella sabía que todo era distinto entre ellos. Como dos viejos amigos que se reencuentran, pero que no tienen nada que decirse.

—Bueno, me marcho ya con ellas. Te deseo mucha suerte.

—Gracias.

Carolina le dio la espalda y sintió ganas de llorar. Había esperado que Sean le dijera que la iba a llamar, o que tal vez podían verse después. Sin embargo, no dijo nada.

Volvió la cabeza hacia atrás. Él continuaba quieto en el mismo sitio donde lo había dejado, mirándola. Levantó una mano para despedirla.

Fui sincero al decirle a Carolina que me había alegrado mucho de verla. La echaba terriblemente de menos y me pasaba el día recordándola. Pero no la llamaba. No me atrevía a hacerlo después de la última vez que nos habíamos visto.

Mi abuelo me habría dicho que forzar las cosas no hubiera servido de nada, y que nadie puede obligar a una persona a hacer lo que no desea. Y tenía muy claro que Carolina no deseaba estar conmigo después de lo del maldito vídeo de YouTube.

Terminé el espectáculo del parque. Fue todo un éxito descubrir la cantidad de gente que había acudido. Reconozco que estaba nervioso porque sabía que ella estaba allí, en algún lugar, sentada entre la gente, en las sombras. Por eso, cuando acabé la actuación, me cambié rápido con la intención de verla una vez más. Salí por la puerta de los actores y observé a la gente que cruzaba las dobles puertas en busca de otras actuaciones o de montarse en alguna de las atracciones.

Descubrí al trío por encima de algunas cabezas. Carolina parecía estar buscando a alguien y supuse, aunque sonara feo decirlo, que se trataba de mí. Creí ver desilusión en su rostro de porcelana y como la luz de sus pupilas se apagan.

Quise acercarme y entablar una conversación, sin embargo, me faltó el valor y las seguí desde una distancia bastante prudente. Ellas, ajenas a mi presencia, recorrieron el parque hasta detenerse en las taquillas de la casa del terror. Sonreí para mí mismo. ¡Qué injusto era todo! ¡No tenían otra atracción más que ir, que la de expediente Warren!

Una voz en mi interior me preguntaba qué era lo que estaba haciendo acechando desde las sombras, con una bolsa de tela grande colgada de un hombro y la gaita del otro. Sacudí la cabeza y me dirigí a la salida. Había alquilado un coche. No era la primera vez que me contrataban en el parque temático y conocía a algunos de los trabajadores. Muchos eran bailarines profesionales, profesores de danza, aprendices de arte dramático, actores consumados y jovencitos que disfrutaban de su primer curro.

—¿Ya te marchas, Sean? —preguntó uno de los fotógrafos de la entrada, con aire jovial.

Asentí. En un acto reflejo, mis ojos volaron a los murales donde colgaban los retratos. A Carolina no le gustaba salir en ellas, pero quizá por sus amigas había cedido y se había dejado fotografiar. Me arrimé a mirar más de cerca. Me costó bastante encontrarlas entre tantas caras, pero finalmente las vi. Ella hacía el tonto, como era habitual, posando a desgana. Verla de esa guisa me sacó una sonrisa.

Di un paso hacia la salida afianzando en el hombro la gaita, y volví a detenerme justo al llegar al torno. No podía explicarlo, pero era como si unos hilos invisibles tiraran de mí, obligándome a dar la vuelta. ¡Pero joder! Carolina estaba a punto de entrar en la peor atracción de todas, al menos para mí. ¡Ni harlo de whisky iba a pasar a buscarla!

Pensando en eso, cuando me quise dar cuenta, había llegado a la plazoleta donde estaba la casa. El edificio de los Warren imitaba a una vivienda del salvaje oeste americano, con porche de

madera desvencijada, balaustrada verde, escalones hechos de tablas mal puestas... Toda la piel se me ponía de gallina al mirarla. De pronto, las vi atravesar la puerta de entrada y me lancé a la carrera con la intención de detenerlas, pero entre el bullicio y la gente no me vieron y, cuando llegué, ya era demasiado tarde.

—¿Qué tal, Sean? ¿Quieres entrar?

Conocía al chaval que recogía las entradas. Habíamos coincidido en la comida. Los empleados de las tiendas y los restaurantes eran los únicos que tenían puestos fijos. Los de las atracciones y los que se dedicaban al espectáculo solían rotar por diferentes lugares. Era mi oportunidad. Carolina se encontraba en el interior. También estaban las cosas que menos me gustaban del mundo. Espíritus malignos que ansiaban robar las almas de los pobres mortales. Sí, quizá yo era el único que pensaba aquello. No podía evitar sentir acojone.

—Carolina y Paula acaban de entrar —me anunció una voz femenina, como si yo no me hubiera dado cuenta de ese hecho. La miré. Era una de las amigas que se había quedado fuera cargando con los bolsos de las otras. Una joven muy bonita que tenía hipnotizado al muchacho y a un par de tíos más, que la contemplaban con ojos de pánfilos—. Si quieres me quedo con tus cosas.

El corazón me golpeaba en la garganta con terror.

—Si no pasas, Sean, debes quitarte de en medio. —El chaval me hizo una señal con la mano indicándome un sitio libre—. Si te das prisa, aún puedes alcanzar al último grupo donde van ellas.

—¿Esto da mucho miedo? —pregunté con una voz que no reconocí como mía.

—¡Qué va!

Cogí aire con fuerza por la nariz, me armé de valor, y le dejé mi bolsa. La gaita no. Mi tesoro iba conmigo incluso a la muerte. Sin pensarlo un segundo más, ¡y cómo no, haciéndome el valiente! entré en la casa.

Preferí ir del tirón, sin mirar mucho todo lo que tenía a mi alrededor. A cada paso que daba, me acompañaban espeluznantes susurros, gritos aterradores y sonidos espectrales. Creí escuchar la voz de un exorcista que venía desde algún lugar, gritando:

—¡CUATRO ESQUINITAS TIENE MI CAMA, CUATRO ANGELITOS QUE ME LA GUARDAN! ¡FUERAAA! —La a la alargaba de forma exagerada—. ¡HIJO DE SANTA CLAUS!

Aceleré el paso con todos los pelos del cuerpo de punta. Cada habitación contenía más sombras que la otra, hasta que me detuve en seco cuando mis piernas golpearon con el piecero de una enorme cama de hierro. Las sábanas estaban revueltas y entre ellas había una mujer tan fea como los pies de otro, que me observaba demacrada y con pelos de loca.

—No te muevas de ahí —le advertí estirando el brazo para que no intentara acercarse, al tiempo que vigilaba todos los flancos—. He venido a buscar a mi novia y no quiero morir antes de hablar con ella.

La niña del exorcista —la reconocí pasados unos segundos— se medio incorporó en la cama y me contempló con las cejas alzadas, ladeando la cabeza en distintas posiciones.

Descubrí una puerta en un lateral y corrí hacía allí como si mi vida dependiera de ello. Tal vez sí que dependía, aunque lo último que hubiera hecho era quedarme para averiguarlo.

No tenía que haber entrado —me maldije—, ¡con lo bien que hubiera estado acompañando a la amiga de Carolina, fuera! Pero claro, mi hombría quería demostrar que amaba a la decoradora de tal manera, que estaba dispuesto a descender al inframundo a buscarla, con tal de que se quedara a mi lado. Como se dice en España, estaba enamorado de ella hasta las trancas.

Subí al piso superior por unas escaleras que crujían con peligro. Los ojos de los cuadros que adornaban las paredes parecieron vigilarme. No sé dónde habrían ido a buscar gente tan fea, pero ¡ostras!, daban realmente miedo. ¿Y el grupo? ¿Dónde demonios se había metido?

El sonido de puertas que se abrían y se cerraban terminaron por inmovilizarme. Un sudor frío recorrió mi columna vertebral. A esas alturas no sabía si regresar por donde había venido, continuar el recorrido, o quedarme allí plantado hasta que alguien viniera a buscarme. Si en ese momento la misma Anabelle me cogía de la mano y me llevaba a la puerta de salida, se lo habría agradecido con toda el alma.

—¿Puede alguna persona viva encender las luces? —pregunté con la voz alta, mientras luchaba por no gritar despavorido.

Un enorme portazo hizo que diera un brinco hacia la habitación que tenía más cerca. Se trataba de un comedor lúgubre lleno de telarañas. En el centro, una mesa con platos y copas del año de la polca, giraba como una ruleta. Me acerqué a las paredes pensando que era el lugar más seguro, hasta que, en un espejo que colgaba de una, se reflejó el rostro de un hombre que no estaba allí conmigo, ni era yo.

Chillé. Total, estaba solo y nadie me veía. Y, por si fuera poco, me había desubicado de tal manera, que no sabía por dónde continuar. El corazón nunca me había latido tan deprisa. Hice lo que todo hombre valiente siempre hace: tocar la gaita y rezar.

—¿Sean? —Carolina asomó la cabeza por la puerta y me miró anonadada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Y tú? —Llegué hasta ella en dos zancadas—. No podías estar en otro lugar, ¿verdad? —Le agarré con fuerza la mano entrelazando sus dedos con los míos.

Frunció el ceño. Tal vez pensaba que quería sacarla de allí, sin embargo, era al revés.

—¿Por qué has entrado si esto te aterra?

—Para acompañarte, por si tenías miedo o algo.

—¿Miedo yo?

—Sí.

—¿Has venido aquí para acompañarme? —repitió.

—Aquí o a cualquier lugar del mundo. Preferiblemente a cualquier lugar del mundo —murmuré.

Los ojos de Carolina miraron en derredor e inquirió:

—¿Por qué hablas tan bajo?

—No quiero despertar a más espíritus. Esto está plagado.

Se mordió el labio inferior de un modo muy excitante y habló del mismo modo que yo.

—Si quieres, te protejo.

Me pareció tan tierna y valiente, que no pude contenerme y me apoderé de su boca. Carolina posó su mano, la que tenía libre, pues la otra la seguía agarrando yo con fuerza, en mi mejilla. Respondió apasionadamente a mi beso. La sentí temblar, y no era de miedo. De eso estaba seguro. Interrumpí el beso y enlazó sus ojos con los míos.

—Nunca he estado con ninguna mujer desde que empecé a salir contigo —le confesé.

Me tapó los labios con la mano.

—Lo sé. He leído todos los comentarios y en uno de ellos sale la novia disculpándose.

Mordisqueé la yema de su dedo.

—No sabía nada.

—Si me lo hubieras contado...

Agarré su muñeca con delicadeza y la llevé por detrás de ella para empujarla contra mi cuerpo hasta sentir todas y cada una de sus curvas.

—Lo hecho, hecho está, y es inútil seguir dándole vueltas. Lo que en verdad importa es que sepas que te amo. Que me he enamorado de ti como nunca pensé que llegaría a hacer, y que no verte ni estar contigo da mucho más miedo que este sitio y que todos los espíritus que vagan por el purgatorio.

Observé los preciosos ojos azules con ansia, esperando que dijera algo.

—Te quiero, Sean, y no me importa si este verano te marchas, porque yo...

—Voy a casarme contigo.

—...pienso seguirte... —se interrumpió y sus labios temblaron—. ¿Qué has dicho?

Me estremecí con fuerza ante un nuevo portazo.

—Lo repito si me sacas de este infierno.

Ella sonrió, me guiñó un ojo y asintió:

—Sígueme —dijo tirando de mí.

—Gracias por prestarme tu mano otra vez.

Descendimos los escalones.

—¡No podéis estar aquí!

Nuestros ojos volaron al lugar de donde provenía la voz. Un tipo vestido con traje negro, sombrero de copa y que arrastraba una pala al caminar, se acercaba con paso lento.

—¡Corre! —gritó Carolina riéndose.

Tiró de mí más fuerte y logramos salir a una calle trasera envuelta en sombras.

—No sé cómo te puede gustar pasar miedo —le dije rodeando su cintura con el brazo.

Sus ojos chispeaban llenos de diversión.

—Lo llevo en la sangre. Ya ves —se encogió de hombros—, has intentado asesinarme varias veces y sigo aquí.

Sonreí. ¿Para qué iba a decirle tan pronto que había traído coche, cuando se iba a acabar enterando en un rato?

Epílogo

Mi primera cena de fin de año en España fue brutal e iba a recordarla siempre. La fabada que cocinó Erik estaba exquisita, al igual que la pasta de Stefano. Aunque, para mí, lo mejor fue la empanada de salmón ahumado y queso azul que llevó mi chica. De haberlo dicho en alto, Tane habría discutido, pues para él, como la tabla de quesos, no había nada igual.

Hubo risas, villancicos, brindis, y hasta fui generoso y dejé que todos probaran mi whisky. Aunque no como para ganar ningún concurso de baile.

Media hora antes de las doce, Carolina y yo, cargados con una botella de champán, dos copas de plástico y dos cucuruchos con las doce uvas típicas de España, fuimos a la Puerta del Sol para recibir el año nuevo. Me sentía feliz por cómo había acontecido todo, aunque debía confesar que el recuerdo de la ausencia de mi abuelo me apretaba la garganta.

—¡Los cuartos! —exclamó Carolina señalando el reloj—. ¡Atento! Recuerda pensar en un deseo en la última campanada.

Asentí e imité todo lo que ella hacía. Cogí una de las uvas —eran gordas y carnosas— y la acerqué a medio camino con la boca.

—¡Ahora! —gritaron algunas personas en el momento justo que comenzaba la primera campanada.

Carolina se comió una uva y la masticó con prisa, la segunda, la tercera. Con la cuarta tenía la boca tan llena de fruta como de risa. Con calma comí las mías, observándola a ella. Corría peligro de ahogarse y, sin embargo, insistía en seguir comiendo.

Sí, por Dios, era más cabezona que yo. Sonreí. Intuía que la vida junta a ella nunca sería aburrida.

Fin

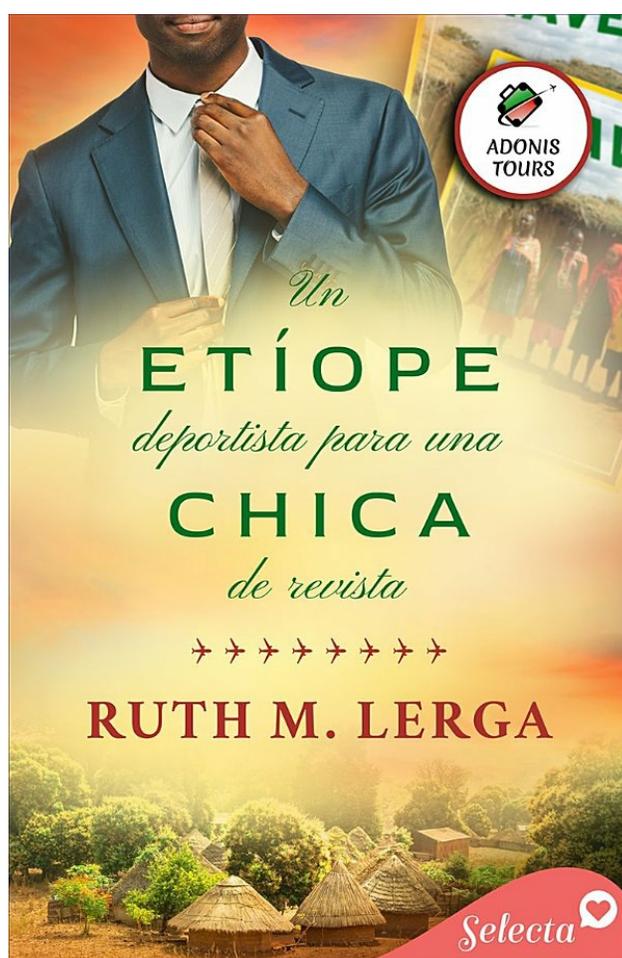
Agradecimientos

Me gustaría dedicar la cuarta entrega de los Adonis a todas las amigas que disfrutaron con la serie de las ebrias; Al chat del WhatsApp, Jueves borrosos, que tan buenos ratos me hace pasar.

Y quisiera dar las gracias a mi editora Lola Gude, por su paciencia y sus consejos. A Laura Socías, mi correctora, por estar pendiente de todo. A Almudena Muñoz, porque no se le escapa ni una.

También quiero dar las gracias a las escritoras de la serie, Isabel Jenner, Ana E. Guevara, y muy especial a Ruth M. Lerga y a Ana Álvarez porque supieron sacarme del laberinto sin salida en que me metí. Os quiero, chicas, por vuestra valiosa ayuda. Sin vosotras no me habría enamorado de Sean como he terminado haciendo.

Si te ha gustado
*Un escocés despistado
para la chica de al lado*
te recomendamos comenzar a leer
*Un etíope deportista
para una chica de revista*
de Ruth M. Lerga



PRÓLOGO

La carta que llegó a Adonis Tours

*E*stimado Sr. D. Antonio Grande:

En documento adjunto anexo mi currículum, pero quería acompañarlo de una carta personal para que me conozca mejor.

Soy Dase Kassahum y nací en Gondar, al norte de Etiopía, hace treinta y un años, aunque me trasladé pronto a la capital.

Debido a las circunstancias laborales de mis padres he viajado mucho y conozco bien el continente africano, en especial las áreas centro y sur, aunque también he visitado la zona norsahariana y he estudiado su historia.

Tengo una licenciatura en Económicas y me encanta el deporte, quizá como consecuencia de ello busco una empresa dinámica en la que poder trabajar en equipo y, por lo que he visto en su web, creo que Adonis Tours podría darme esa oportunidad.

Por mi parte, les ofrezco mis conocimientos de África, así como de idiomas y un compromiso de altura: 1,83cm.

Saludos cordiales,

Dase K

La carta que nunca llegó a Adonis Tours

Estimado Sr. D. Antonio Grande:

En documento adjunto anexo mi currículum, pero quería acompañarlo de una carta personal para que me conozca mejor.

Soy Dase Kassahum y nací en Gondar, al norte de Etiopía, hace treinta y un años, aunque me trasladé pronto a la capital porque mi padre abandonó a mi madre en la mansión que mi abuelo les regaló por su matrimonio, ya que para él su esposa no era más que una vasija para tener un heredero y una inyección de capital —mi abuelo es el propietario de muchas minas de metales preciosos, pero también de gas natural— para su arruinada familia de la antigua nobleza etíope.

Me definen mi pasión por un futuro mejor para mi país, para lo que no he dejado de formarme desde que comencé a escribir, y por el deporte: fui seleccionado para las Olimpiadas de Atenas 2004 en media distancia. Para mi desgracia, mis sueños de medalla se evaporaron en un accidente de esquí.

En la actualidad, mi progenitor es el ministro de Agricultura y Minería del país, pero durante años perteneció al cuerpo diplomático, lo que me dio la oportunidad de formarme en diferentes lugares.

El que más me marcó fue el colegio, pues estudié en el Alma Mater International School, en Johannesburgo, en aulas reducidas y rodeado de otros jóvenes privilegiados que, como yo, creemos en una África unida y mejor. Seguimos todos en contacto y, algún día, el mundo hablará de nosotros. Hasta entonces, seguimos soñando.

Estudié secundaria en Madrid, de ahí que conozca tan bien el idioma, y vuestro equivalente a DADE —Derecho y Administración y Dirección de Empresas— en la Regent's Business School de Londres, más

un grado en Diplomacia en París.

El siguiente paso natural para mi carrera consistía en trabajar en las Naciones Unidas, para lo que necesitaba ser enviado por el presidente de mi país, viejo amigo de mi familia, pero mi padre ha maquinado otros planes para mi vida: pretende que sea el ministro de Economía de un Gobierno en el que no creo.

Así que, después de discusiones varias que incluyeron que se me retirase el pasaporte diplomático, tenía dos opciones: trabajar en el holding de mi abuelo o empezar de cero y esperar un cambio en el clima político etíope.

Madrid encaja a la perfección con mis planes de futuro y me ofrece un presente, así que...

FIN DE LA CARTA (que Dase arrugó y lanzó, frustrado, a la papelera de reciclaje; a pesar de que todo iba a parar al *Koshe*).

Capítulo 1

Era viernes, por fin. Volvía de la ONG en la que echo una mano siempre que tengo ocasión. En La Latina, el barrio donde habito —como diría Sabina—, hay un local que alguien prestó a una asociación de vecinos y donde, actualmente, un grupo de voluntarios ayudamos a los inmigrantes subsaharianos a establecerse en España, a conseguir «papeles» y trabajo y también un lugar en el que estar hasta que dejen de ser los llamados espaldas mojadas.

Me gusta ir allí. No solo me permite practicar el francés y el árabe —pocos etíopes eligen España como país de destino si emigran—, sino también estar en contacto con mis raíces y no olvidar mis objetivos ni mis sueños.

Hablando de sueños, el siguiente gran paso en mi agenda personal, que lleva ya un año de retraso, era trabajar en Naciones Unidas, aunque en ese sentido no debería quejarme, pues puedo decir que vivo en una especie de sede reducida de la gran organización multicultural donde se requiere una gran dosis de mano izquierda, ya que comparto mesa y mantel —y comida, piscina de plástico, baño y a Duscha, entre otras muchas cosas— con un australiano, un escocés, un italiano y un noruego, así, en orden alfabético, tan políticamente correcto soy.

Quizá alguien esté pensando que parece más bien la sede de la Unión Europea, pero solo Italia forma parte de dicha institución, que a veces se me olvida la diplomacia y me convierto en un pedante sabelotodo. Me contengo, claro, me gusta tener amigos y no se puede ir de ese palo por la vida. Pero soy una especie de enciclopedia con patas, tengo una memoria infinita y curiosidad por todo.

Así que salí de la Casa Nueva, como la llamamos, y me fui directo a Adonis House, como los compañeros de la agencia de viajes bautizamos nuestro hogar, a ver qué se cocía por allí.

Marisa me detuvo nada más entrar.

—Han traído tu ropa del tinte: está encima de tu cama. —Explotó una pompa enorme de su chicle de fresa antes de seguir hablando—. No soy tu chica para todo, mi trabajo no consiste en dejarte la ropa planchadita encima de la cama.

Su trabajo consistía, hasta donde yo sabía, en cuidar de su conejo —¡ojo!, tiene uno de verdad, un mamífero lagomorfo; siempre que me refiera al conejo de Marisa lo llamaré Bandido, para que no haya malentendidos—. Pues eso, hasta donde yo sabía, su trabajo consistía en cuidar de Bandido y en acumular reclamaciones. Había visto una de 2003, así que no tenía grandes esperanzas de que arreglasen el agua de las duchas, que salía demasiado fría o caliente a decisión y diversión de la caldera. No descartaba que las herramientas de Eirk, el noruego, no hubieran tenido algo que ver en el fenómeno, que cada vez se agravaba más. Le gustaba más el bricolaje que a un niño una caja de petardos, pero era más peligroso.

Iba a poner un pie en el primer escalón cuando intuí lo que estaba por llegar.

—¡Cabrones! —Era el grito de guerra de Tane, lo que me hacía pensar que alguien iba delante de él—. ¡Voy a cortarte las pelotas, Alonso de Entrerríos!

Como había supuesto, Erik el vikingo apareció como si lo persiguiese el mismísimo Odín —aunque diría que el australiano era más como Loki, el dios del engaño— con una visión de rastas enfurecidas tras él.

—¡Para eso vuestra merced tendría que atraparme antes! —se burló el gigante rubio, saliendo a la calle cagando leches.

Conté hasta cinco antes de retomar las escaleras, por si acaso el escocés aparecía detrás, en busca de diversión gratis. Esa semana estábamos los cinco en la casa y éramos muchos para un lugar tan pequeño; muchos y muy gamberros.

Cuando entré en la sala común que hacía las veces de recibidor, comedor, cocina, y estudio si me apurabais, Stefano reía por lo bajo, negando con la cabeza.

—¿Qué han hecho esta vez?

—El banco estaba lleno de trastos y Sean y Erik necesitaban cortar el salmón, al parecer ha acabado de ahumarse. —Torcimos los dos el gesto; la lavandería y también dormitorio del okupa austríaco, taller y trastero, había sido transformada para albergar, además, un ahumadero de salmones—. No tenían dónde cortar las piezas para envasarlas y han pensado que a Tane no le importaría que usasen su la tabla de surf.

Solté una carcajada.

—Total, como son peces y ese trasto está destinado al mar...

—Eso habrán pensado los otros dos —rio también el italiano.

De los cinco amigos, los más serios éramos Stefano y yo. Eso significaba que no participábamos en actividades tales como lanzar un queso por una ladera y bajar corriendo a por

él, aunque los acompañábamos y nos divertíamos tanto o más que ellos.

—¿Sean? —Faltaba el quinto Adonis, éramos como los cuatro jinetes del Apocalipsis con un *bonus track*—. No oigo la gaita.

—Te libras porque está con Carolina. Creo que han ido al cine.

Me encogí de hombros; antes o después habría un concierto con ese trasto del demonio.

—Voy a por mi ropa, Marisa me ha dicho que me la ha dejado encima de la cama.

—¿Te ha dicho eso? ¡¿Será capaz?! Me la ha dado a mí para que la subiese.

De nuevo, negamos los dos con la cabeza. En Adonis House, el que no corría, volaba.

Entré en mi pequeño dormitorio y guardé mis trajes. Mantenía la costumbre de vestir de tres piezas. Empecé en el colegio; en el instituto, el uniforme contenía americana, y en la Escuela de Internacionales continué con ellos: Armani de diario, Tom Ford para las ocasiones especiales.

Junto a ellos había un trocito de papel de una libreta de dos rayas en la que solo había una cifra escrita: el dinero del mes por la limpieza que le debía.

Pagaba a Duscha por limpiarme el dormitorio. En realidad, pagaba para que se encargase del dormitorio de los cinco. Las dos primeras semanas, Tane le hizo creer que yo dormía en uno de los cuartos con balcón que daban a la calle y estuvo haciendo la limpieza en el lugar «equivocado». Cuando la saqué de su error, fue Erik quien logró librarse de limpiar su dormitorio durante otra semana. Después Sean le hizo creer que había perdido una apuesta conmigo y que tenía que limpiar ambas, la suya y la mía.

Y si de algo estaba seguro era de que Duscha no tenía un pelo de tonta, así que o necesitaba el dinero o un pretexto para pasar más tiempo en la casa. Quizá compartiese piso con una familia ruidosa o no tuviese televisión digital, no lo sabía, pero mi sensación era que disfrutaba pasando horas de más en nuestro hogar, gritándonos que estaba mojado o que si tocábamos su bayeta nos la haría tragar después de limpiar lo váteres con ella.

Me sonó el móvil: Antonio Grande, el CEO de Adonis Tours.

—Don Antonio, buenas tardes —lo saludé con la educación acostumbrada—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Llámame Antonio, Dase, como hace el resto. —El resto, en realidad, le había puesto un apodo, cada cual en su idioma natal, que significaba pequeño; pues el primer Adonis apenas nos llegaba a las axilas—. Solo llamaba para decirte que la pareja de novios que se fue a Kenya y Tanzania ha vuelto encantada. Me han preguntado por Sudáfrica, Mozambique, Botsuana o Madagascar. Al parecer, algunos de sus amigos de clase alta desean también un viaje personalizado.

—Prepararé un *power point* de cada uno de los cuatro destinos y se lo enviaré por correo electrónico el miércoles, señor. Añadiré Namibia, Zimbabue y Mozambique. Una presentación ligera, para abrir boca.

Mi tarea consistía en eso, en informática más que en trabajo de campo. Acompañar a alguien a África resultaba caro, era más eficiente contratar a gente de confianza del país de destino. Tenía

amigos en muchos lugares y todos ellos habían hecho viajes de lujo por el sur del continente, podían recomendarme pequeñas agencias locales que, además, impulsaban la economía de cada país.

—Perfecto, perfecto —me respondió—. Puede ser para la semana que viene, no te agobies.

—Gracias —le dije, sincero. Era un buen jefe.

La casa, nuestra Adonis House, no era ni de lejos lo que el folleto en el que se ofrecía el trabajo prometía: la piscina era hinchable y solo cabía uno de los chicos, la casa no estaba adaptada para gente de nuestra envergadura y las camas eran cortas y el sofá pequeño... Pero aquel trabajo había traído a mi vida a grandes amigos, como los otros cuatro Adonis, y estabilidad a mi vida en un momento complicado.

Estaba muy agradecido a aquel *tinishi*. Porque claro, también yo le llamaba enano, en mi caso en amárico, claro.

Miré mi reloj de pulsera: las ocho. Un día normal valoraría ponerme con la cena, pero los viernes hacíamos cocina regional, esto es, cada semana uno de nosotros preparaba una cena típica de su país, y esa semana Stefano era el encargado.

¡Había aprendido a apreciar, y mucho, la pasta gracias a aquel escritor veronés!

Almudena había llegado hacía menos de tres horas a casa, aterrizada desde Myanmar después de más de dos meses fuera. A pesar de que llevaba más de diez años trabajando para la compañía de guías de viajes de referencia en todo el mundo, el *jet lag* seguía derribándola.

Ese día el objetivo era mantenerse despierta hasta las once de la noche —lo que parecía casi imposible siendo que llevaba en pie desde la una de la madrugada para empalmar un par de vuelos internos más el internacional con escala en Doha—, y levantarse a la mañana siguiente antes de las diez, volviendo cuanto antes sus nueve horas de sueño nocturnas.

Aún no había conectado su móvil personal. Sus padres tenían el de la empresa, que nunca se apagaba ni quedaba sin batería, ni siquiera en el fin del mundo, por si ocurría alguna emergencia. Solía mentirles y decir que llegaba un par de días más tarde, cuarenta y ocho horas que aprovechaba para acostumbrarse a la vida en Madrid y a poner orden en casa.

Esa mañana había ido a limpiar una empresa y le había llenado la nevera con una lista que dejara a la agencia en cuestión. Aunque no tenía ninguna intención de cocinar esa noche si podía evitarlo, y la hamburguesería del barrio servía a domicilio y hacía las mejores patatas fritas después de las de su madre.

Estaba sentada en una silla, escuchando los apuntes de la grabadora, si se acercaba al sofá acabaría quedándose dormida. La guía de Comely Planet de Myanmar estaba algo desfasada y había disfrutado paseando por los mercados de Yangon, visitando los templos de Baghan, pisando cagarrutas de mono en la subida al Monte Popa y con la comida local en las pequeñas

aldeas en las que había ido deteniéndose de norte a sur del más auténtico de los países del sudeste asiático.

Aunque había ido con un fotógrafo profesional, en los viajes solía llevar su Nikon D850 que, en ese momento, tenía conectada al portátil, frente a ella. Iba pasando las fotos conforme su voz narraba experiencias y algunas entrevistas.

Hasta el día siguiente no abriría su maleta, donde estaba su diario. Era una romántica y compraba una libreta y un lápiz para cada viaje. Allí escribía impresiones personales, dibujaba algunos bocetos —había que decir que se le daba bastante bien— y guardaba con mimo curiosidades, como etiquetas de cervezas autóctonas, panfletos de restaurantes y, desde luego, billetes. Todo lo que llamase su atención acababa pegado en aquella especie de álbum de su vida.

Le sorprendió que le sonara el móvil del trabajo: era viernes, pasaban de las ocho de la tarde y sabían que había llegado esa mañana. Solían respetar los descansos con diligencia, tanto como exigentes eran durante la jornada laboral.

—¿Sí?

—¿Señorita Almudena Lázaro?

Un momento estaba con los pies descalzos sobre la silla, al siguiente se encontraba en pie y arreglándose el cabello, como si el director ejecutivo de la sede en España pudiera verla.

No, desde luego que no conocía a aquel hombre, ella siempre había estado en la división de prensa, pero todos conocían aquella voz porque significaba la oportunidad que cualquier empleado del grupo esperaba. Para los despidos, llamaba el departamento de personal.

—Buenas tardes, señor Garmendia —lo saludó—. Sí, soy yo, Almudena Lázaro.

—Disculpe las horas, soy consciente de que debe de haber sido un día muy...

—Ninguna molestia —lo interrumpió, mordiéndose la lengua por precipitarse.

A un jefe no se le interrumpía. Al parecer, el otro no se lo tomó a mal.

—¿Cree que podría pasarse mañana sábado por mi oficina? ¿A eso de las doce, por ejemplo?

Contó hasta tres para asegurarse de que su respuesta no se escuchaba a gritos.

—Por supuesto, señor.

—Perfecto. La dejo descansar, hasta mañana entonces.

Y colgó, sin más. Cada minuto de aquel hombre costaba mucho dinero.

Se tiró en plancha en el sofá, se tapó la boca con la almohada y, entonces sí, gritó de felicidad. Podría ser una oportunidad profesional o no, pero el jefazo, como lo llamaban, sabía que ella existía y eso era bueno. Era maravilloso, en realidad.

Se puso en pie e hizo el baile de la victoria, feliz, hasta que cayó en la cuenta.

—¡Oh, mierda! —volvió a gritar, esa vez con fastidio.

Su maleta estaba por deshacer y dentro estaba el maquillaje. Además, no tenía ni idea de qué encontraría en el armario. Se había ido al hemisferio sur, así que era probable que la ropa que tenía a mano —y, sobre todo, planchada— fuera de otoño, no de primavera.

—Mierda, mierda, mierda —repitió, animándose mentalmente para salir a la carrera hacía el

dormitorio.

Empezó con la maleta, que deshizo frente a la lavadora. No se complicó: todo lo que había eran vaqueros y camisetas, y tal y como salía el equipaje iba directo a la lavadora. Una toallita de esas para mezclar colores lo solucionaría. La ropa interior estaba en una bolsa de plástico aparte, y ya la lavaría al día siguiente. De eso, tenía de sobra.

Accionó el electrodoméstico y voló al armario.

—¡Nooo! —casi lloró. No había nada que valiera la pena, todo era informal o demasiado formal para un sábado o de abrigo.

Había quedado a las doce, se animó, tiempo suficiente para pasar por el centro, comprarse algo bonito, pagarlo y dejárselo puesto. Si salía ya maquillada en tonos neutros y con el pelo planchado... ¡Zapatos!, le gritó su cabeza.

No era Imelda Marcos, pero tenía una buena cantidad de calzado y, sobre todo, no le importaría comprarse otro par a juego con lo que eligiese vestir. Por si acaso, llevaría unas bailarinas en crudo, que siempre quedaban bien.

Solucionado el tema de la ropa —para Almudena improvisar al día siguiente era una solución más que satisfactoria—, abrió el neceser, dejó ya preparado el maquillaje que necesitaría al día siguiente y se lanzó a la ducha. Se exfolió, se puso mascarilla en el pelo y la cara y, en fin, se preparó para que su jefe la encontrase «matadora».

No era tan estúpida como para pensar en seducirle ni lo habría hecho tampoco, de poder. Pero la sección de televisión buscaba rostros y cuerpos armoniosos que la cámara adorase y ella podría haberse ganado la vida como modelo de no haber elegido el periodismo; podría haber sido la nueva Judith Mascó, tanto se le parecía: pelo, rostro, piel, altura... era una réplica de la elegante catalana.

Era difícil, pero tenía un inglés perfecto —varios veranos sirviendo pizzas en Mayfair— y, en un par de ocasiones, había hecho alguna prueba de cámara para la empresa.

A las doce se metía, al fin, en la cama, después de asegurarse haber puesto cinco alarmas. No podía dormirse.

¿Nunca os habéis preguntado que lleva un highlander bajo el kilt? Carolina está a punto de descubrirlo...



Él ha convertido España en su hogar, pero su alma pertenece a las *Highlands*. Ella es española, pero una apasionada de Escocia. Sin saberlo, están uniendo la pasión de Carolina y el alma de Sean. Y si, cuando se tocan, el deseo ruge y el corazón late con más fuerza, huir del amor es una carrera perdida.

Sean McArthur, descendiente de un antiguo *laird*, llega a Madrid para trabajar en Adonis Tours, donde enseñará gaélico y realizará conferencias sobre la cultura que tanto intriga a las lectoras de romántica. Un día se da cuenta de que la necesidad de acercarse el cuerpo de su alumna es mayor que la de abrazar a aquella que siempre le será fiel y jamás le traicionará: su gaita, y eso son palabras mayores para un *highlander*. ¿Cómo va a arreglárselas para conquistar a Carolina, que debe ser la única mujer que no siente curiosidad por lo que esconde bajo el *kilt*?

Carolina, escéptica en el amor, acompaña a sus amigas a una firma de libros del autor de romántica de moda y allí coincide con Sean, alguien a quien conoció unos días antes en circunstancias vergonzosas. ¡Ahora empieza a entender la obsesión de sus amigas por las novelas de *highlanders*! Así que comienza a estudiar gaélico para que el atractivo escocés le dé clases de repaso.

«Una casa en la Latina, en el corazón de Madrid, y cinco extranjeros con dos cosas en común: su altura y la necesidad de buscar un nuevo hogar. Adonis Tours narra las alocadas historias de estos cinco hombres que forjan su amistad a base de viajes, bromas y confianzas».

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: septiembre de 2021

© 2021, Sandra Bree

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18399-57-2

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



   Penguinlibros

NOTAS

Capítulo 2

[1] «El Pequeño» en gaélico.

Capítulo 3

[2] «Amigo» en gaélico.

Índice

Un escocés despistado para la chica de al lado

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sandra Bree

Créditos

Notas